

Amores y dolores en Eduarda Mansilla

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS · UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO

Hebe Beatriz Molina
Ivanna Celeste Wendt Patiño
Julia González Bigetti

Introducción, selección, edición modernizada,
notas y sugerencias didácticas



EDIFYL



**AMORES Y DOLORES
EN EDUARDA MANSILLA**

AMORES Y DOLORES EN EDUARDA MANSILLA

Hebe Beatriz Molina
Ivanna Wendt Patiño
Julia González Bigetti

**INTRODUCCIÓN, SELECCIÓN,
EDICIÓN MODERNIZADA, NOTAS
Y SUGERENCIAS DIDÁCTICAS**



EDIFYL

Mansilla, Eduarda

Amores y dolores en Eduarda Mansilla / Eduarda Mansilla; Compilación de Hebe Beatriz Molina; Ivanna Wendt Patiño; Julia González Bigetti; Prefacio de Sofía Criach.
- 1a ed. - Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, 2026.
Libro digital, PDF - (Nido de cóndores / Molina, Hebe Beatriz; 3)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-774-454-9

1. Literatura. 2. Literatura Argentina. 3. Narrativa Argentina. I. Molina, Hebe Beatriz, comp. II. Wendt Patiño, Ivanna, comp. III. González Bigetti, Julia, comp. IV. Criach, Sofía, pref. V. Título.
CDD 800

EDIFYL – Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Mendoza, Argentina.

editorial@ffyl.uncu.edu.ar

<https://ffyl.uncuyo.edu.ar/edifyl/>

ISBN 978-950-774-454-9

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Encargados de la presente edición

Dirección editorial: Mariana Guzzante

Dirección de la colección: Hebe Beatriz Molina

Codirección de la colección: Sofía Criach

Introducción, selección, edición modernizada, notas y sugerencias didácticas: Hebe Beatriz Molina, Ivanna Celeste Wendt Patiño y Julia González Bigetti

Revisión: Ana Federica Distefano

Diseño logo de colección y tapa: Clara Luz Muñiz

Diseño editorial: Carla Calabrese

Maquetado: Nahir Arias Abraham



Atribución – No Comercial – Compartir Igual (by-nc-sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

Este material se publica a través del Sistema Integrado de Documentación (SID), que constituye el repositorio digital de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza, Argentina): <https://bdigital.uncu.edu.ar/>

COLECCIÓN NIDO DE CÓNDORES

Dirección: Hebe Beatriz Molina

Codirección: Sofía Criach

Supervisión histórica y patrimonial: Cintia Giselle Colombo

Asesoramiento didáctico: María Lorena De Gaspari

COMITÉ ACADÉMICO

Dr. Nicolás Abadie (Instituto de Educación Superior N.º 9-024 Lavalle, Mendoza)

Dra. Andrea Bocco (Universidad Nacional de Córdoba)

Dra. Marta Elena Castellino (coordinadora del Centro de Estudio de Literatura de Mendoza)

Dra. Natalia Crespo (CONICET-Universidad de Buenos Aires)

Dra. Cristina Andrea Featherston Haugh (Universidad Nacional de La Plata)

Lic. María Inés Laboranti (Universidad Autónoma de Entre Ríos)

Dra. Marta Negrin (Universidad Nacional del Sur)

Dra. Lía Sabrina Noguera (Universidad Nacional de las Artes-CONICET)

Dra. Grisby Ogás Puga (Universidad Nacional de San Juan-CONICET)

Dra. María Laura Pérez Gras (CONICET-UBA, Universidad del Salvador)

Dra. Liliana Pincirolí (Instituto de Educación Superior N.º 9-011 Del Atuel, San Rafael)

Dra. María Carolina Sánchez (Universidad Nacional de Tucumán-CONICET)

Dr. Carlos Hernán Sosa (Universidad Nacional de Salta-CONICET)

Dra. Emilce Nieves Sosa (Universidad Nacional de Cuyo)

Dra. Fabiana Inés R. Varela (Universidad Nacional de Cuyo-CONICET)

Índice

Breve prefacio de la colección 10

por Sofía Criach

Cuatro palabras de conversación con los lectores 12

*por Hebe Beatriz Molina, Ivanna Wendt Patiño y Julia
González Bigetti*

Eduarda Mansilla

UN AMOR (NOVELA) 20

EL GRAN BAILE DEL PROGRESO 89

UNA LIMOSNA 97

CHINBRÚ 105

Vuelos de cóndores. Sugerencias didácticas para investigar y dialogar sobre Eduarda Mansilla 120

*por Hebe Beatriz Molina, Ivanna Wendt Patiño y Julia
González Bigetti*

Bibliografía 131

Breve prefacio de la colección

SOFÍA CRIACH

CODIRECTORA DE LA COLECCIÓN

Un prefacio o prólogo es, la mayoría de las veces, poco necesario, si no impertinente. Para algunos es una valla para saltar, una posta en la que no detenerse, un adorno sobre el cual no demorar la mirada. Para otros, en cambio, configura la llave de acceso al libro, aun cuando el autor declare allí mismo que quisiera dar su obra “monda y desnuda, sin el ornato del prólogo”, como Cervantes a su *Quijote*; o como Borges, tan propenso a las contradicciones, quien afirmó que el prólogo linda, en ocasiones, con la oratoria de sobremesa, pero que –cuando los astros son propicios– puede tornarse una especie lateral de la crítica.

Quienes sí se detienen en este humilde zaguán sepan que esta colección es producto del trabajo de Patrimonio Cultural y Literario, un espacio curricular de la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Los estudiantes avanzados que participaron de su cursado durante 2024 demostraron tal interés y responsabilidad en el trabajo sobre archivo y patrimonio documental, con sus implicancias, problemas y desafíos, que ese entusiasmo terminó por materializarse en esta colección. Así, a través del rastreo de fuentes –sobre todo, de las primeras ediciones– y del cotejo textual entre distintas publicaciones,

siempre bajo la puntillosa y amable guía de la profesora Hebe Molina, descubrieron las modificaciones de las reediciones realizadas por los propios autores y autoras, interpretaron los cambios de sentido producidos y, también, conjeturaron las razones posibles de tales variantes.

La reedición modernizada de textos literarios argentinos del siglo XIX y principios del siglo XX es, entonces, una lectura crítica, rigurosa, atenta, pero lectura al fin. Y la lectura, cuando acaba en edición, multiplica su valía al convidar a otros lectores a la mesa. En este caso, les damos acogida en estas páginas para leer y releer voces diversas que germinaron en los fértiles suelos de nuestro país, para seguir pensando quiénes fuimos, quiénes somos, quiénes queremos ser.

Cuatro palabras de conversación con los lectores

HEBE BEATRIZ MOLINA

IVANNA WENDT PATIÑO

JULIA GONZÁLEZ BIGETTI

COMPILADORAS Y EDITORAS DEL VOLUMEN

Así tituló José Hernández el prólogo de La vuelta de Martín Fierro. Y como esta colección es una vuelta a textos argentinos de los siglos pasados, tomamos prestado no solo el título, sino también el propósito autoral de entusiasmarlos a ustedes, lectores, con entramados de palabras sugerentes y originales, que puedan ser –como anhelaban los escritores de 1837– espejos de nuestras inquietudes personales y sociales. Un espejo, un retrato, porque la literatura nos descubre, nos explica, nos cuestiona, nos emociona y nos ilusiona.

El título de la colección, Nido de Cóndores, está tomado del poema “El nido de cóndores” (1877), de Olegario Víctor Andrade, que encabeza este primer volumen de la serie.

Para este tercer tomo, elegimos a otra escritora. ¿Cómo llamarla? Sus textos aparecen firmados con diversos nombres: Daniel, Eduarda M. de García, Eduarda Mansilla de García, Eduarda.

Como Juana Paula Manso (de quien hablamos en el volumen 2 de esta colección), Eduarda Damasia Mansilla (Buenos

Aires, 1834-1892) es una mujer valiente. Si bien no padece el exilio político, como Manso, también enfrenta los prejuicios sociales hacia las escritoras con pensamiento propio, hasta el punto de que deja la voluntad testamentaria de que no se reediten sus obras, decisión que respetan sus hijos (pero nosotras no).

Eduarda goza de privilegios que no tienen otras mujeres, quizás por pertenecer a una familia de la alta clase criolla, en la que –según nos cuenta María Rosa Lojo– “las mujeres tomaban decisiones económicas y políticas, y tenían una opinión influyente, no solo en asuntos domésticos sino también en la vida pública” (2014). Aprende inglés y francés desde niña y, por ello, se convierte en la traductora oficial de su tío, el gobernador federal Juan Manuel de Rosas. A los veinte años protagoniza una historia de amor que la prensa de aquel momento compara con la de Julieta y Romeo: se casa con Manuel Rafael García Aguirre, hijo de un político unitario. Ya sabemos: federales y unitarios, como los Montesco y los Capuleto, eran bandos irreconciliables. Del matrimonio nacen seis hijos.

García ingresa en la carrera diplomática y, por ello, el matrimonio recorre algunas ciudades de Estados Unidos y las grandes capitales europeas (París y Viena, sobre todo). De esas sociedades Eduarda conoce su lengua y el mundo intelectual, social y artístico, al mismo tiempo que representa la cultura argentina y la difunde. De ese aprendizaje intercultural quedan evidencias en sus escritos, cuando la autora recurre con soltura a galicismos, anglicismos e italianismos y cuando alude a obras artísticas y autores europeos y norteamericanos.

En 1860 publica, con el seudónimo Daniel¹, dos novelas: *El médico de San Luis* y *Lucía: Novela sacada de la historia ar-*

1 Dará el nombre de Daniel a su cuarto hijo, nacido en 1866, es decir, seis años después de usarlo como seudónimo propio.

entina². Se apura con esta última para ganarle a Rosa Guerra, quien ese mismo año da a conocer *Lucía Miranda*, basada en el mismo episodio legendario que recrea Eduarda. A Mansilla y a Guerra podemos reconocerlas como las primeras novelistas en publicar en Buenos Aires³.

Nueve años después, en París, aparece *Pablo ou la vie dans les Pampas* (¡sí, en francés!). La novelista quiere explicarles a los europeos cómo es la pampa argentina porque ellos apenas si nos conocen a través de la versión sesgada de Sarmiento en el *Facundo*. La escritora bilingüe se afirma en el trabajo de traducción cultural que la apasiona (Lojo, 2014).

Se sabe poco de la vida de Eduarda por aquellos años. Las memorias de su hijo Daniel García-Mansilla recuerdan que a ella le gustaba mucho el teatro y la ópera. En particular, se deleitaba con la música, tocaba el piano, cantaba y componía. Desde Francia, envía artículos para revistas argentinas. Como escritora reaparece con fuerza cuando viaja a la Argentina y permanece en Buenos Aires por cinco años (1879-1884). De este período tomamos los cuatro textos que constituyen el presente volumen.

Empezamos por *Un amor*, novela o *nouvelle*, o sea, una novela corta. Es la historia de un primer amor de juventud, dulce e inocente, ese en el que hay un nuevo mundo de sensaciones y, al mismo tiempo, todo parece terrible. Retrata la vida de Sil-

2 Cuando reedite esta novela en 1882, le dará el título de *Lucía Miranda: Novela histórica*, por el cual la conocemos actualmente.

3 En verdad, quien publica por primera vez una novela en el actual territorio de la Argentina es la salteña Juana Manuela Gorriti, ya que “El guante negro” aparece, firmado con las iniciales J. M. G., en julio de 1852 en *El Constitucional de los Andes*, de Mendoza. Este periódico, según las prácticas habituales de aquella época, copia el texto de una revista chilena y esta, a su vez, la ha copiado de otra de El Callao. Tal vez la escritora no se entera nunca del largo periplo de la novelita, escrita durante su exilio en el Perú.

via, una joven cubano-española, en medio de la élite francesa durante la segunda mitad del siglo XIX.

Del mismo modo que ha mostrado la realidad argentina a los franceses a través de *Pablo*, Eduarda Mansilla realiza otra *traducción cultural*, esta vez para los argentinos: una pintura muy bella de esa sociedad parisina, con las tertulias, las visitas al teatro y las relaciones entre diplomáticos, militares, acaudalados y nobles. Pero, así como muestra los lujos y excentricidades de la burguesía de París, también revela las ideas estéticas que circulaban en ese momento y cómo se enfrentaban entre sí. Esta obra, si bien es catalogada como de tipo sentimental, resulta una parodia de la novela naturalista, género con el que la autora estaba en desacuerdo. Para ello, realiza una comparación entre personajes *supersticiosos* y sujetos *racionales*, en pos de demostrar una hipótesis (que no resumimos ahora para no *spoilear* el argumento), según la cual las emociones de los protagonistas y sus luchas internas son más decisivas que las leyes que impone la naturaleza.

Como podrán ver en este volumen, Eduarda se atreve a opinar acerca de temas muy diversos. Hemos seleccionado dos artículos aparecidos en el diario *El Nacional*, de Buenos Aires. “El gran baile del Progreso” (publicado el 10 de julio de 1879) nos introduce en una fiesta espléndida en el elegante Club del Progreso, para revelar el *secreto* tan conocido de por qué nos embellecemos las mujeres a través de la ropa y de la cosmética. En cambio, por medio de “Una limosna” (*El Nacional*, 20 de mayo de 1881), la escritora denuncia la insensibilidad política ante los compatriotas inválidos que dejan las guerras (como sucede todavía con los veteranos de Malvinas) y reclama medidas de gobierno urgentes.

Las distintas experiencias vitales generan en Mansilla la conciencia de la necesidad de producir obras en su pro-

pio idioma, originales, sobre todo para los niños y las niñas de su país natal, algo nunca antes realizado. Es una escritora apasionada pero, sobre todo, es una madre orgullosa de sus seis hijos. Eduarda escribe desde el sentir de la infancia, empatizando con sus emociones y perspectivas. Así nace *Cuentos* (1880), un libro conformado por nueve historias, cuyos protagonistas son niños y animales. Entre ellas, “Chinbrú”. Traemos al presente esta narración porque podría ser considerada como el primer cuento ecologista argentino. En la actualidad el tema de la problemática ambiental y los derechos de los animales se manifiesta con fuerza, pero ese relato es una prueba de que ya, desde el siglo XIX, había cierta preocupación al respecto. Invitamos a los lectores a conocer la historia de Chinbrú, un monito chaqueño (¿o monita?) que decide abandonar su hogar y salir a explorar el mundo, pero que se encontrará con grandes dificultades en su camino.

Eduarda Mansilla, mujer, ciudadana y madre, busca sobre todo la belleza: crea atmósferas cálidas, describe cada detalle en la escena y retrata con gran maestría ese mundo de las últimas décadas del siglo XIX que la rodea. Se disfruta cada momento de sus relatos, los cuales nos dejan espacio para reflexionar y apreciar la profundidad implícita de sus palabras. Eduarda es una escritora visionaria, una adelantada, capaz de detectar problemáticas y necesidades, que luego transforma en letras impresas. Los relatos presentes en este volumen cobran un nuevo valor a la luz de la actualidad, donde nos replanteamos los roles sociales de la mujer, la inclusión de las personas con discapacidades, la importancia de la ecología y el cuidado de cada ser que habita nuestro planeta.

Sobre esta edición

Seguramente a causa de la decisión testamentaria de la autora de no querer que sus libros se reeditaran, los textos incluidos en este volumen se han difundido limitadamente por medio de los escasos ejemplares de las primeras ediciones decimonónicas que se conservan o por medio de ediciones académicas recientes, que transcriben fielmente los originales. Nosotras, en cambio, decidimos modernizar la escritura para que sea más accesible a los lectores del siglo XXI.

Accedimos a la primera edición de *Un amor* (1885) gracias a Manuel Rafael García-Mansilla, tataranieta de Eduarda, quien la comparte con María Rosa Lojo (y Lojo, con nosotras). También consultamos la digitalización, realizada en 2011 por Google, de un ejemplar provisto por la University of California Library. En cambio, “El gran baile del Progreso” y “Una limosna” se editan a partir desde *Escritos periodísticos completos* (1860-1892), compilación realizada por Marina Guidotti en 2015 (por la editorial Corregidor), aun cuando también hemos consultado las publicaciones en *El Nacional*. De modo similar, para “Chinbrú” contamos con una copia del ejemplar conservado en la biblioteca del Museo Casa de Ricardo Rojas, de Buenos Aires, que Hebe Molina edita críticamente en 2011 (también por la editorial Corregidor).

Nuestra edición es una versión modernizada, por la cual actualizamos la ortografía (incluidas las normas de puntuación), ajustamos el uso de pronombres enclíticos, modificamos algunos hipérbatos (extraños respecto del habla actual) y corregimos las erratas evidentes; en particular, el cambio de nombre de un personaje de *Un amor* –anotamos Luisa, en lugar del erróneo Julia–, que se debería a una distracción de la autora. Mantenemos las palabras y frases escritas en inglés, francés

e italiano, y en notas a pie de página indicamos su significado en español. A su vez, se han respetado las traducciones del inglés que la propia autora realiza y que inserta entre paréntesis. Recordemos que los destinatarios directos de estas publicaciones del siglo XIX leían con fluidez el francés, pero no el inglés. Por último, añadimos notas al pie de página con información acerca de las numerosas alusiones a personalidades, lugares y obras artísticas, muy conocidas por aquel entonces (pero no ahora), y con aclaraciones respecto de algunas palabras que han caído en desuso o que pueden resultar desconocidas en la actualidad. Para ello, consultamos el *Diccionario de la lengua española*, el *Diccionario histórico de la lengua española* y el *Diccionario panhispánico de dudas*, de la Real Academia Española (RAE) y de la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE).

Eduarda Mansilla



Un amor

(NOVELA)

Edición modernizada y notas de Ivanna Wendt Patiño

*Dedicada a la distinguida matrona tucumana
Sra. Da. María Castro de Torino.*

EDUARDA

—Si usted quiere presentarlo esta noche en la Ópera... —dijo la señora de Rojas al ministro de los Estados Unidos—. Iremos con Silvia, antes de asistir al baile de la Embajada de Rusia.

—Con sumo placer —contestó el corpulento *yankee*⁴, aquel Washburne⁵ a quien se han atribuido durante el sitio de París tantos manejos ilegítimos.

Y, abotonándose la levita con un movimiento poco elegan-

4 **yankee**: yanqui, de Nueva Inglaterra (noreste de Estados Unidos de Norteamérica).

5 **Wahshburne**, Elihu Benjamin (1816-1887): político y diplomático estadounidense, embajador ante Francia, donde también actúa como mediador durante la guerra franco-prusiana; se le atribuye un favoritismo por el bando alemán.

te, se puso de pie. Estrechó la blanca mano que se le tendía y con sonrisa de sátiro murmuró en voz baja:

—¿Puedo besarla?

La dama sonrió desdeñosa. Resonó un beso de nodriza, como dicen los franceses, es decir, estrepitoso; y el embajador cruzó lentamente el perfumado *boudoir*⁶ de la bella señora de Rojas.

Era esta dama la esposa de un opulento banquero español. Y muy *sotto voce*⁷ los maldicientes de París, que no escasean, decían:

—Rojas prefiere que le roben a su mujer, a que le pidan prestado un napoleón.

El dicho carecía de fundamento; pero la verdad es cosa poco conocida y que tanto en materia social, como en materia científica no se revela sino a los que la estudian con tesón y, sobre todo, con buena fe.

Era Rojas generoso, pero no pródigo.

Adoraba a su rubia mitad y ella se lo pagaba en buena moneda sin sombra de aliaje⁸.

Elisa no era tan solo bella: era lo que en los grandes centros sociales se entiende por una mujer a la moda. Al comienzo de las estaciones, se la veía siempre con trajes que indicaban el giro que debía tomar la moda, desde París hasta Buenos Aires. Sus sombreros, que ella misma dibujaba antes de imponérselos a su modista, eran siempre artísticos y exentos de caprichosa exageración.

Sus coches eran citados como modelos de corrección y envidiados tanto cuanto sus alhajas elegantes y costosas.

6 **boudoir**: del fr., 'camarín o tocador'. Espacio de las casas francesas que se ubicaba entre la sala y el dormitorio, y donde las mujeres solían tener conversaciones íntimas.

7 **sotto voce**: del it., 'en voz baja' o 'por lo bajo'.

8 **aliaje**: del fr. *alliage*, 'aleación'. Expresión que hace referencia a aquello que no es puro o que ha sido corrompido.

Solía Rojas decir a sus íntimos:

—Es tan buena, tan buena mi Elisa que nunca podré hallar cosa que me parezca bastante rica, bastante bella, para adornar su hermosura.

Banquero y poeta a la vez, al opulento cubano⁹ le cabía la rara ventura de poder permitirse formar sus consonantes con oro y piedras preciosas.

Aceptaba Elisa gustosa los presentes del dadivoso consorte; enseñando las perlas de su boca y las de su corazón, decía:

—Que me place, Julián; estas joyas son todas para Silvia.

¿Quién era Silvia?

Era un ángel, una hada, una hechicera criatura de diecisiete años, llena de encantos y de poesía.

Especie de sensitiva andante, de corazón ardoroso, que amaba a sus padres con una ternura tan entrañable y absoluta que hacía presentir, en aquella naturaleza exquisita, recónditos misterios de pasión para el porvenir.

Educada por una francesa del Mediodía¹⁰, devota y supersticiosa a la vez, que durante años le había servido de institutriz, Silvia había asimilado muchos de los defectos de aquella buena mujer, que poseía grande instrucción, pero poca inteligencia natural.

Todo para la sensible niña tomaba proporciones exageradas, desde que el sentimiento entrase en juego; un sueño la dejaba preocupada días y aun semanas. Como las romanas del paganismo, el volido¹¹ de un pájaro en una u otra dirección la impresionaba, si en ese momento un pensamiento especial cruzaba por su mente.

Y, como acostumbraban a hacerlo las inglesas, antes de

9 Rojas es un español cubano. En el momento en que se escribe la obra (1885), Cuba todavía era colonia de España.

10 **Mediodía:** la región sur de Francia.

11 **volido:** vuelo.

empezar cualquier tarea, abría un libro al acaso y la primera palabra que veía le indicaba, por su sentido, el buen o mal éxito de lo que emprendía.

El número trece le causaba horror y en viernes no comenzaba ni el estudio de una sonata.

Se burlaba la madre de las supersticiosas prácticas de su hija, pero —cosa increíble y que suele, sin embargo, acontecer— la hija contagió a la madre, que más de una vez decía:

—Me burlo de tus aprensiones locas, pero qué quieres, suelen darme miedo y, por las dudas, te imito tontamente.

La institutriz madame Duval, por otra parte, había dado una instrucción brillante a su discípula. Desgraciadamente la fatalidad vino a justificar por completo las supersticiones de la buena señora.

Llamada por un telegrama, que le anunció la gravedad de su marido, partió de París un viernes; el tren chocó con otro y en el accidente la desdichada perdió ambas piernas.

Con insistencia inteligente, combatía Rojas las supersticiones y coincidencias que Silvia se complacía en encontrar a cada paso en su existencia plácida de hija mimada de gentes ricas y felices. Pero con poco éxito. La madre era débil con aquella hija única y, a fuerza de mimos y de condescendencias, arraigaba más y más en ese espíritu joven las ideas que hubiera debido combatir hasta disiparlas.

La niña era el único fruto de aquella unión feliz e inverosímil. Y digo inverosímil porque, cuando Rojas se casó con Elisa, contaba ya cuarenta años y aquella solo diecisiete.

Pero hay hombres que no envejecen: el cubano era uno de ellos.

En la tarde en que míster Washburne pedía permiso para presentar a uno de sus compatriotas, el banquero más renom-

brado de la *Chaussée d'Antin*¹², Rojas, aunque completamente cano, podía aún citarse como un hombre hermoso. Alto, bien plantado, con una corpulencia proporcionada que hacía valer el corte de su traje, siempre correcto, tenía una distinción de maneras que solo la palabra *aisance*¹³ puede expresar.

Rojas se imponía desde la primera entrevista; su experiencia poco común, unida a un carácter firme, a un decir correcto e insinuante, se revelaba desde luego.

Sin tener una inteligencia de primer orden, el opulento banquero, que solo recibiera una instrucción mediana, había empero adquirido por el roce con los demás hombres esa educación social, esa práctica de la vida que constituye al verdadero hombre de mundo.

En los salones se le buscaba siempre con interés, siendo sus opiniones respetadas por los *leaders*¹⁴ del alto comercio. Especies de oráculos que, merced a su capricho, elevan o deprimen en pocas horas desde el oro de los millonarios, hasta la humilde moneda de cobre del proletario.

Al bajar el telón del primer acto de los hugonotes¹⁵, entraba en aquella misma noche en la *avant-scène*¹⁶ de la señora de Rojas, el ministro de los Estados Unidos, de corbata blan-

12 **Chaussée d'Antin**: barrio del noveno distrito de París.

13 **aisance**: del fr., 'soltura'.

14 **leaders**: del ingl., 'líderes'.

15 **los hugonotes**: *Les Huguenots*, ópera de cinco actos, con música de Giacomo Meyerbeer y libreto de Eugène Scribe y Émile Deschamps. De gran repercusión entre los siglos XIX y XX, retrata la masacre de los protestantes franceses (los hugonotes) a mano de un grupo católico, quienes se oponían a esta corriente religiosa; masacre efectuada durante las celebraciones de San Bartolomé en el año 1572.

16 **avant-scène**: del fr., 'palco del proscenio', o sea, palco lateral.

ca, guantes perla y clac¹⁷ con cifra¹⁸ azul. El frac algo cortón de faldones no dejaba, sin embargo, de tener cierto *chic* inglés, lo cual significa para algunos sello de perfección y *dandinismo*¹⁹, que es imposible sobrepasar.

—Monsieur Sandford —dijo con marcada urbanidad el yankee, esquivándose de costado para dejar libre paso a un joven que se inclinó respetuoso ante la hermosa cubana y estrechó la mano del banquero.

—Mi hija Silvia —agregó la señora de Rojas.

Y el joven norteamericano hizo otra reverencia en extremo correcta.

Silvia, que no había notado la entrada de los dos caballeros, preocupada con la aparición en uno de los palcos de enfrente de su más íntima amiga, Luisa d'Enragues, se sonrojó ligeramente y dejó escapar un abanico de nácar que en la mano tenía.

Cayó aquel en la platea y los ojos de su dueña le siguieron con visible mortificación.

—Voy por él —exclamó Sandford; sin esperar respuesta, salió del palco.

—Muchachona —murmuró la señora de Rojas, sonriendo a su hija que, con acento conmovido, contestó:

—Era el tuyo.

—Y estará hecho trizas —agregó riendo Rojas.

—No lo digas por Dios, papá... Sería para mí un triste presagio.

17 **clac**: del fr. *claque*, sombrero de copa alta (o galera) que cuenta con un sistema de muelles que permite que se pliegue, con el fin de transportarlo fácilmente o de que no estorbe en lugares como la Ópera.

18 **cifra**: al parecer, mala traducción del francés por confusión entre *chiffre*, 'cifra', y *chiffe*, 'trapo'.

19 **dandinismo**: del ing. *dandy*, cualidad del hombre que se distingue por su elegancia y buenos modales.

Y una sombra melancólica cubrió el rostro de la niña.

—¿Supersticiosa? —preguntó su *excelencia yankee*, dirigiéndose a la madre.

—¡Con exceso! —respondió la dama.

Silvia parecía inquieta; tan pronto se inclinaba sobre el ro-jo terciopelo del palco, fijando los ojos en la platea, como los volvía impaciente hacia la puerta que permanecía cerrada.

Sandford no volvía.

Pasó el entreacto. La orquesta comenzó los primeros compases de la gran aria de la Reina de Navarra²⁰, míster Washburne se puso de pie, saludó a la americana con un apretón de manos y, en tono burlón, dijo:

—Voy a ver qué ha sido de mi compatriota.

Y salió del palco.

La Battu²¹ dijo su andante con gran expresión, lanzó sus trinos y sus escalas con perfección suma, la *claque*²² aplaudió con esa uniformidad de máquina que le es habitual. Llegó Raoul²³ con su venda de rigor, seguido de un pajecillo descocado, sin que ni Sandford ni el abanico aparecieran.

La joven, que prestaba mucha atención al dúo en que la Reina Margarita coquetea con el bello hugonote algo más de lo que ella imagina, así que comenzaron a salir las escuálidas bailarinas, apartó de la escena la mirada, fijándola en la platea, en

20 **Reina de Navarra:** personaje principal de *Los hugonotes*, referido a Marguerite de Valois (1492-1549), reina de Francia y Navarra, poeta y escritora humanista, conocida por su obra *Heptaméron*.

21 **la Battu:** Anne Marie Sophie Battu (1837-1919), cantante soprano de origen francés, interpretó el papel de la reina Margarita.

22 **claque:** del fr. *claque*. Grupo de personas contratadas que asisten a espectáculos artísticos y aplauden en momentos determinados de la presentación.

23 **Raoul:** protagonista de *Los hugonotes*, que representa al bando protestante; es uno de los papeles que más dificultades presenta para los tenores.

el sitio en que debió caer el perdido abanico.

—Está nerviosa —dijo la señora de Rojas por lo bajo a su marido—. Anda a traerle unos *bombones*²⁴.

Oír es obedecer para todo marido enamorado de su mujer; el papá salió sin ruido y a poco andar topó en la galería con Sandford.

Se detuvo involuntariamente Rojas y, esbozando una sonrisa benévola, esperó.

El joven, sin reparar en él, pasó indiferente por su lado, abrió la puerta del palco contiguo a la *avant-scène* ocupada por la señora de Rojas y entró en él.

Sorprendido, y no poco mortificado por la descortesía, el cubano echó a andar murmurando entre dientes algo, que indicaba su malhumor.

Los palcos en la gran Ópera de París no son como los de nuestros teatros; están divididos por un muro que los aísla completamente unos de otros.

Sandford se sentó en el asiento del frente, tomó sus anteojos y comenzó a mirar a los palcos, como quien busca a alguien.

—No está —dijo en voz alta y se levantó.

En ese momento la señora de Rojas sacaba la cabeza de su *avant-scène* y veía de lleno la bella cabeza de Antínoo²⁵ del norteamericano, que al fijar en ella los ojos no dio señales de reconocerla y volvió la cara.

—Es él —murmuró casi a pesar suyo la cubana, pero no tan bajo que Silvia no la oyera.

—¿Quién es él, mamá?

24 **bombones**: palabra destacada por la autora ya que en ese entonces todavía era considerada un galicismo (*bonbon*).

25 **Antínoo**: joven amante del emperador romano Adriano, quien se destaca por su gran belleza. Tras su muerte es deificado y se le rinde culto.

El *tuth*²⁶ del gran final del segundo acto no permitió oír a Silvia la respuesta evasiva de su madre.

Entró Rojas al mismo tiempo que el telón caía; dio los bombones a su hija en silencio y acercándose a su mujer le dijo:

—Es algo de incomprensible lo que acaba de sucederme.

—Y de grosero —murmuró la dama.

—Y de más que grosero, que no ha de quedar así.

En ese instante llegó una visita, tras ella otra y otra; la conversación entre los cónyuges quedó interrumpida.

Al comenzar el tercer acto, cuando era menos propicio el momento, por la solemnidad con que iban llegando los conjurados al Hotel de Nevers²⁷, Silvia, que parecía no divertirse mucho, exclamó con cierta ironía:

—¿Y pensará quedarse con mi abanico, mamá?

Interrogada directamente, la madre respondió sonriendo:

—Es muy capaz.

—¿Por qué, mamá?

¡Ah! el terrible porqué de las jóvenes.

—No sé —respondió la dama, y toda su atención se fijó en la desesperada Valentina²⁸, que acababa de descubrir horrorizada el gran complot contra los hugonotes.

El acto se terminó y las dos señoras tomaron sus abrigos de manos de la *ouvreuse*²⁹, que conocía sus costumbres y sin

26 **tuth**: onomatopeya. Hace referencia al sonido final de una pieza musical.

27 **Hôte de Nevers**: palacete ubicado en la ciudad de París, parte del Palacio de Mazarino, espacio que se convierte en biblioteca y salón literario. En la ópera está bajo el mando del Conde de Nevers, católico prometido de Valentina, la protagonista. En la actualidad la Biblioteca Nacional de Francia es dueña del edificio.

28 **Valentina**: personaje principal de *Los hugonotes*, interés amoroso de Raoul, aunque está prometida al Conde de Nevers. Representa al bando católico.

29 **ouvreuse**: del fr., 'acomodadora'.

decir palabra había descolgado las riquísimas capas, y con tono respetuoso murmuraba:

—Hace mucho frío, es necesario abrigarse.

—Gracias —dijo Silvia, con su vocecita plateada.

—¿Y el abanico? —preguntó la obsequiosa *ouvreuse*.

—No he traído —respondió muy queda Silvia.

Y a la luz vivísima del gas del corredor, la madre vio lágrimas en los ojos de su hija.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

El señor de Rojas ofreció el brazo a su mujer y Silvia, como tenía de costumbre la mimosa, se apoyó en el de su madre.

Así bajaron la suntuosa escalera cambiando saludos con los muchos conocidos que a su paso hallaban.

La madre y la hija subieron al landó³⁰. Rojas iba a imitarlas, cuando vio venir hacia él con un puro en la boca a... Sandford, que sin detenerse ni saludarlo pasó por su lado.

—A la embajada de Rusia —dijo el banquero.

La portezuela se cerró y el landó echó a andar.

—Tengo frío, mamá... ¿Y si no fuéramos al baile?

—Tontería —respondió Rojas—. Bailando se te pasará.

Al llegar al puente, un estrecho cupé³¹ pasó con rapidez por el costado del landó; la luz del gas dejó ver en el interior a un joven rubio que fumaba: era Sandford.

Todos los que en el carruaje estaban lo reconocieron, pero nadie dijo una palabra.

La embajada resplandecía.

30 **landó**: del fr. *landau*, carruaje de cuatro ruedas, tirado por caballos. Puede ser utilizado cubierto o no; era considerado un vehículo cómodo y de lujo.

31 **cupé**: tipo de coche tirado por caballos, cerrado y de dos plazas. La novelista emplea el término francés *coupé*, pero nosotras preferimos uniformar el uso de las formas castellanizadas en cuanto a las denominaciones de los vehículos.

Multitud de sargentos a caballo guardaban los alrededores. Los coches entraban al vasto patio por un lado y por otro salían.

Llegó primero el cupé, rompiendo la fila, y Sandford, porque era Sandford, bajó rápidamente y en inglés dijo al cochero:

—Volveré a pie.

Cedió el paso el estrecho cupé del elegante *yankee* al landó de los Rojas y las señoras bajaron.

El lacayo sostenía la portezuela; Rojas ofreció la mano a su hija diciéndole —“Cuidado”— y luego hizo otro tanto con su mujer. Los esposos cambiaron una mirada de inteligencia que significaba “Es él” y subieron juntos las tapizadas gradas del peristilo.

Plantas exóticas adornaban de un lado y otro el vestíbulo. La temperatura que, al penetrar en él se sentía, era tibia; y con solo cruzar la puerta, parecía que por arte mágico se hallaba uno transportado del Norte helado al Mediodía caliente y suave.

Las flores bellísimas, que en grandes jarrones lucían vivos colores y exhalaban deliciosa fragancia, parecían hablar todas las lenguas; cada una de ellas pertenecía a diferente zona.

Numerosos lacayos galoneados acudían a tomar los abrigos de los recién llegados, produciéndose ese pintoresco desorden que forma el conjunto de mujeres, escotadas unas y cubiertas otras, con pesadas pellizas de terciopelo y pieles.

De una capa de cachemira rosa, adornada con alevo cisne³², emergió como la perla de su concha la preciosa figura de Silvia.

Ideal era el conjunto que resultaba de un traje ligero de tul celeste, con corselete³³ de raso nácar, que modelaba suavemen-

32 **alevo**: de alear, ‘alzar, levantar’; por lo tanto, “alevo [¿aleve?] cisne” se refiere a un cuello de cisne alto (tipo polera).

33 **corselete**: del fr. *corselet*, prenda femenina que se ciñe al cuerpo y se ata con cordones.

te, sin revelarlo por demás, el busto de Diana Cazadora³⁴ de la graciosa cubana.

Sobre la espalda caían en ondulante cascada negros, pesados rizos sedosos; una cinta celeste, que recordaba la falda, los recogía a la mitad de la cabeza a modo de bandeleta griega³⁵, terminando por detrás en estrecho lazo. Sobre la frente tersa y pálida como azucena silvestre, dos ricitos de esos llamados por los franceses *accroche cœur*³⁶ se armonizaban con las bien arqueadas cejas y las pestañas rizadas que protegían unos ojos profundos, soñadores y ligeramente hundidos.

A la menor agitación, las mejillas de suyo pálidas se coloreaban suavemente y también los ojos, como si la sangre, que a enrojecer el rostro aflucía, ennegreciese las pupilas y les diera mayor relieve.

Bella, muy bella era Silvia de cara; la corrección del óvalo perfecto, la boca sonrosada y no por demás pequeña, el cuello algo largo, con líneas perfectas y una tez de rosa vellosa. Todo esto, y además la gracia de movimiento, la más cautivadora y exquisita que una mujer puede tener, fue revelado en un instante al grupo de jóvenes que, a modo de *gourmets* delicados, se mantenían en la antecámara, asistiendo a ese desfile prestigioso de mujeres, que parecen siempre más bellas porque llegan veladas. Silvia, seguida por su madre, cuya belleza plástica en la plenitud de la vida hacía resaltar más los encantos virginales de la hija, cruzó la antecámara seguida por todas las miradas.

34 **Diana Cazadora:** divinidad romana, protectora de las mujeres, los niños, los bosques y los animales salvajes, aun cuando también era cazadora. La novelista alude a la estatua en mármol de esa diosa, conocida como *Diana cazadora*, *Diana de Versailles*, *Artemisa de la caza* o *Diana con la cierva*, que se conserva en el Museo del Louvre.

35 **bandeleta griega:** banda o pañuelo utilizado en la antigüedad grecolatina para adornar la frente de las sacerdotisas o las estatuas de diosas.

36 **accroche-cœur:** del fr., 'bucle'.

Al pasar por el grupo masculino, bajó la niña los ojos con timidez y turbación: había reconocido nuevamente a Sandford.

Ella lo había reconocido; él no hizo movimiento alguno, ni al pasar la joven ni el señor Rojas, en cuyo brazo se apoyaba la mujer más hermosa de París, según lo declaraba *Le Figaro*.

—*Monsieur, madame et mademoiselle* de Rojas —anunciaba con voz estentórea el ujier³⁷ de cadena de acero, cuando a Sandford se le escapaba un *charming* (encantadora)³⁸ que nadie oyera y penetró en el salón.

—*Monsieur* Sandford —gritó nuevamente el ujier.

Ya no cabía duda...

Silvia bailó como se baila a los diecisiete años y más de una vez, en los lanceros y cuadrillas, figuró en el mismo cuadro con Sandford. Sus manos se tocaron, pero nunca llegaron a encontrarse sus miradas. Ambos parecían huir el encuentro de los ojos.

La señora de Rojas no bailaba, pero recorría los salones siempre del brazo de algún personaje diplomático o financiero.

Dos veces preguntó a diferentes personas:

—¿Quién es ese joven? —indicando al norteamericano.

—Es *monsieur* Sandford —era la respuesta y, aunque no había abrigado la más mínima duda acerca de la identidad del Sandford del teatro y del Sandford de la embajada, se decidió sin embargo a buscar a míster Washburne, para que no le quedara sombra de duda.

En vano recorrió los salones y salas de juego la hermosa cubana; el embajador de la Unión³⁹ no estaba en la fiesta: nadie lo había visto.

37 **ujier**: persona encargada de anunciar la llegada de los invitados a una fiesta; especie de portero de un palacio o de una mansión.

38 Traducción hecha por la autora, a quien pertenecen los paréntesis también. Hay varios casos más de aquí en adelante.

39 **la Unión**: alianza de estados del norte durante la guerra de Secesión norteamericana (1861-1866). Con posterioridad, esa denominación se usa como sinónimo de Estados Unidos.

Cesó, pues, su pesquisa y, cuando encontró a su marido, que se había ocupado igualmente en buscar a Mr. Washburne, para pedirle una explicación sobre la extraña conducta de su joven compatriota, resultó que Washburne no había hecho sino entrar por una puerta y salir por otra, para hacer acto de presencia.

Mucho antes de terminarse la fiesta, dejaron los Rojas la embajada.

La vuelta a su mansión fue silenciosa. Silvia parecía cansada y los esposos callaban, por no hablar de lo que tan vivamente los preocupaba: la extraña actitud del joven *yankee*.

—Buenas noches, mamá. Buenas noches, papá.

Se oyeron besos cariñosos y la niña entró en su habitación, donde la esperaba su camarera.

Era esta una mestiza cubana de la misma edad que su señorita.

Petrona idolatraba a Silvia y, aunque las jóvenes se tuteaban, tenía empero la sirvienta gran respeto por la rica heredera. Respeto que solía impacientar a Silvia, espíritu generoso e inteligencia clara.

—¿Cansada, niña mía? Lo veo en tus ojos.

—Sí, cansada y...

—¿Y qué?...

—¡Tristísima!

—¿Por qué? Dame la capa y pronto, pronto, que te desato todas las cintas.

Y con cariñosa premura fue Petrona desabrochando el corselete de su señora.

Ardía en la coqueta estancia un vivo fuego de encina, que ponía una nota alegre en todos los objetos.

—Aquí en la sillita baja —dijo Petrona y Silvia se dejó caer perezosa en un silloncito azul, muelle y tentador.

—Ahora tus chinelitas —agregó la mestiza y, quitándola

le los zapatitos celestes, que parecían los de *Cendrillon*⁴⁰, tomó entre sus manos tibias, para calentarlos primero uno y después otro, los piecitos fríos, sonrosados, que una media de hilo calada dejaba transparentar, calzándolos después con unas babuchitas turcas, rojas como amapolas.

En un instante desaparecieron el tul y la seda. Silvia quedó envuelta en una *robe de chambre*⁴¹ de cachemira blanca, que volvía su tez más blanca y transparente aún.

—Ahora hablemos —exclamó Petrona sentándose en el suelo a los pies de su señora y, fijando en ella dos ojazos curiosos, agregó impaciente:

—Los rizos los pondremos después en la redecilla.

Callaba Silvia con los ojos fijos en la llama.

—Que vienes de mal humor... ¿Por qué?

—He roto mi abanico.

—¿El de la señora? —preguntó Petrona con gravedad.

—Sí, el que le regaló papá el mismo día que la pidió en matrimonio.

—Se podrá componer —replicó filosóficamente la camarera.

—Es que no sé lo que se ha hecho —exclamó tristemente Silvia.

—¿Lo has perdido en el baile?

—No, en el teatro.

—Se manda mañana al palco: allí estará.

—Es que... —y Silvia dejó escapar un suspiro.

—¿Por qué suspiras? —exclamó Petrona—. Dime por qué. Tú tienes algo, algo raro.

Narró Silvia lo ocurrido con visible emoción. Petrona escuchaba con gran interés.

Terminada la narración, en que la joven no omitió detalle, la

40 **Cendrillon**: del fr., Cenicienta.

41 **robe de chambre**: del fr., 'bata', 'salto de cama'.

mestiza guardó silencio un rato y luego con cierta malicia preguntó:

—¿Qué es lo que te aflige? ¿La pérdida del abanico o que no haya hecho caso de ti el *yankeecito*?

—No sé —respondió con frialdad Silvia.

—¿Es feo ese hombre?

—¡No, oh! ¡No! —exclamó la niña.

—Pero amable no es —objetó Petrona y con volubilidad agregó:

—¿Es alto?

—Sí.

—¿Rubio?

—Sí.

—¿Lacio?

—No, crespo.

—¿Pelo largo?

—Regular.

—Pero ¿qué más, qué más? —dijo impaciente la curiosa.

—No sé —respondió secamente Silvia poniéndose de pie—. Me caigo de sueño —agregó y se acercó a una camita tendida de color rosa que incitaba al descanso.

—Apaga la luz, deja solo la lamparita de la Virgen.

—Está bien, pero dime a lo menos de qué color tenía los ojos —preguntó la insaciable mestiza llegando al lecho, donde entre encajes posaba la cabeza hechicera de la cansada bailarina; y, notando que los cabellos sueltos se esparcían profusos por la almohada, corrió en busca de la redecilla.

—Apuesto a que eran azules —dijo con tono insinuante.

—No sé —respondió muy queda Silvia—. Déjame, que con tus preguntas ni he rezado siquiera una salve.

La niña se incorporó ligeramente; rezó su oración favorita a la Madre de los ángeles y se dejó caer luego en la almohada con un suspiro.

No había aún terminado la tarea de recoger la ropa de su ama la activa camarera cuando ya Silvia dormía:

—Duerme —dijo Petrona y en punta de pie se alejó.

Los sueños de una joven que, por vez primera, encuentra al hombre que va a amar son un conjunto de vaporosas imágenes, en las cuales se iluminan vagamente los contornos de aquel hombre que, por la memoria, va insinuándose lentamente en su alma.

Inquieto fue el dormir de Silvia y, como estaba muy fatigada de bailar y de la atmósfera pesada de los salones, una ligera fiebre aceleró los latidos de su corazón.

Despertó tarde la hija mimada de los opulentos banqueros y, al abrir los ojos, halló sentada a la cabecera de su cama a la madre amorosa:

—Mira, Silvia: te han traído el abanico.

Y la señora de Rojas, que parecía adivinar el pensamiento de la niña, enseñó el abanico y volvió los ojos a otro lado.

El carmín encendió las mejillas de Silvia, que, incorporándose vivamente, tomó el abanico y lo apretó con un movimiento nervioso.

—¿Quién lo trajo, mamá?

Estas palabras fueron pronunciadas en tono bajo.

—No sé, mononita; el conserje lo ha subido. Levántate que es tarde.

Y con un beso en la frente Elisa dejó a su hija.

—Sin tarjeta... —murmuró Silvia tristemente—. ¡Eso faltaba!

—¡Al baño, perezosa! —gritó desde la puerta Petrona, asomando su cabeza crespada, algo alborotada.

—Primero voy a rezar —respondió Silvia.

La joven se arrodilló delante de una imagen. Era esta un grabado bellísimo de la Concepción de Murillo; y quedó en piadoso recogimiento algún tiempo.

¡Cuán conmovedora es la mujer que ora! Esa fe, esa esperanza en un poder superior, al cual se cree sin embargo ligada por invisibles lazos, la acerca, la unifica con ese algo que muchos sabios reconocen y que el creyente adora.

Rezó y se sintió confortada la llorosa niña. ¿Por qué? Ese es el misterio que no se explica, se siente. Antes de levantarse de la piadosa postura, volvió Silvia sus ojos a la Virgen y sonrió ligeramente al grupo de graciosos angelitos que elevan hacia el cielo a la divina Madre de Jesús.

Aquella mirada, aquella sonrisa revelaban ya el consuelo. En las almas jóvenes la esperanza penetra fácilmente.

—¿Acabarás?

Y Petrona entró triunfante en el aposento enseñando un pedacito de cartón que mantenía entre los dedos a la altura de la cabeza.

—No la verás; no la verás... —repetía riendo.

¡Poder mágico del amor! Silvia, que a primera vista se había enamorado de Sandford, que había recibido el *coup de foudre*⁴², adivinó que ese pedacito de papel Bristol venía a revelar algo muy deseado: el nombre del que amaba.

—Dámela, dámela —exclamó tratando de alcanzar la tarjeta, que la mestiza intentaba sustraer, pasándola de una mano a otra.

La tomó por fin Silvia, que la lucha no era de buena fe.

—Eduardo —dijo con acento conmovido la soñadora niña—. Casi lo había adivinado.

Y sus ojos quedaron fijos en la tarjeta, como si le fuera imposible desprenderlos de aquel nombre.

—Eduardo Sandford, Madison Square, Nueva York. ¡Eduardo! ¡Eduardo! —repetía como quien sueña con voz de sonámbula.

42 **coup de foudre**: del fr., 'flechazo', amor a primera vista.

—Y *madama* Sandford no suena mal —exclamó la positiva mestiza.

—¿Te parece? —murmuró Silvia y, sin apartar los ojos de la tarjeta, agregó—: Madison Square, Nueva York.

—No sé dónde es —replicó Petrona—, pero el nombre me gusta.

—¡Es muy lejos de aquí!

—Para eso son los vapores y los ferrocarriles, que no han sido hechos para otra cosa.

—Sí, para alejar a los que se aman.

—Y volverlos a acercar —replicó la taimada.

—La ausencia debe ser cosa horrible —dijo con melancolía Silvia y hondo suspiro se escapó de su pecho.

—¡Y el baño debe estar helado! Ven, ven.

Las jóvenes salieron juntas.

—Guárdamela mientras me baño. ¿Quién te la dio?

—La encontré caída en la antecámara.

—¿Es posible?

Y Silvia, que tiritaba ligeramente a pesar de la atmósfera tibia del gabinete de la *toilette*⁴³, sintió que sus mejillas se inflamaban de indignación.

—Caída y ¿por qué?

—Entra al baño. Así, así... No te descubras los brazos si no quieres resfriarte

—Bueno. Pero acércame la tarjeta: quiero leerla otra vez.

La complació Petrona; y, en voz baja, Silvia, como si por vez primera leyese aquel nombre mágico, repetía embelesada:

—Eduardo Sandford. Madison Square, Nueva York.

¡Nada más poético para la mujer que ama que el nombre de su amado! ¡Nada más musical y que mejor resuena en sus oídos!

43 **toilette**: del fr., 'tocador', 'aseo personal'.

Silvia cerró los ojos y, como quien reza, sus labios repetían con dulzura:

—¡Eduardo!

—Sí, y ahora quédate un siglo dentro del baño y después vendrán las debilidades y... mira, voy a bañar a Eduardo contigo.

Y la pilluela hizo como si echara la tarjeta en la bañadera.

—¡No, por Dios! —gritó Silvia tomando bruscamente el brazo de Petrona, que sin quererlo dejó caer la tarjeta en el agua más que tibia.

¡Oh, pena! El calor y la humedad redujeron a pasta, en un instante, la tarjeta de Sandford; y ni las lágrimas de Silvia, que lloraba de veras, ni los “¡Ay de mí!” de Petrona, podían ya remediar el daño. Apenas la camarera quiso efectuar el salvataje, se le pegaron en los dedos unos pedazos informes, donde ya no se leían ni Eduardo ni Sandford.

Airada como ninfa que algún profano sorprende en la corriente de manso arroyo, se irguió Silvia, salió del baño y, sin secar su cuerpo virginal con la sábana que le presentaba la contrita mestiza, ganó la cama que aún conservaba el calor, cubriéndose la cabeza para ocultar su llanto.

—Jesús me valga —decía desolada Petrona—. Querer así a un hombre que solo se ha visto una vez, una vez sola... es ridículo. Voy a prevenir a la señora. ¡Maldita tarjeta y maldito hombre! ¿Qué tendrá de particular? Parece que la ha endiablado.

Cuando Petrona intentó hablar con su señora, no pudo hacerlo. Rojas y Elisa se habían encerrado en un gabinete privado cerca del escritorio del banquero, donde nunca intentaba penetrar nadie, cuando la puerta tenía echado el cerrojo.

La mestiza volvió cerca de Silvia y la encontró vistiéndose al parecer tranquila. Ni una ni otra hablaron del incidente de la tarjeta.

Conocía Petrona el carácter bondadoso de su niña y halló na-

tural el perdón a que estaba, desde su infancia, acostumbrada.

Silvia buscaba en su cerebro femenino un medio eficaz de desenredar aquella envuelta madeja. Lo buscaba con cierta calma relativa.

Al examinar el abanico, había notado que no era el suyo, aunque la semejanza fuera grande.

—Por eso, sin duda se ha hecho el desconocido, de vergüenza —pensaba la sencilla cubanita con pueril candidez.

El corazón se hacía cómplice de aquel ilógico raciocinio.

Con harta frecuencia se ven estos fenómenos aun en los políticos más duchos. ¿Por qué extrañarlo entonces en la niña de diecisiete años?

—¿Fuiste a la Legación? —dijo Elisa a su marido con visible interés.

—Fui; pero, cosa que parecía hecha de propósito, Washburne se había ido a Bélgica por el primer tren. Deseoso de complacerte, interrogué al mayordomo acerca de ese Sandford, que Dios confunda, y me respondió:

—Hace dos días que no ha venido. Lo conozco bien, el padre es un banquero de Nueva York. *Gentlemen*⁴⁴ cumplidos uno y otro.

—Puede ser. Pero ¿por qué hacerse el desconocido anoche y desairarnos, si contaba mandar hoy el abanico?

—No me lo explico. Pero, en cambio, creo que tus temores son exagerados y...

—No lo son: Silvia está preocupada y, si no te has de burlar de mí, te diré que la creo enamorada.

—Capricho de niña mimosa que se imagina desdeñada. Tontería que pasará.

—No pasará, Julián: Silvia es hija nuestra y, como nosotros... mejor dicho, como yo cuando amé, amaré para siempre.

44 **Gentlemen:** del ing., 'caballeros'.

Julián Rojas abrazó tiernamente a su esposa y con tono de reproche le dijo:

—¡Celosa! No has olvidado aún.

—No —fue la respuesta lacónica que con melancolía dejó escapar la hermosa Elisa.

Hubo un silencio que duró algunos instantes.

—Mira, Julián —agregó la esposa con tono confidencial—. Las mujeres, sobre todo las madres, no nos equivocamos en ciertas cosas. Ustedes los hombres no ven donde las mujeres adivinan, aun lo que todavía no existe. Tenemos menos cabeza, pero nos sobra corazón, es decir, instinto. Sigue mi inspiración: busca a ese joven.

—Pero, hijita —contestó Rojas con blandura—, tu cariño te lleva más allá de la razón. Yo no puedo ni es decoroso correr tras ese joven. Después de todo ha devuelto el abanico.

—Pero ¿si nuestra hija lo quisiera...?

—No, Elisa; proceder por el sentimiento, si es que este existe, y yo no lo creo porque no es verosímil, no fuera razonable.

—¡Que no lo crees!

—¡No al punto que tú, amiga mía!

Y el galante esposo ciñó el talle de su rubia mitad.

—El amor tan repentino no se encuentra si no en las novelas. Silvia se olvidará del *yankeecito* y esa tarea te la encargo a ti. No faltaba más, enamorarse así de sopetón.

—Mi opinión es otra —dijo Elisa con frialdad.

—Vaya —exclamó Rojas con cierto mal humor—. Parece que te has propuesto hacerme desempeñar un papel ridículo, por la primera vez de tu vida. No, Elisa, yo no he de buscar más a ese mozuelo y tú debes comprender la razón. Mira, basta de amoríos y necesidades.

Elisa se sentó en un sillón y una expresión de descontento sombreó su fisonomía.

Rojas se paseaba a lo largo del gabinete en silencio.

—No comprendo tu resistencia... por medio de nuestras relaciones podrías averiguar como si no nos interesara...

—¡Elisa!

La interrupción fue brusca.

—Quieres que vaya yo. Yo, un hombre de mi posición, en busca de un marido para mi hija; y que con toda premura me le acerque y le diga: “Como usted es un mal criado, le pido quiera honrar a nuestra familia con sus méritos y...”.

—¡Julián! —exclamó Elisa enojada—. ¿Me crees loca?

—Punto menos —fue la respuesta y el banquero rompió un cerillo y encendió su cigarro.

Elisa, con las mejillas encarnadas y los ojos chispeantes, se puso de pie y acercándose a su marido le dijo secamente:

—No lo hubiera creído de ti, Julián. Pero está bien. No insisto más.

E hizo ademán de alejarse.

Tomándole las manos blandamente, Rojas la llevó a un sofá, la hizo sentar, se colocó a su lado y besándola con repetición le dijo:

—Eres, Elisa, aún más joven de lo que creía. El sentimiento —continuó— no gobierna el mundo. Casar a una hija es responsabilidad seria. Los matrimonios como el nuestro son escasos, y con prisa nada se consigue. Responde: ¿me hallas razón?

—Sí.

—Nadie se ha de morir porque este *quid pro quo*⁴⁵ dure quince, veinte días, un mes. Divierte a Silvia, distráela con música, libros, labores, qué sé yo; y, seguro estoy, desaparecerá sin demora lo que no es sino un antojo de mujeres.

Elisa iba a contestar; su marido lo impidió.

45 **quid pro quo**: del lat., ‘una cosa por otra’, error, confusión.

—Además ¿qué prisa hay en casar tan niña a esa muchacha? No tiene sino diecisiete años.

—Mi edad cuando nos casamos.

—Sí, pero el tal Sandford es un rapazuelo que...

—Tendrá veinticuatro años —interrumpió Elisa.

—No me parece.

—Y es rico y...

—Eso no me importa tanto; lo importante es... pero mira, dan las doce: ¿que no se almuerza hoy? Todo esto me fastidia, dejémoslo.

—Al punto —replicó Elisa y sonriendo arrojó la flecha del Partho⁴⁶ como todas las mujeres—. Bueno, bueno; pero averiguarás.

Y salió del gabinete.

—Siempre idénticas —exclamó Rojas de buen humor—. Argumente usted con ellas, haga valer la lógica más estricta y al terminar toda discusión se nota que ni siquiera han escuchado. Emanciparlas fuera... perderlas.

Y el banquero se dirigió al comedor.

Silvia era un desmentido vivo a los temores abrigados por su madre, que dicho sea de paso era exaltada en extremo y con tendencias a exagerar los sentimientos de los que amaba, ya en bien, ya en mal.

Cuando Rojas entró en el lujoso comedor, el sol de un día claro de octubre iluminaba los objetos y los semblantes. La vajilla de plata que llenaba los aparadores reía, acariciada por la luz del sol; los cristales reflejaban el iris en cada faceta y las mujeres estaban más bellas que nunca.

Había allí tres: Silvia, Luisa d'Entragues, su amiga, y la te-

46 **flecha del Partho**: flecha disparada en el momento que se finge la retirada, para tomar desprevenido al rival; táctica usada por los antiguos partos.

naz Elisa, que parecía contenta de su entrevista.

—Papá, tengo hambre, ¿y tú? —exclamó Silvia colgándose del cuello de su padre—. Buenos días.

Y los besos caían como granizo de otoño, sobre las mejillas del venturoso banquero.

El cubano miró de soslayo a su mujer y, con su voz de bajo cantante que hizo vibrar los cristales, exclamó:

—¡Así me gustan las muchachas! Alegres y hambrientas.

Risas juveniles, sonrisa irónicamente gozosa de la madre, y el almuerzo comenzó y terminó sin que una sombra oscureciera aquella escena de familia opulenta y feliz.

—Nos veremos en el Bois⁴⁷ —dijo Rojas al dejar su servilleta y, con un *au revoir*⁴⁸ expresivo y con una sonrisa dirigida al gracioso grupo femenino, salió del comedor.

¿Quién tenía razón: Rojas o Elisa?

¿Qué había quedado en aquella cabecita de diecisiete años de las impresiones de la víspera y del llanto de la mañana...? Misterio. Silvia acariciaba un proyecto y esto equivalía para ella a un triunfo.

Las muchachas, cuando esperan descubrir algo que les llega al corazón, son como los hombres de genio: empiezan por creer en el éxito con inquebrantable fe, y hacen bien. Imitarlas no es fácil. Para ello se necesita esa flexibilidad, esa elasticidad, esa fuerza que solo poseen la juventud o los espíritus superiores.

Luisa d'Enragues era la confidente íntima de Silvia, la verdadera. Entre las dos habían combinado un plan estratégico, que debía dar los resultados más completos.

El Bois de Boulogne sería el centro de operaciones.

47 **Bois:** del fr., 'bosque'. Se refiere al Bois de Boulogne, parque situado en la zona oeste de París.

48 **au revoir:** del fr., 'adiós'.

Aseguraba Luisa que, en la última semana, había visto en *L'Allée des Acacias*⁴⁹ a varios jóvenes que, a no dudarlo, se asemejaban al retrato que de Sandford hacía Silvia.

—¡Al bois, pues, al bois! —fue el grito que lanzaron las precias aliadas, armadas de punta en blanco, cual conviene a quien intenta vencer; aliadas que debían, con solo ser vistas, alcanzar la victoria.

Rubia y sonrosada, con ojos verdosos a la Minerva griega, Luisa vestía con distinción moscovita un ceñido traje de raso celeste guarnecido de chinchilla; la toca idéntica, ligeramente ladeada, en que lucía un broche de turquesas, coronaba la profusión de cabellos ondeados, que como hebras de seda flotaban sobre las espaldas de la esbelta joven.

El terciopelo granate ornado de zorro plateado modelaba el talle de Silvia con perfección plástica. La tez pálida cobraba, por el contraste rojizo, reflejos amarfilados, destacándose maravillosamente en un lujoso marco de rizos negros, como ébano.

La institutriz de Luisa, que las seguía, no se daba cuenta de aquel subir y bajar, hasta la cascada, de las dos amigas, que recorrían sin cesar *l'Allée des Acacias*.

—Monótono —decía para sí la angulosa insular⁵⁰.

Las muchachas, a no dudarlo, no eran de su opinión.

Jinetes montados en briosos caballos de raza iban en dirección al *Champ de courses*⁵¹.

Todos miraban y de seguro admiraban aquella pedestre pareja femenina y algunos desandaban el camino ya hecho, para encontrar de nuevo las bellas aliadas que, desdeñosas y empero avasalladas por el aguijón de una idea fija, recorrían la

49 *L'Allée des Acacias*: del fr., 'el Paseo de las Acacias'.

50 *insular*: por haber nacido en la isla de Gran Bretaña.

51 *Champ de courses*: hipódromo ubicado al sudoeste del Bosque de Boulogne.

larga avenida de arriba abajo hasta la cascada, erguidas sobre sus altos tacos a la Luis XV, que dejaban su marca coqueta y diminuta sobre el húmedo pavimento.

Bajaba el sol, crecían las sombras y el aire refrescaba.

—*Trop tard*⁵² —exclamó con acento británico miss Barrie. Imposible resistir al seco “Volvamos” de la institutriz.

Silenciosas, descontentas, subieron las niñas al landó: Sandford las había chasqueado. Luisa tomaba naturalmente por suya la ofensa. Así se quieren las muchachas; y a fe que así es como debe quererse: haciendo nuestras las penas y los goces de quienes amamos.

—*À la maison*⁵³ —dijo la institutriz con tono perentorio y el cochero salió de *l'Allée des Acacias* por la derecha, para tomar la de la Emperatriz.

El sol poniente con luz de apoteosis bañaba ya la ancha avenida, donde a tal hora el movimiento es vertiginoso.

Las puestas del sol, en París, son muy bellas, sobre todo en el otoño.

Los extranjeros alzan poco los ojos hasta el cielo; les sobra qué mirar sobre el macadam⁵⁴ del *Boulevard* o de los Campos Elíseos. Pero el parisiense sabe que la Plaza de la Concordia, media hora antes de *ocultarse el astro del día*, como decían las *Preciosas del Hotel de Rambouillet*⁵⁵, es uno de los sitios más pintorescos del mundo.

52 **trop tard**: del fr., ‘muy tarde’.

53 **À la maison**: del fr., ‘A la casa’.

54 **macadam**: pavimento de piedra machacada.

55 **Preciosas del Hotel de Rambouillet**: grupo de mujeres aristócratas que asistían al salón de Rambouillet, cuya anfitriona era la marquesa Cataline de Vivonne (primera mitad del siglo XVII), y que se reunían en torno a debates literarios y al buen gusto en el habla, tendencia que se ha denominado Preciosismo. En la alusión de Mansilla se observa el tono peyorativo con el que se solía recordar el refinamiento exagerado en el que cae ese movimiento intelectual.

El flujo de coches que desborda con retumbos de cascada tiene por fondo el Arco de la Estrella, cuya arquitectura pesada cobra algo de suave por los reflejos con que lo bañan los arreboles del horizonte, teñido por un lujo de tintes rojos, dorados y cálidos como los del trópico.

La transparencia de la bóveda azul está como cebreada de nubes densas, algodonosas, que empiezan por ese rosado blanco de la aurora de Guido⁵⁶ y van poco a poco encendiéndose en los contornos, hasta volverse incandescentes; flotan en polvo dorado, se avioletan, cambian de forma y van luego destiñéndose gradualmente, hasta ese gris con reflejos opalinos que ennegrece la llegada de la noche.

Los que vuelven del bosque en ese momento vienen envueltos en una luz crepuscular; en cambio, los que van entran en una zona luminosa, deslumbrante por su intensidad, que los ofusca, los ciega.

Como relámpago pasó un faetón⁵⁷ que del *Rond point*⁵⁸ venía. Rozó casi con el landó, de donde se escapó un ligero grito y Silvia, sin poder contenerse, exclamó:

—¡Es Sandford!

Cuando Luisa sacó la cabeza por la ventanilla, el faetón había ya desaparecido.

Miss Barrie dijo en un seco "*I declare*"⁵⁹, que pasó desaper-

56 **la aurora de Guido:** alusión a *L'Aurora*, fresco barroco del artista Guido Reni, realizada entre los años 1612 y 1614, en el Palacio Pallavicini Rospigliosi de Roma. Se representan varias deidades romanas, como la diosa Aurora, que guía el carro de Apolo, a la vez que son rodeados por las Horas. Entre todos llevan la luz que da inicio a un nuevo día.

57 **faetón:** del fr. *Phaéthon*, en referencia a Faetón, hijo del dios del Sol según la mitología y conductor de su carro. Carruaje de cuatro ruedas descubierto, alto y ligero.

58 **Rond point:** del fr., 'rotonda'.

59 **I declare:** del ingl. 'declaro', 'digo', especie de advertencia.

cibido; y es tan intraducible cuanto expresivo en boca de una inglesa.

La vuelta al hotel *d'Entragues* fue silenciosa. Allí la señora de Rojas esperaba a su hija.

Era el día de recepción de *madame d'Entragues*, Princesa Orloff de nacimiento⁶⁰; y una numerosa concurrencia llenaba los dorados salones de la altiva rusa.

Cuando Luisa y Silvia entraban en la lujosa mansión, el señor de Rojas hablaba en el vestíbulo con un hombre flaco de aspecto militar; y ambas jóvenes oyeron esta frase que con indiferencia el hombre seco pronunciaba:

—El herido es Sandford.

Sin proferir palabra, Silvia cayó desplomada al suelo.

Al grito de Luisa, se volvió Rojas y con indecible angustia vio a su hija sin sentido.

Merced a cuidados afectuosos e inteligentes, la joven no tardó en volver en sí.

Un copioso llanto en el seno de su madre y la pobre niña estuvo en estado de volverse a casa.

El coronel Mallman, interrogado por el banquero, dio detalles minuciosos sobre el duelo, que este escuchó con sumo interés y que transmitió a la madre y a la hija, durante el trayecto que mediaba entre ambos hoteles, uno situado en el *Rond point* y el otro en la *Chausée d'Antin*.

La herida era leve: un rasguño en la mano.

Silenciosamente abrazó Silvia a su madre, que le abría los brazos; y, sin más explicaciones, todo quedó dicho entre aquellos dos seres que se comprendían, que se adivinaban.

60 Nacida en la familia de los Orlov u Orloff, diplomáticos y militares rusos; tal vez casada con algún miembro de la familia de los Godeau d'Entragues, de Francia.

Al bajar de carruaje, la niña se acercó cariñosamente a su padre y con gracia infantil le dijo:

—¿Si fueras a verle papá?...

—Y tú a acostarte... —fue la respuesta seca de Rojas, que sin cumplir con sus galantes hábitos de costumbre subió primero las gradas del peristilo y dejó solas con el lacayo a la madre y a la hija.

—No temas; irá —dijo con tono cariñoso Elisa a Silvia y, agitando un timbre, entró por la sala de billar, donde se detuvo.

A su llamado llegaron a la vez Petrona y Juan, el ayuda de cámara del amo de casa.

—Petrona, que sin demora acuestes la niña y le des un poco de caldo.

La mestiza tomó por el brazo a Silvia, que temblorosa y paciente se dejó conducir con infantil docilidad.

—¿Qué ordena, su señoría? —dijo Juan con humildad.

—Que digas a tu señor que me espere dentro de cinco minutos en el gabinete azul.

Juan se inclinó y desapareció.

Cómo pintar el asombro de la bella Elisa cuando, después de haberse quitado la capa y la gorra, al cruzar de nuevo la sala de billar, halló allí a Juan, quien acercándose le dijo con tono respetuoso:

—¡Señora! El amo ha salido.

En ese momento se oía rodar un coche.

—Y me ha entregado esto para su señoría.

Maquinalmente tomó la sorprendida Elisa un papel pequeño, doblado en forma de triángulo; lo desdobló y leyó estas palabras:

“No comeré en casa.

Julián”.

Reprimiendo la cólera para que el criado no se apercibiera de lo que ella llamaba una injuria, contestó:

—Está bien.

Y majestuosamente volvió la espalda al ayuda de cámara.

Con un humor de *bulldog*, según la expresión inglesa, salió huyendo de una escena de la familia el práctico banquero, para refugiarse en el santuario, donde van casados y solteros, cuando desean evitar por algunas horas el elemento femenino. Entró a su club y pidió los periódicos.

La mala suerte lo perseguía.

Buscando los telegramas⁶¹ dio en otra columna con un suelto⁶² que tenía este acápite⁶³: “Duelo por un abanico”, y maquinalmente lo leyó.

Era el de Sandford, con detalles que el coronel no le había dado.

Parece que antes de llegar al sitio donde cayera el abanico, en cuya procura iba Sandford, el Conde de la Roche lo había recogido, contando presentarlo al instante a su bella dueña, a quien de lejos admiraba todos los sábados.

Intacto se hallaba el precioso abanico, cuando el *yankee* lo reclamó con altivez perentoria; y como la respuesta del aristocrático conde fuera insolente en exceso, siguió un choque de palabras agrias y una lucha de los dos jóvenes, que dio por resultado la completa destrucción del codiciado objeto y un cambio de tarjetas para el día siguiente.

El suelto narraba el encuentro tal cual el coronel Mallman, que había sido testigo de Sandford, lo refiriera; decía que la herida era un arañazo insignificante y terminaba con una

61 **telegrama:** por aquel entonces, los mensajes telegrafados no eran llevados al domicilio del destinatario, sino que se publicaban en el diario de mayor circulación.

62 **suelto:** nota periodística breve sobre alguna noticia o hecho reciente.

63 **acápite:** título.

moraleja al caso “sobre el abuso de encuentros semejantes por un simple objeto de *toilette*”.

—Todo esto está muy bien —pensó Rojas—; pero no explica por qué ese caballerito, tan puntilloso a veces, se porta en otras ocasiones como un malcriado. Haber roto el abanico no era razón, al contrario; y su actitud con nosotros no tiene excusa.

Naturalmente no cruzó por la mente del hombre de mundo la idea de pedir satisfacción al intolerante campeón por la propia ofensa, pero sí decidió no volver a ocuparse más de tan incómodo personaje.

Comió Rojas solo y de mal talante, no por el incidente al cual no daba ya importancia, sino por la insistencia de su mujer, que presentía con sumo disgusto.

Del Club se fue a casa de una tía de Elisa, que tenía mucho cariño por esta y era mujer de seso. La halló felizmente y apenas comenzó a narrar lo ocurrido, la buena marquesa exclamó:

—¡Pero, hombre! No se desole usted así. Yo conozco el remedio al mal que le aqueja.

—A mí no, señora, a su sobrina, que se le ha metido en la cabeza que Silvia se va a morir si no se explica ya, ya, el por qué ese diablo de *yankee* se hizo el desconocido en el baile.

—Creo poder explicarlo yo —contestó la marquesa con una sonrisa misteriosa— y devolver la calma a Elisa. No respondo de igual resultado con Silvia —agregó con gran ironía la gran dama.

Rojas jugó dos partidas de ajedrez con la simpática marquesa, que, a pesar de sus setenta y cinco años, era encantadora por su espíritu delicadísimo y su gracia para narrar el incidente más insignificante, al cual prestaba ella interés especial con sus originales observaciones de mujer de mundo y de talento.

Después de tomar una deliciosa taza de chocolate, ganó sus lares el banquero.

Elisa, con un círculo de amigos íntimos, jugaba al tresillo y Rojas, que venía de buen humor, la encontró con cara plácida, besó con galantería la mano de su mujer y dijo en alta voz:

—Señores, aquí ven ustedes a un marido feliz.

—Como siempre —contestó alguien.

—No, más que nunca —exclamó el banquero, preguntando luego por Silvia.

—Duerme —respondió Elisa—. Y ha estado muy bien toda la tarde.

—Mejor que mejor —fue la respuesta—. Vengo de casa de tu tía, quien me ha encargado decirte que ella tiene el hilo de este enredo y se encarga de tranquilizarte.

—Más vale así —respondió Elisa—. Detesto los misterios y ya este me iba cansando.

Como los amigos eran todos del círculo íntimo y estaban al corriente de lo ocurrido, la conversación roló sobre Sandford y el duelo, hasta terminarse la velada.

Las últimas palabras de la hermosa cubana al despedirse de su marido fueron:

—Lo ves, Julián, te burlas casi siempre de nuestros sentimientos y los tratas de ridículos. Pero ya lo ves: el abanico roto trajo el duelo y...

—Mujer, un pinchazo —replicó Rojas.

—Sí, pero que pudo ser una estocada en el corazón.

El banquero sonrió y con tono de marido dócil respondió:

—Tienes razón.

La marquesa de Antúñez madrugaba; pretendía la ilustre descendiente de los Medina Sidonia⁶⁴ que todo se hace mejor antes que el sol llegue al cenit y repetía a sus amigos:

—Levantarse temprano conserva el espíritu sano y el

64 **Medina Sidonia:** casa nobiliaria española de antiguo linaje.

sueño de la belleza es aquel que se duerme antes de las doce de la noche.

Casada con un norteamericano, la ilustre española conocía muchos de esos aforismos que propalan los hijos de la Unión, pero no practican.

No eran aún las ocho de la mañana cuando el ayuda de cámara de la marquesa iba personalmente, según su decir, a la calle del *Faubourg St. Honoré* a preguntar al conserje del 87 si podía ya hablarse con el inquilino del entresuelo.

—Creo que sí —respondió el *pipelet*⁶⁵—. Desde que se batió ayer, se ha quedado en cama por orden del médico pues, aunque la herida no es cosa, tiene fiebre, según dice *monsieur Pierre*.

Monsieur Pierre era el sirviente de Sandford.

—Entonces subo —dijo el enviado de la marquesa dirigiéndose al apartamento de Sandford.

Apenas tocó la campanilla se abrió la puerta y *monsieur Pierre* apareció.

El saludo fue cordial entre el joven ayuda de cámara y el enviado de la marquesa; la respuesta, aunque lacónica, expresiva.

—Está visible siempre para usted, *monsieur Martin*.

Cuando entró en la habitación el hombre de confianza de la marquesa de Antúñez, Sandford leía en cama.

El libro que en la mano tenía era un tomo pequeño y lujoso de las poesías de su compatriota Longfellow.

Al ruido que hizo la puerta, abrió los ojos el lector y reconociendo a Martin lo acogió con un “¡Hello!” muy sajón y expresivo.

¡Oh! Si Petrona hubiera podido ver aquellos ojos, no le hubiera quedado sombra de duda sobre su color. Eran azules con pestañas castañas y la mirada tenía una magia indescriptible.

65 **pipelet:** del fr. ‘portero’.

Azules eran a la clara luz de la mañana; pero de noche parecían negros, así como las cejas ligeramente dibujadas y casi rectas.

—Siéntate —dijo en inglés el joven a Martin y con un gesto familiar le enseñó con la mano una silla a los pies de su cama.

Aquella mano blanca, fina, aristocrática, de uñas sonrosadas, tenía cerca del índice una tira de tafetán inglés rosado, que se prolongaba hacia la muñeca.

Enseñando el tafetán, Martin guiñó el ojo y siempre en inglés dijo:

—Esa es la cosa.

—Sí —respondió riendo Sandford y se incorporó para tomar un paquete de cigarrillos de sobre la mesa de mosaico, situada a la cabecera del lecho lujosísimo en que descansaba el joven duelista.

¡Oh! Si Petrona hubiera podido verlo por el agujero de la cerradura, ¡cuánto lo habría admirado!

Crespos y dorados eran los cabellos que adornaban su cabeza algo pequeña y de una regularidad perfecta, la nariz griega y la boca algo abultada de labios recordaban las de Apolo del Belvedere⁶⁶; pero la sonrisa no era griega, era moderna, era americana, como los bigotes dorados y sedosos que terminaban en aguda punta artificial, pues se veía claramente que esos bigotes, si hubieran seguido su inclinación natural, se habrían enrizado perezosos como la cabellera.

El americano, después de encender el cigarrillo, intentó con un gesto a la d'Artagnan, retorcerse los rebeldes bigotes.

Un ligero “¡Ay!” se le escapó involuntariamente.

Martin dilató su boca desportillada y pronunció un “*Take care*” (cuidado) muy expresivo.

66 **Apolo del Belvedere:** estatua de mármol descubierta en Roma en 1489. Fue trasladada por el Papa Julio II en 1508 al Vaticano, donde fue colocada en el Belvedere.

—No es nada —dijo desdeñosamente Sandford—. ¿Qué quieres?

—Esto.

Y Martin entregó una carta que traía envuelta en un papel apergaminado para no arrugarla.

La abrió Sandford y la leyó con interés.

En tanto la leía, una ligera arruga se fijó en su frente tersa y algo estrecha.

Martin contemplaba afectuosamente al lector, diciendo para sus adentros:

—Cada día más hermoso. ¡Dios lo bendiga!

En efecto, Sandford era un modelo de belleza masculina.

La camisa de *foulard*⁶⁷ a rayas azules y color marfil dejaba ver un cuello vigoroso y blanco sin ser afeminado, que hubiera podido servir de modelo a un estatuario; la colcha de color *violor*⁶⁸ modelaba sus formas jóvenes y varoniles, dignas del buril de Fidias.

En tanto el joven leía, recorría con la vista el viejo *yankee*, que tal lo era, uno a uno los muebles lujosos y artísticos del aposento y, meneando la cabeza, exclamó en voz alta:

—Siempre lo mismo, todo bello.

—Lo mismo —respondió con eco Sandford.

Martin fijó su atención en dos preciosos retratos pintados sobre un marfil, que descansaban en elegantes caballetes de felpa roja.

El uno era el de Sandford y el otro, el de una mujer muy hermosa, que debía de ser la madre por su semejanza.

—*The darling* (El queridísimo) —exclamó el *yankee* levantándose y con respetuosa ternura besó el retrato de Sandford,

67 **foulard**: del fr., tela de seda muy fina.

68 **violor**: posible errata de la autora por *violet*, 'violeta', o bien por *vieillot*, 'anticuado o avejentado'.

agregando con turbación:

—Señor, no tenga celos.

El joven respondió sonriendo un “¡Oh, no!” muy expresivo, agregando:

—Le dirás a la marquesa que no escribo por... —y enseñó el tafetán—. Pero que todo se hará según sus deseos.

Martin dio las gracias, se inclinó y besó respetuosamente la mano de Sandford.

—Hasta luego, Martin.

—Mis respetos —respondió el enviado, tirándose la mecha de la frente como un inglés y salió de la habitación sin volver la espalda.

Martin era hijo de un mestizo de la Nueva Orleans, cuyos antecesores habían pertenecido durante varias generaciones a los Sandford; y, aunque el padre de Eduardo había libertado al suyo, muchos años habían permanecido él y su mujer al servicio de la familia. De ahí su gran cariño por todo lo que llevaba el nombre de Sandford.

Cuando Eduardo se quedó solo, volvió a leer la carta de la marquesa y el pliegue volvió a fijarse en su frente.

—Nada me ha dicho —murmuró en voz baja—. No importa, es lo mismo.

Y tocó el timbre que estaba sobre la mesa, en compañía de los cigarrillos, del tomo de Longfellow y de esa serie de *nadas* elegantes indispensables hoy para un hombre de buen tono.

Entró *monsieur* Pierre.

—Mira si hallas en mi caja de guantes un par del número siete y cuarto, gris o color Suecia; con este rasguño no podré resistir los míos.

En ese momento se oía una voz de tenor, ligera y bien timbrada, que subía la escalera cantando la romanza de la *Favorita*⁶⁹:

69 **romanza de la *Favorita***: ópera (1840) del italiano Gaetano Donizetti. El

—*Une ange' une femme inconnue.*

La puerta del aposento se abrió estrepitosamente y un joven entró por ella. Era Sandford. El mismo Sandford que acababa de hablar con Martin; pero no ya en *déshabillé*⁷⁰, sino vestido con un completo gris matinal, de lo más elegante y a la moda.

Sandford se acercó a su *sosie*⁷¹ del lecho, le dio un beso en cada mejilla llamándole perezoso y se sentó luego con cariñosa familiaridad sobre la cama.

—¿Cómo está? —preguntó al herido indicándole la mano.

—Muy bien —fue la respuesta.

Llegó en ese momento Pierre y dijo al Sandford *acostado*.

—No hay guantes de ese número, señor.

—¿Para qué? —preguntó el otro Sandford.

—Ya te diré. Pero déjame vestirme.

Poco después se oían los acordes de un armonio y la voz de tenor, que antes cantaba la romanza de la *Favorita*, entonaba con gran dulzura el *Salve Regina* de Stradella⁷².

—¿Quién canta? —preguntó a *monsieur* Pierre la conserje, que subía una carta.

—¡Qué sé yo! —respondió *monsieur* Pierre secamente—. No reconozco aún sus cuerpos ¿y quiere usted que conozca de lejos sus voces? ¡Qué demonios!

—Hombre, no se enoje usted; que ahora esa cicatriz va a serle muy útil.

—Verdad que no se me había ocurrido. Pero no respondo de que al otro no le salga alguna cicatriz natural que sea idé-

fragmento que canta Sandford pertenece al aria "Ange si pur" ('Ángel tan puro').

70 **déshabillé**: del fr., 'salto de cama', 'bata', ropa de casa más liviana y sencilla que la *rode de chambre*.

71 **sosie**: del fr., 'doble'.

72 **Salve Regina de Stradella**: oración cantada en latín, dedicada a la Virgen María. Varios artistas han realizado arreglos musicales de esta pieza, como es el caso del compositor italiano Alessandro Stradella (1643-1682).

tica. Cuando el uno se resfría, al momento tose el otro y, si uno despierta, de seguro el otro no duerme.

—¿Y cómo hacen cuando... se enamoran? —dijo con pille-ría curiosa la portera guiñando un ojo lacrimoso.

—¡Oh! Eso no sé —respondió *monsieur* Pierre.

Una voz lo llamaba con repetición: era la de Sandford. Pero ¿cuál de los dos?

Monsieur Pierre mismo no hubiera acertado a decirlo; se contentó con acudir al llamado.

A las tres de la tarde de ese mismo día, una victoria⁷³ tirada por un hermosísimo caballo negro reluciente, ricamente enjaezado, subía por la avenida de los Campos Elíseos. El co-cherero era un negro de pura raza africana, vestido con gran corrección y, a pesar de que estos no escasean en París, el carrua-je parecía llamar la atención de cuantos lo veían.

—¡Es inaudito! ¡Es increíble! —se oía repetir por todos lados.

—¡Parece brujería!

Sí, en pleno París del segundo Imperio, se expresaban así los parisienses.

De seguro no era el cochero renegrado el que de esa ma-nera confundía a los paseantes, debía ser algo de más raro, de menos conocido, de más estrafalario, para que la palabra *bruje-ría* hubiera salido del apolillado diccionario de la Francia into-lerante del terrible Labourdermont⁷⁴.

De repente se oyó un murmullo confuso de voces, que de seguro anunciaba algo grato y, a lo lejos, apareció ese presti-gioso cortejo, que nunca vieron pasar los parisienses sin ese al-go que puede llamarse curiosidad simpática.

73 **victoria:** coche de caballos de dos asientos, abierto y con capota.

74 **Labourdermont:** se refiere a los cruentos procesos en contra de la población vasco-francesa de Labort o Labourd, sospechada de brujería, por orden del rey Enrique IV de Francia.

Ya nadie pensó en el negro ni en brujerías.

Cuatro lacayos galoneados con librea verde, botas altas y pantalones de gamuza, montados en soberbios caballos alazanes, con el látigo corto a la inglesa a modo de bastón, llegaban al trote largo, de dos en dos, por ambos lados, precediendo o anunciando a la distancia de algunos metros, a una victoria enganchada a la Daumont⁷⁵ con regia corrección. En ella venía graciosamente reclinada sobre un cojín de terciopelo azul, una reina de belleza: la emperatriz Eugenia⁷⁶, la hechicera hija del Guadalquivir, de talle de diosa y cabellos a la Tiziano⁷⁷.

Fijaba la soberana miradas benévolas en las gentes que a su paso acudían solícitas, para ver y admirar en su persona el doble prestigio de la hermosura y de la realeza.

Una sombrilla roja con encajes de Bruselas era el cetro que empuñaba en ese momento su diminuta y bien calzada mano, que el guante de Suecia embellecía pues la hermosa andaluza, de tez de leche y cuello de ninfa, no tenía las manos de Ana de Austria⁷⁸.

Con una gorrita de blonda blanca, guarnecida por guirnalda de margaritas del bosque, se adornaba aquella bella ca-

75 **a la Daumont:** modo de enganche de carruajes con cuatro caballos, dos de los cuales son montados por jinetes. La denominación hace referencia al duque d'Aumont, quien introdujo esta modalidad en el siglo XIX.

76 **Eugenia:** conocida como Eugenia de Montijo, aristócrata española, emperatriz consorte de Francia (1826-1920).

77 **cabellos a la Tiziano:** nombre dado al color castaño dorado y rojizo, con que el artista italiano Tiziano Vecellio (1477-1576) solía representar el cabello de los distintos personajes de sus retratos. Se lo asociaba con una belleza clásica y atemporal.

78 **Ana de Austria:** princesa española (1601-1666), reina de Francia por su matrimonio con Luis XIII, madre de Luis XIV, el Rey Sol. En los diversos retratos realizados por Rubens, Anguissola y otros artistas, se observa especial énfasis en sus manos, siempre acompañadas de joyas o guantes de lujo como símbolo de su poder.

beza, cuya frente ceñía la corona imperial del César Corso⁷⁹.

La muchedumbre crecía, el murmullo se acentuaba y la Emperatriz saludaba de un lado a otro con la cabeza sin sonreír. No era que aquel homenaje le disgustara; pero la mujer o la emperatriz que no tenga bellos dientes será siempre avara de sus sonrisas.

Se había detenido la victoria que el negro conducía cerca del arco de La Estrella, para dejar el paso libre al imperial cortejo; y el renegrido automedonte⁸⁰, conocedor del ceremonial, impasible, erguido sobre el elevado pescante, con su látigo levantado y apoyado en la pierna, cual lo usan los cocheros bien estilados para demostrar respecto, parecía tallado en azabache.

—Ana —dijo la emperatriz a su compañera, una robusta muchacha de contornos opulentos, que hubiera hecho las delicias de Rubens.

—Mira... ¡Mira: es increíble!

—¡Es inverosímil!

Dos sombreros se alzaron a la vez de la victoria del coche negro y la soberana casi sonrió, al inclinar la regia cabeza.

El carruaje imperial, seguido de otros cuatro lacayos idénticos y acompañado por dos elegantes escuderos que a la portezuela galopaban, se desvió por la avenida del Rey de Roma, dejando tras de sí un surco luminoso.

Eran los bellos días del Imperio. Apenas si en el horizonte político se esbozaba la trágica figura del infeliz Maximiliano⁸¹.

El cochero negro siguió la avenida que llevaba el nombre de la

79 **César Corso:** Napoleón III.

80 **automedonte:** cochero, por alusión a Automedonte, el conductor del carro de Aquiles.

81 **Maximiliano:** noble, político y militar austríaco (1832-1867), hermano menor del emperador de Austria Francisco José I, es nombrado emperador del Segundo Imperio Mexicano; finalmente, es derrotado y ejecutado por las fuerzas republicanas de Benito Juárez.

rubia majestad y luego entró por la cascada en *l'Allée des Acacias*. Multitud de coches y de jinetes como siempre; algunos paseantes, entre ellos miss Barrie, pero sola.

La victoria del cochero negro había dado ya una vuelta *fait un tour*⁸², como dicen los parisienses; cuando, a la altura de la cascada, apareció semiabierto el landó de la señora de Rojas.

El sol de otoño no lo desperdician jamás los que habitan en París; lo atesoran como la hormiga de la fábula, porque saben cuánto han de echarlo de menos en invierno.

Cuando a los niños y a las muchachas se les deja adivinar que hay una sorpresa en perspectiva, se vuelven insoportables de preguntones.

Aquella mañana después de una conferencia con su tía la marquesa, Elisa llamó a Silvia sonriendo y dijo:

—Harás prevenir a Luisa para que nos espere a las tres: iremos juntas al Bois en nuestro coche y allí te daré, es decir, les daré a las dos una sorpresa.

—¿Una sorpresa, mamá?

Y el color subió al rostro de Silvia.

—¿De qué clase?

—¡Oh! La clase es la sorpresa —respondió la mamá con ironía.

—Pero ¿buena o mala? —dijo la mimosa.

—Mala, naturalmente. Yo no las doy nunca buenas, bien lo sabes...

Silvia quedó pensativa; intentó hacer una pregunta, no se atrevió y, de repente, en uno de esos accesos de ternura que le eran habituales, estrechó cariñosa a su madre, exclamando:

—¡Mamá, mamita mía!

—Anda, anda, loquilla —respondió Elisa, besándola en la frente—. Escribe a Luisa, estudia tus escalas y a las tres, hora

82 **fait un tour**: del fr. 'dar un paseo'; en este caso: 'dar una vuelta completa'.

militar, que no me hagas esperar.

—¡Oh, eso jamás! —exclamó riendo la picarilla y con la rapidez de la luz se escapó de la habitación

¿Por qué?...

Porque su corazón profético le decía palpitando dulcemente:

—Vas a verlo. Lo verás.

Y sin demora, comenzó la supersticiosa a revistar los libros de su pequeña biblioteca con ese pensamiento: “Lo veré ¿sí o no?” a medida que los iba tocando uno por uno.

—Sí, dijeron los libros.

—Sí los cuadros de la pared; pero *no* las notas del piano, *no* los pétalos de una rosa; y desalentada, febril, la devota niña se hincó delante de la Virgen.

Rezó primero una salve y luego otra y otra, para que fueran tres, número impar que debía darle un sí. Entonces, contó los angelitos del grupo sagrado, ¡palpitando!

¡Oh, ventura!

El último, el de arriba, el más precioso, le dijo un sí tan expresivo, que ya la niña no abrigó duda y corrió a estudiar el piano obediente y feliz.

Tocó naturalmente once escalas, que le produjeron un contento grande, y se vistió tan de prisa que estuvo pronta mucho antes que mamá. Hasta en ello halló un símbolo la enamorada y quizás lo había. ¿Qué sabemos los humanos de leyes que rigen los acontecimientos? Porque se ignore una fuerza, ¿deja acaso de existir...?

Las niñas iban silenciosas, volviendo de continuo la cabeza de uno a otro lado y cambiando furtivas miradas.

Al lado de la señora de Rojas, la marquesa cubierta con una pelliza de cibelina observaba de reojo a las curiosas y de cuando en cuando decía una que otra palabra en voz baja a su sobrina.

De repente el landó se paró como si alguna orden telegráfica lo hubiera detenido. Las niñas se miraron.

—¿Qué?, ¿bajamos aquí? —preguntó Silvia a su madre.

—No —respondió Elisa.

En ese instante llegaba hacia el landó, de vuelta encontrada, la victoria del cochero negro y, acortando el andar del caballo, se desvió por el costado izquierdo, donde se hallaba la marquesa...

¡Oh! Sorpresa casi angustiosa por su intensidad.

En la victoria, saludando amistosamente a la marquesa, estaba... Sandford.

Eduardo Sandford, de Nueva York, Madison Square. ¡El del abanico, el del baile, el de la tarjeta, el perdido, el deseado, en fin...!

Pero la suerte, pródiga hasta el exceso, no solo se complacía en devolver a ese Sandford tan buscado, sino que lo doblaba, pues a su lado había otro idéntico Sandford, igualmente bello, igualmente rubio e igualmente atrayente. Y esto a tal punto que ni Silvia ni Elisa podían darse cuenta de la identidad del Sandford que tanto las había preocupado.

Fue tan rápido el pensamiento que asaltó a la madre, ya prevenida, y a la hija desprevenida que, cuando la marquesa pronunció el usual "*Monsieur Sandford*" de las presentaciones, la curiosidad fue el sentimiento que dominó todos los demás, tanto en la hija cuanto en la madre. Luisa se había vuelto toda ojos; sus miradas iban alternativamente de uno a otro de los mellizos.

Ruborizada Silvia, casi humillada, apartaba sus ojos del espectáculo doblemente atrayente de los hermanos y los mantenía bajos.

—Señora —dijo uno de ellos—, tengo que pedir a ustedes me perdonen.

Aquella voz era la misma que había pronunciado en el palco el “Voy por él”.

Silvia se atrevió a levantar los ojos hacia el Sandford de la derecha.

¡Oh, vergüenza! El Sandford de la izquierda agregó con la misma voz:

—Pero reparado el yerro, espero no se haga esperar el perdón.

Algo de muy doloroso oprimió el corazón de Silvia y, a pesar suyo, miró al que acababa de hablar con cierto rencor.

Los mellizos estaban acostumbrados a ser confundidos y se complacían en ello.

De ahí la intencional observación, hecha para desviar a la joven cubana.

La señora de Rojas, que ni soñaba en poder distinguir así a primera vista a unos hermanos tan idénticos, dijo con cierta ironía:

—El perdón merecido se concede, pero con condiciones.

—Y es... que esta noche vengan los dos... —agregó la marquesa— a tomar té a la calle de Varennes.

—Con sumo gusto —respondió uno de los Sandford.

Silvia sintió que la mirada del otro pesaba sobre ella y la obligaba a mirarlo. Se atrevió la púdica niña a alzar sus ojos de gacela hacia los del joven y un no sé qué, sin nombre en las lenguas humanas, le dijo:

—Eduardo es ese.

—*Allons*⁸³ —ordenó la señora de Rojas; y el landó echó a andar.

Dos sombreros iguales, dos saludos idénticos, dos cabezas gemelas; y los Sandford quedaron detrás.

—¡No! ¡No! ¡Es cosa increíble! —exclamó Luisa, que se moría de ganas de hablar.

83 *Allons*: del fr, ‘vamos’.

—Y yo, aunque fueran mis propios hermanos, no los distinguiría jamás.

—Su madre misma no los distinguió nunca de niños. Solo la nodriza de Leopoldo, la mujer de Martín, se equivocaba rara vez.

—¿Cuál es Leopoldo? —preguntó Elisa.

—El que habló primero, creo que... A decir verdad, yo los confundo siempre —respondió la marquesa.

—¿El del abanico? —preguntó la señora de Rojas.

—Sí, porque el del baile era Leopoldo, que recién esa mañana llegaba de Londres. Eduardo no le había acompañado en ese viaje de pocas horas, cosa rara, pues casi nunca se separan.

—¿Se quieren mucho? —preguntó Elisa.

—Con pasión.

Silvia, descontenta de sí, triste y como perdida entre sus propios pensamientos, escuchaba distraída la conversación. Ella había creído reconocer a Eduardo en aquella mirada rápida; y, a no dudarlo, se había equivocado. Era esto no solo penoso sino humillante. Su cabeza era un caos, donde las ideas parecían dispersas, confusas y fuera de lugar.

Con cierto despecho dijo a Luisa:

—¡Es incómoda tal semejanza! Y yo en lugar de esos caballeros, trataría de darme a conocer de alguna manera; ya sea por el traje o ¡qué sé yo...!

—Justamente lo contrario de lo que hacen ellos pues, habituados desde la infancia a vestirse con rigurosa igualdad, todo, todo lo compran doble —agregó la marquesa.

—¿Y el carácter, tía? —preguntó la señora de Rojas.

—Tan idéntico cuanto sus cuerpos y sus gustos. Eduardo suele a veces parecerme más suave que Leopoldo; pero para hacer esta diferencia, que bien puede ser imaginaria, es necesario conocerlos muy íntimamente, cosa difícil porque los Sandford no estrechan amistad con persona alguna.

—¡Son unos osos! —exclamó Luisa.

—Osos, no —respondió la marquesa—. Pero se bastan a sí mismos. Son ricos, muy ricos; no necesitan adular a nadie y pueden permitirse el gran lujo de aislarse, cuando les cuadra, de una sociedad a la cual no le piden sino goces.

Silvia ni siquiera escuchaba; iba contando los árboles de la avenida maquinalmente y, cuando llegó al *sí*, no se acordaba ya cuál era la pregunta:

—¿Si me querrá?

O si era...

—¿Es Eduardo?

La pobre niña volvía tristísima de su paseo y descontenta de la sorpresa.

Algo se había descompuesto en su espíritu. La idea misma de ver al joven norteamericano en aquella noche tenía algo de opresivo, de penoso, que no se explicaba.

—Ni siquiera sé cuál es —se repetía interiormente—. Ni si me gusta ya, ni si me gustó alguna vez.

Y una oscuridad penosa envolvía sus pensamientos.

—Está curada —dijo la marquesa a su sobrina al bajar del coche.

—O en vísperas de un mal grave. Hasta luego.

Luisa debía comer con los Rojas y acompañarlos en la noche a la *soirée*⁸⁴ íntima de la marquesa.

En vano trató la señora de Rojas, con preguntas sueltas, de saber lo que pasaba por la mente de Silvia, a quien veía pensativa y descontenta; esta, apenas bajó la marquesa en su hotel de la calle de Varennes, se encerró en un mutismo absoluto.

Luisa ocupó el asiento vacante al lado de Elisa y de vez en cuando cambiaron algunas frases furtivas como:

—Está de mal humor.

84 **soirée**: del fr. 'reunión', 'tertulia'.

—¿Por qué será?

—Ya se le ha de pasar.

Pero antes de llegar a su casa, se quejó Silvia del frío y su madre, haciéndole un asiento entre ella y Luisa, la acercó cuanto pudo a sí y la besó cariñosamente llamándola:

—¡Mimosa!

Mientras su amiga se cambiaba de traje para la comida en el cuarto de Silvia, que también se ocupaba muy gustosa en embellecer su preciosa persona, la conversación se mantuvo vivísima entre la rubia Luisa y la despierta mestiza.

—¡Jesús me valga! —exclamaba Petrona—. ¡Dos hombres tan idénticos! ¡Para casarse deberían buscar dos mujeres igualitas! Pero eso no es fácil.

—Ya lo creo... —replicó Luisa y agregó— Felizmente.

Esta idea la asaltó sin duda, recordando a su primo Oscar, el bello príncipe Radzvill, su prometido, que tanto alababa en ella ese no parecerse a nadie, real o imaginario, que era lo que más enamoraba al fogoso moscovita.

Silvia no dijo gran cosa sobre la semejanza de los bellos *yankees*.

Petrona repetía:

—Yo estoy cierta, ciertísima de distinguirlos en cuanto los conozca. ¡Cómo no han de tener alguna diferencia! ¡Aunque más no sea en el hablar!

—La voz es igual —exclamó Silvia—. Por ahí no busques, Petrona.

—Pero los dientes... —insistió con mucho acierto la despierta camarera.

—No los hemos visto —dijo riendo Luisa—. Tienes unas salidas, muchacha...

Y no le faltaba razón a la sagaz Petrona; esa diferencia suele hallarse entre los gemelos.

En los Sandford, sin embargo, no existía.

El banquero, que la echaba de hombre práctico y lo era, declaró durante la comida que aquella tarde los había visto en el Boulevard muy de cerca y que los hallaba tan iguales que no se tomaría nunca el trabajo de averiguar cuál era y cuál no era. Y agregó:

—Dado que los dos son corteses y ahora no lo pongo en duda, puesto que se han disculpado los dos con razones de peso, y me han pedido los considere como *amigos* a la *yankee*, a mí nada me importa saber qué nombre precede al de Sandford. Para mí no son sino uno partido en dos.

Silvia escuchó a su padre con una carita algo larga y una muequilla un tanto desdeñosa, pareciéndole que aquella declaración tenía algo de ofensivo para los Sandford. Y de seguro lo tenía. Pero un banquero no puede sentir ni pensar como su hija, sobre todo cuando esta es exaltada y sensible como lo era la cubanita.

—Papá —dijo más tarde Silvia, resentida, a Luisa— habla de los Sandford como si fueran seres inanimados o, más bien, hojas de un árbol.

—Pero tú misma, Silvia —observó Luisa— ¿no encuentras esa semejanza incómoda, casi ridícula? Por mi parte, yo pienso que, si una mujer se enamora de los Sandford, tendrá que enamorarse de los dos a la vez.

—¿Por qué a la vez? —repitió Silvia secamente.

—O alternativamente, como gustes. ¡Es horrible!

—Yo no pienso como tú, Luisa.

Estas palabras fueron pronunciadas con visible irritación.

—No te enojés. Pero tú, tú misma que... —la joven vaciló— que gustas de uno de los Sandford ¿puedes decirme por qué gustas de él?

Silvia callaba.

—Porque su cara te es simpática; sus maneras, su voz, su conjunto, agradables a tu vista. Ahora bien, esos dos hombres iguales, idénticos, deben gustarte los dos del mismo, del mismísimo modo. Sal de ahí.

—No salgo, Luisa —respondió secamente Luisa—. Y nuestra amistad correrá gran riesgo si persistes en decirme o en pensar que yo gusto de dos hombres. Hay uno —exclamó la apasionada niña con exaltación— que creo amar. ¡Ah! No profanes con chanzas ofensivas un sentimiento que apenas nace. Mi corazón no ha de engañarse jamás. Basta de tal asunto.

—No te enojés. No, mi prenda —replicó Luisa que, al ver la emoción de su amiga, se apenaba de haberla contrariado con sus dudas, dudas reales, pero que habían herido más de lo que ella suponía a la sensible Silvia.

—Mira —agregó Luisa—. Te prometo no hablar más de los Sandford. Pero sé que tú misma no has de poder resistir a la tentación.

Calmada Silvia respondió sonriendo:

—Es muy cierto. Pero no en tono de burla... ¿quieres?

Esto fue dicho con hechicera dulzura.

—Con una condición sin la cual nada prometo: que has de ganar una apuesta esta noche.

—¿Cuál?

—Que conocerás a Eduardo en cuanto entremos.

—En cuanto entremos es difícil —respondió pensativa Silvia—. Dame cinco minutos.

—Ni uno —respondió Luisa.

—Acepto —exclamó Silvia—. Pero si pierdo, por Dios, no te burles de mí. No te burles.

—Eso lo veremos.

Y Luisa abrazó a Silvia, a quien quería como a una hermana.

Las jóvenes habían detenido el diálogo delante de Petro-

na. Esta escuchó silenciosa con discreta reserva, sin inclinarse ni a una ni a otra de las amigas. Les puso respetuosamente sus capas y con un “Diviértanse” alegre y exento de envidia, la mestiza acompañó a las bellas niñas hasta el vestíbulo, donde llegaban ya Rojas y su mujer.

El coche cruzó el ancho patio y la pesada puerta se cerró tras de él.

Petrona iba lentamente subiendo los escalones del primer piso cuando le asaltó esta duda:

—¿Será o no pecado querer a dos hombres idénticos?

Pensativa recogió los trajes de las dos amigas, estudiando el problema; y, sin resolverlo, se quedó dormida sobre una novela de Ponson du Terrail⁸⁵.

Poco numerosa era la concurrencia que asistía esa noche al hotel de la marquesa. Los amigos escogidos tan solo.

Cuando Martin, con voz velada, según la etiqueta de aquella mansión aristocrática pero modesta, anunció a los Rojas y a Luisa, la marquesa jugaba al ajedrez con el coronel Mallman y a cada lado del tablero estaba de pie uno de los Sandford.

Después de los saludos de uso entre los recién llegados, la dueña de casa y tres señoras que conversaban de pie, la marquesa dijo a su adversario:

—Partida ya perdida por mí, coronel. Mañana el desquite —y volviéndose al Sandford que a su lado tenía, agregó—: Mal aconsejada, Eduardo: la responsabilidad no es solo mía.

Aquel nombre Silvia lo oyó y se sintió desfallecer.

Las miradas se encontraron de nuevo y... desde ese instante aquellos dos seres se sintieron ligados.

La conversación no podía generalizarse. Las damas se

85 **Ponson du Terrail**, Pierre Alexis, Vizconde de (1829-1871), escritor francés muy prolífico y popular, autor de novelas folletinescas, góticas y de aventuras.

acercaron a una mesa donde ardía una lámpara y, a la francesa, dos de ellas se pusieron a tejer.

—¿Quiere usted cantar, Leopoldo? —dijo la marquesa; y como el joven distraído no la oyese, la señora de Rojas, que con él hablaba, le pidió también que cantara.

—Nunca me acompañe en sociedad⁸⁶ —respondió Leopoldo—. Y Eduardo tiene una mano enferma.

—Si hay música, Silvia podrá reemplazar a su hermano —respondió Elisa.

—Debe haber —dijo el joven dirigiéndose a una biblioteca pequeña llena de partituras de los mejores maestros, lujosamente encuadernadas.

Excusándose Silvia con encantadora timidez, acompañó al joven que cantó admirablemente la romanza del *Elixir d'amore*⁸⁷.

La voz era bellísima; el método, perfecto.

Luego que terminó el canto, tomó asiento Leopoldo cerca de Silvia y sin más preámbulos le dijo:

—¡Qué necio fui en no hacerme presentar en el baile! Una timidez que no me es habitual me lo impidió. Perdí ocasión de bailar con usted.

Silvia contestó con sencillez:

—Y yo que todo el tiempo lo tomé a usted por su hermano.

—Sí, me ha explicado —respondió Leopoldo.

—¿Canta? —preguntó la joven, indicando a Eduardo que estaba cerca de Luisa.

—Sí, pero no le gusta cantar en sociedad. Eduardo es tímido.

⁸⁶ Leopoldo quiere decir que nunca canta y se acompaña con un instrumento simultáneamente, delante de otras personas.

⁸⁷ ***Elisir d'amore***: *El elixir del amor*, drama jocoso operístico (1832), del compositor italiano Gaetano Donizetti, con libreto de Felice Romani. La romanza reconocida es "Una lágrima furtiva".

—Y usted no lo es —observó vivamente Silvia.

—No me lo explico —respondió Leopoldo— pues nuestros caracteres son tan idénticos como nuestras sensaciones.

—¿Y se quieren ustedes mucho?

—¡Querernos mucho! —exclamó riendo Leopoldo—. Como usted quiere sus ojos, sus manos, su belleza, que es grande, señorita.

Al pronunciar estas palabras, Sandford se inclinó reverente ante Silvia, que estaba en ese momento más hermosa que nunca.

La sorpresa se transparentaba en los ojos de la cubanita por su mirar de una vaguedad tal que parecía buscar un objeto lejano. Las pupilas se habían agrandado y tenían una fijeza que las hacía parecer mayores y más bellas aún:

—¿Fueron ustedes así desde niños? —preguntó Silvia como quien sueña.

—Siempre —respondió Leopoldo—. Y lo seremos mientras dure nuestra vida. Si él sufre, yo siento al mismo tiempo sus males. Lo creará usted, la mano que él tiene herida me duele ya.

—¡Es posible! —exclamó Silvia con sorpresa.

—Cuando chicos dormíamos juntos, llorábamos juntos, reíamos con la misma sonrisa y nunca hemos diferido, ya hombres, en opiniones ni en gustos. Si él se cansa, yo siento la situd. Pero aquí llega. Ya sé qué viene a decirnos.

En efecto, Eduardo llegaba con Luisa y sonriendo los gemelos, al acercarse, pronunciaron juntos la misma palabra y era esta:

—Bailemos.

Silvia sintió que le corría por todo el cuerpo un frío intenso.

—¡Qué pálida estás! —le dijo Luisa—. ¿Te sientes mal?

—No —respondió Silvia—. Al contrario, me siento muy bien.

—Bailemos, pues —agregó Luisa—. ¿Pero quién toca?

—Mallman —exclamó Eduardo.

—Mallman naturalmente, que es hombre útil, como decimos los yankees.

El coronel estaba de charla con dos caballeros; pero en su calidad de hombre útil, abandonó la guerra de secesión, su tópico favorito, y se sentó al piano.

Las muchachas pidieron permiso a la noble anciana y este concedido sin dificultad, empezaron a bailar.

En la *pastourelle*⁸⁸, al alejarse las dos damas solas, Luisa con ironía dijo a su amiga:

—No lo haces mal con el hermano.

Silvia contestó con un gesto desdenoso.

Terminada la cuadrilla, el útil Mallman comenzó una polka; y Leopoldo, sin decir más que “Sigamos”, enlazó el talle de Silvia y empezaron a polcar⁸⁹.

Luisa alegó estar cansada y se sentó.

—Es ridículo bailar solos —exclamó la cubanita con despecho y, soltando el brazo de Leopoldo, se acercó de nuevo al piano.

Leopoldo pareció resentido y se reunió al grupo de hombres que rodeaban una mesa donde ardía el *samovar* ruso.

Es este una especie de calentador de oro o de cobre, según los medios del dueño de casa, donde hierve sin cesar el agua con que va a servirse el té. El vapor se escapa por una abertura de arriba y no hay peligro que reviente; tiene en el costado una llave que se abre para que salga el agua por el pico.

Odiaba la marquesa las teteras y hacía el té a la japonesa en cestitos de paja llenos de té, que se colocan sobre las tazas y luego se les vierte el agua del *samovar*.

Leopoldo ofreció sus servicios a la gran dama y esta los aceptó gustosa.

—¿Canta usted, señorita? —preguntó Eduardo a Silvia, acercándose al piano, en cuyo taburete se había sentado la joven.

88 **pastourelle**: del fr. ‘pastorela’, figura recurrente en el baile de cuadrillas.

89 **polcar**: bailar la polca o polka.

—Sí y no —respondió Silvia—. ¡Porque canto mal; y no como su hermano, que canta muy bien!

—¡Leopoldo todo lo hace bien! —respondió Eduardo—. Toca muy bien el violín y pinta admirablemente.

—¿Y usted? —preguntó Silvia fijando en Eduardo sus bellos ojos.

—Yo todo lo hago mal —respondió el joven yankee—. Y soy lo que se llama un hombre sin suerte.

—¿Cree usted entonces en la suerte como yo?

Estas palabras no eran una interrogación, sino una afirmación.

—Sí, creo. Desde que tengo memoria, he visto pruebas de que eso que se llama suerte o fatalidad existe desgraciadamente.

—¿Por qué desgraciadamente? Usted no parece infeliz —dijo con melancolía Silvia.

—No lo soy —repuso Eduardo—. Pero no soy afortunado o lo que se llama tal.

En ese momento llegaba Leopoldo con una taza de té para Silvia, que la aceptó sonriendo, y con cierto airecito burlón dijo volviéndose a Eduardo:

—En efecto.

¿A qué venía esa coquetería?

Silvia no tenía conciencia de ella, pero Eduardo sí y, con cierta tristeza, respondió:

—No me pesa.

Sintió Silvia algo que se parecía más a despecho y, volviéndose a Leopoldo, dijo con risa burlona:

—¿Té, sin nada más?

Con un movimiento brusco, pero elegante Leopoldo le arrebató la taza que la joven aún no había probado, le impulsó su brazo y se la llevó hacia la mesa del *samovar* diciendo:

—Vamos a buscar los bizcochos.

Eduardo los siguió un instante con la vista y se sentó al piano, donde con la mano izquierda sola tocó con rara maestría la marcha del Profeta⁹⁰.

Ejecutaba con tal perfección que no tardaron en ir llegando al piano varios de los concurrentes admiradores de su talento.

Silvia, siempre del brazo de Leopoldo, llegó cuando la marcha terminaba y aplaudió entusiasta chocando sus manecitas finas y suaves al terminarse el gran crescendo.

Eduardo se inclinó agradecido y pidió a la joven tocara o cantara algo.

—No me atrevo casi, después de tal *tour de force*⁹¹ —respondió Silvia—. Pero como aborrezco los melindres, voy a ensayar algo más fácil.

Y con extremada dulzura interpretó *El último pensamiento de Weber*⁹².

Los dos Sandford escuchaban atentos, de pie cerca del piano, la preciosa melodía.

Cuando hubo terminado, Silvia tomó sus guantes y se puso los brazaletes que se había quitado para tocar.

La señora de Rojas llegaba en ese momento en busca de su hija y después de saludar a los Sandford con un cordial “Buenas noches”, llamó a Silvia, que saludó también con una inclinación de cabeza sin proferir una palabra, y las damas se alejaron.

—*Charming!* (encantadora) —exclamó como en el baile Leopoldo, y Eduardo como un eco repitió “*Charming*”.

Luisa fue dejada en su casa sin que las amigas cambiaran

90 **marcha del profeta:** ópera en cinco actos (1849), música de Giacomo Meyerbeer y libreto de Eugène Scribe y Émile Deschamps. La marcha corresponde al acto IV.

91 **tour de force:** del fr. ‘hazaña’, ‘muestra de destreza’.

92 *El último vals* es una pieza musical compuesta por Carl Gottlieb Reissiger en 1826. Durante muchos años se creyó que esta obra pertenecía a Carl (o Karl) Maria von Weber; por eso, se la conoce como *El último pensamiento de Weber*.

ninguna palabra relativa a la *soirée* y, sin incidente alguno, llegaron los Rojas a su hotel.

—¡Buenas noches, papá! ¡Buenas noches, mamá!

Y Silvia ganó su cuarto, donde la esperaba Petrona.

—¿Qué tal? —fue la pregunta de la curiosa mestiza.

—Muy bien —contestó Silvia—. Pero nada de charla, que me muero de sueño.

—¡Hum! —dijo Petrona bajo y, viendo que era menester callar, calló.

Los inferiores, con los cuales se usa generalmente familiaridad, tienen a veces un tacto exquisito para comprender cuándo es necesario que se mantengan alejados.

Petrona era eximia en ese arte y con delicadeza suma, calló y esperó.

No dijo Silvia sino unas “Buenas noches” que revelaron a la mestiza que allí no había enojo sino preocupación.

—Buenas noches y que descanses, preciosa mía —respondió Petrona y, sin más charla, la camarera dejó a la soñadora sola con sus pensamientos.

Estos eran confusos, muy confusos. Silvia sentía algo nuevo, algo que le parecía estar de más en su cerebro, como una idea que se impone y estorba a otra idea.

La joven rezó sus oraciones de costumbre; pero sintió distracciones vagas, que apartaban su mente del piadoso ejercicio a que deseaba entregarse toda entera.

Oraba sin fervor y su espíritu vagaba errante sin sentir la aspiración hacia ese infinito con el cual se confundía en otras ocasiones su alma.

Cesó de rezar e intentó dormir.

Todos los incidentes del día y de la noche fueron desfilando por su mente uno por uno; la memoria los retrataba fielmente. Pero la joven no sentía ya con la vivacidad de la tarde

aquel fervor, aquel arranque entusiasta que –a pesar suyo– la impulsó a afirmar la existencia de su naciente afecto.

No. Vacilante, inseguro, su corazón no respondía nada de fijo a las incesantes preguntas que con timidez se hacía interiormente. Era como una lucha entre seres impalpables que ni se ven ni se sienten ni se oyen.

El cansancio vino por fin a libertarla. El último pensamiento de que se dio cuenta, antes de perder toda conciencia, fue este:

—Son tan idénticos que no puedo diferenciarlos ni con la inteligencia ni con el corazón...

Las recepciones de los Rojas tenían lugar los sábados. Se bailaba casi siempre y se hacía música. Asistían a esas reuniones los magnates de la alta finanza y algunos extranjeros de distinción. En fin, la casa del cubano era lo que se llama en París un salón a la moda, pues nunca faltaban artistas como la Patti⁹³ o la Nilsson⁹⁴, para amenizar la tertulia y probar que no escaseaba allí el dinero bajo ninguna forma.

Los hermanos Sandford fueron presentados el primer sábado que siguió a la recepción de la marquesa y desde entonces no faltaron jamás a uno solo.

Silvia bailaba, tocaba a cuatro manos alternativamente con uno u otro hermano, sin que al cabo de un mes la soñadora niña hubiera podido darse cuenta cabal, no de la identidad de los mellizos, sino de algo más difícil: a cuál de los dos prefería.

Más de una vez había confiado a Luisa sus dudas, sus vacilaciones y, sin falso rubor, le recordaba las orgullosas palabras de aquella tarde en que aseguró que su corazón no había de

93 **la Patti:** Adelina Patti (1843-1919), soprano italiana, considerada como la diva más importante de su época. Mantuvo rivalidad con Christina Nilsson.

94 **la Nilsson:** Christina Nilsson (1843-1921), soprano sueca reconocida por su técnica impecable para manejar la voz.

engañarse nunca.

Ahora, era aquel corazón quien, en vez de guiarla, la extraviaba, la ponía en tortura, hasta el punto, ella lo confesaba con angustia, que creía amarlos a los dos.

—Sería una gran desgracia —contestó Luisa—. Y yo llegaré a aborrecer a esos hombres, que son como un monstruo partido en dos para atormentarnos.

Así se expresaba con gran vehemencia Luisa cierto día, en presencia de Petrona, que con sus ojazos bien abiertos escuchaba con toda su alma, como si las palabras fueran más bien para ser vistas que para ser oídas.

—Que los quiere a los dos. Vaya zoncera —murmuró entre dientes la mestiza—. ¡Como si eso fuera posible!

La oyó Silvia y con mal humor le dijo:

—No te entrometas tú, Petrona. Y ¿por qué no?

—Veríamos si uno de ellos no te quisiera, a cuál preferirías, prendita⁹⁵ —replicó gravemente la mestiza.

—¿Qué dices? —preguntó Silvia gravemente.

—Digo —respondió Petrona— que no puedes querer sino al que te quiera a ti.

—¿Y si los dos me quisieran? —replicó con vehemencia Silvia.

—¡Jesús! ¡Qué barbaridad!

Y la mestiza se santiguó.

—No digas eso, Silvia —observó Luisa—. Hay cosas que no deben ni pensarse.

—Pero es culpa mía si tal sucede, madre del Cielo —exclamó Silvia con voz angustiada y se cubrió el rostro con las manos.

Ese mismo día, a la hora en que solo se encuentra en el bosque a los aficionados a los goces higiénicos, que procura un trote antes de almorzar, respirando el ambiente fresco de

95 **prendita**: diminutivo de prenda, persona a la que se ama intensamente.

la mañana que se combina con el olor que exhala la tierra humedecida por el rocío, cabalgaban los Sandford por la avenida de Neuilly.

De repente uno de los gemelos detuvo su caballo. El otro lo imitó y, con voz emocionada, Leopoldo dijo a su hermano mirándole fijamente:

—*Dear* (querido) —era la palabra con que se trataban—, Silvia te quiere y, como tú la amas con toda tu alma, voy esta tarde a pedir su mano.

Y tal diciendo, el mellizo tendió la suya a su otro yo, que se la estrechó suavemente.

—No para mí, Leopoldo —respondió Eduardo—. Silvia te prefiere a ti y no es necesario que te repita yo lo que tú acabas de decirme a mí.

Los caballos con la rienda flotante siguieron andando en libertad. Los jóvenes callaban.

—Dime —preguntó Eduardo a Leopoldo—, ¿me creerás si te juro que yo no siento por Silvia sino simpatía fraternal?

—*By Jove* (Por Júpiter) —exclamó Leopoldo impaciente—. Me haces tan grande ofensa que ganas tengo de echar a correr y dejarte solo.

Y el joven recogió bruscamente las riendas.

El caballo se encabritó y su amo lo tocó con el látigo.

—¡Pobre moro! No tiene culpa. ¿Por qué te enojas con él? —observó Eduardo con tristeza—. Dejemos este asunto. No nos hemos de entender, *dear*.

Y con ojos llenos de pena Eduardo tocó en el hombro a su hermano.

—Que sí —insistió Leopoldo—. Ella sufre, ella te ama y yo... ya he dejado de ser otro tú.

Y metiendo espuela al moro comenzó a trotar vivamente.

Eduardo detuvo con gran esfuerzo su caballo, que ansia-

ba por seguir al compañero, y, obligándolo a volverse hacia la ciudad, echó a trotar aun con más rapidez que su hermano en opuesta dirección.

En poco tiempo recorrió la distancia que lo separaba de la calle de Varennes, donde habitaba la marquesa; y, a pesar de la hora matinal, llamó a la maciza puerta que no tardó en abrirse. La marquesa estaba visible⁹⁶ y no le hizo hacer larga antecámara.

Sin sorpresa, antes con gran cordialidad, lo recibió la amable dama, le ofreció una taza de café y luego le preguntó risueña:

—¿Cuál de los dos?

—No importa cuál, señora; que los dos Sandford le pertenecen a usted.

—Está bien; pero yo quiero saber si por primera vez no me equivoco: ¿Eduardo?

Y la señora acentuó el nombre.

—Eduardo —repitió el joven y besó la mano de la marquesa que, encantada de haber distinguido a uno de los mellizos y separados, que es siempre más difícil, dijo riendo:

—Me parece que en adelante no he de equivocarme, como no se equivoca otra persona.

Esto fue dicho con intención maliciosa.

—¿Usted cree? —preguntó melancólicamente el joven.

—Vaya que sí lo creo. Silvia nunca toma a Leopoldo por Eduardo.

—¡Ah, qué desgracia! —exclamó Sandford, poniéndose de pie con agitación.

—Pero y ¿por qué? —preguntó la marquesa intrigada—.

96 **estaba visible:** que se encontraba vestida y arreglada para recibir a cualquier visita.

Esto debe a usted encantarle.

—Me desespera, señora. Me desespera.

—¿Y usted lo ignoraba? —agregó con un ligero tinte de burla la anciana.

—No me lo pregunte, mi buena, mi generosa amiga —exclamó Eduardo con efusión—. Solo sé que mi hermano ama a esa joven y quiero hacerlo dichoso.

—Pero si ella es a usted a quien quiere —objetó secamente la marquesa—. Sería absurdo.

—¿Por qué ha de serlo? Esta semejanza, esta identidad, serviría en tal caso para...

El joven se detuvo y con semblante pálido y acento trémulo agregó:

—Para que ella consienta en...

—Y usted se atreverá a proponérselo —dijo con sequedad la anciana—. ¿Toma usted a esa niña por un juguete, por una muñeca, que tan pronto se coloca en un sitio como se le quita, a merced de un capricho?

—Capricho no, señora. Mi hermano está loco por ella.

—Y usted también —exclamó con tono agrio la marquesa—. Y basta, Eduardo, con tan absurda sustitución. Usted ofende a Silvia y, por amor a su hermano, excede los límites de lo posible.

—Señora... —respondió Sandford con melancolía después de algunos instantes—, yo le juro a usted, por mi honor, que no tengo ningún motivo especial, que me induzca a creer, a esperar, que Silvia me prefiere a mi hermano; pero, a tenerlo, procedería del mismo modo. Así quieren los Sandford. Leopoldo acaba de proponerme lo que yo estoy decidido a hacer por él: a pedir para mí la mano de la mujer que adora.

—¡Qué desgracia! —exclamó angustiada la buena señora—. ¡Parece obra de la fatalidad!

Y con fervor agregó:

—Comprendo, admiro, Dios lo sabe, la sublime abnegación de ustedes. Pero ella, ella, pobre inocente criatura, ¿por qué ha de ser víctima del heroico egoísmo de ustedes?

—No lo será, señora... Silvia, ¡oh, misterio de nuestro destino!, ama; permítame usted que lo diga, sin sombra de ofensa ni a ella a quien amo, ni a usted a quien respeto como a mi madre; Silvia, víctima de la fatal similitud de nuestros seres idénticos psicológica y fisiológicamente, ama.

El joven se detuvo y, con el semblante abrasado, pronunció con voz trémula estas palabras:

—Nos ama a los dos.

—¡Desgraciado! —gritó indignada la marquesa—. Pierde usted el juicio.

—¡No! —balbuceó Eduardo de rodillas delante de su irritada amiga—. No, este fenómeno ha tenido ya lugar otra vez: era una infeliz mulata, joven, bella... ¡pobre Lina!

Y Eduardo quedó de rodillas abismado en dolorosa meditación.

—¡Levántese usted, desdichado muchacho! —le dijo con ternura la marquesa—. Déjeme usted meditar, buscar una salida a tan penosa situación. ¡Me siento agitada, enferma! ¡Quién hubiera podido imaginar tal desgracia!

Y la anciana cayó en un estado de postración que se revelaba en su semblante incoloro y en su actitud quebrantada.

Sandford llamó y entró Martín, a quien ordenó fuera en busca de la camarera de la angustiada dama.

Así que esta apareció y después de recomendarle⁹⁷ a su señora, que con los ojos cerrados parecía profundamente abatida, Eduardo salió de la habitación, sin ruido, prometiendo vol-

97 **recomendarle:** dejar a su cuidado dando recomendaciones.

ver más tarde.

Al dejar el hotel, halló a Leopoldo que llegaba en ese momento.

El caballo cubierto de espuma probaba la gran prisa con que el jinete había venido desde la avenida de Neuilly.

—No entres —dijo Eduardo—. Está enferma por culpa mía. Le he dicho todo; pobre anciana, ¡está desolada!

—¡Ah, *dear*! —exclamó Leopoldo y estrechó con fuerza la mano de su hermano.

—Ella y solo ella decidirá.

Estas palabras las pronunció Eduardo con tono solemne; y montando a caballo siguió al paso a su hermano, que silencioso se dirigía a su casa.

La marquesa hizo negar su puerta a todo el mundo, sin excepción: se sentía enferma de cuerpo y de espíritu. Le parecía que hasta cierto punto era culpa suya lo que ocurría. Escrupulo de excesiva delicadeza, pues Silvia había visto a los Sandford fuera de la hospitalaria mansión de la calle de Varennes; y el mal existía ya cuando la excelente dama se encargó, según su expresión pintoresca, de desenredar aquella madeja.

Pero sea de ello lo que fuere, la buena señora sufría y sufría mucho, porque Silvia era la hija de su Elisa amada, a quien ella había servido de madre.

Para reflexionar, para consultarse a sí misma y a su mejor amigo el doctor Fonsagrive, se había encerrado la pobre marquesa durante dos días. Pero desgraciadamente no había hallado una salida satisfactoria, bajo ningún punto de vista.

Su médico le reveló cosas terribles sobre el organismo íntimo del sistema nervioso de los gemelos y sus consecuencias fisiológicas, que la había confundido y llenado de espanto.

—Sacrificar a uno es perderlos a los dos —le repetía el médico—. Es menester renunciar a los dos: he aquí mi consejo.

Consejo racional basado en la experiencia, en la ciencia;

pero que no cuadraba con los deseos de la mujer de corazón.

Silvia debía entonces expiar cruelmente una falta que no lo era: la de haber inspirado un amor profundo a dos gemelos.

¿Y ella? Ella amaba también, debía hacer callar aquel afecto inocente y legítimo, porque la naturaleza irónica se complacía en formar monstruosidades tales.

Monstruosa era, según ella, esa semejanza de dos seres bello, muy bellos, que por su identidad producían tales estragos; como el dolor que necesariamente iba a resultar para Silvia, si uno de los dos hermanos, abnegado hasta la sublimidad, se alejaba para siempre de su hermano.

Por un lado, la ausencia y, por otro, el sacrificio debían, según el médico, producir fenómenos que afectarían fatalmente tanto al uno cuanto al otro gemelo.

Las últimas palabras del doctor en su visita del segundo día del voluntario encierro, que la marquesa se había impuesto, fueron:

—Que se alejen ellos. Ella olvidará, las mujeres olvidan siempre.

No era muy sentimental el médico, no lo son por lo general; y solo veía la cuestión bajo el punto de vista de los fenómenos que debían por fuerza afectar a los mellizos simultáneamente.

El tiempo no trajo, pues, consuelo alguno a la buena señora, que se decidió a llamar a Elisa.

Una esperanza le quedaba: era que Silvia no estuviera realmente enamorada de los Sandford.

Esta idea no bien nació en su cerebro femenino, tomó cuerpo y le procuró no poco consuelo.

Llegó Elisa y, con cierta maña, comenzó la buena anciana a interrogarla:

—¿Qué es de Silvia? ¿Por qué no la has traído?

—Déjeme usted, tía. Si está de un humor la mimosa, que nadie la resiste hoy.

—¿Bailó mucho anoche? —preguntó al descuido la artificiosa marquesa.

—Ni una cuadrilla. Hasta se retiró pretextando dolor de cabeza a media *soirée*. ¡Ah, tía! Rojas tiene razón. Yo he mimado demasiado a esa chica.

—¡Hum! ¿Y hubo canto?

—No. Ford acudió al llamado; pero como contábamos con los Sandford y estos no vinieron, cosa rarísima, el acompañante que se ofreció no era gran cosa y todo salió pésimo.

—¡Ah! ¿Los gemelos faltaron?

—Sí, ¡y qué quiere usted, tía! Creo que Silvia se incomodó y pretextó un mal imaginario.

—¡Pobre Silvia! —murmuró la marquesa.

—No le tenga usted lástima, que ayer la ha pedido en matrimonio el hombre más rico de Viena: el barón Souloff.

—Y ella ¿qué ha dicho?

—Ojalá hubiera dicho algo. Ha callado con tal tenacidad y terquedad que, por primera vez, me he enojado con ella y la he reñido yo y hasta Rojas.

—Quizás tiene algún amorcillo que...

—No, tía, aquello de los Sandford pasó. Con los mellizos tiene intimidad amistosa, les quiere bien. Los extraña cuando faltan y no vienen a tocar a cuatro manos o a hacerse acompañar por ella sus dúos, pero enamoramiento no hay. A menos de enamorarse de los dos... Señora, si cada día esos muchachos son más idénticos: no hay posibilidad de saber cuál es cuál.

—¿Y tú crees que Silvia no...?

—Estoy segura.

—Yo no.

—Silvia es una mimosa y su padre y yo hemos decidido

tratarla con más rigor. El barón es joven, rico, elegante. Ese casamiento se hará, le conviene bajo todo punto de vista.

Elisa acompañó largo rato a su tía y luego se fue a las tiendas.

—¡Pobre niña! —exclamó alzando los ojos al cielo la anciana—. ¡Esto solo le faltaba! ¡Quién la salvará si no es Dios!

En esos momentos se decidía la suerte de Silvia: la fatalidad hacía su obra.

Los Sandford solían ir al hotel del banquero durante el día y eran siempre recibidos; rara vez oían decir al conserje: “La señora no está visible”; para ellos siempre lo estaba.

Movidos por un mismo pensamiento, los hermanos, sin explicarse, sin siquiera cambiar una mirada, subieron al coche.

—*Chausée d'Antin* —dijo uno de ellos, cualquiera de los dos; y el cupé tomó el acostumbrado camino.

Llegaron, la puerta se abrió a su llamado y sin atender lo que decía la conserje, los jóvenes se dirigieron al peristilo. La casualidad les hizo hallar al banquero que entraba y los condujo al salón, donde Silvia y Luisa arreglaban una jardinera.

—Entren ustedes —dijo Rojas—, aunque yo salgo. Mi mujer no tardará.

Y ajeno a la severidad francesa que no permite a las solteras recibir visitas de caballeros en ausencia de los padres, el banquero se despidió de los visitantes y los dejó solos con las niñas.

Eduardo avanzó hacia Silvia y, después de tenderle la mano, le dijo con solemnidad:

—Silvia, en presencia de su mejor amiga, ¿quiere usted responder con sinceridad a lo que voy a preguntarle?

La joven se puso pálida y no tomó la ofrecida mano.

Leopoldo se adelantó entonces y con trémulo acento agregó:

—No, Silvia, a él no, a mí. A mí, va usted a jurarme, por lo

que más ama, que dirá la verdad.

Silvia temblorosa como hoja que el viento agita, muda y pálida como una muerta, murmuró con voz entrecortada:

—Pero... —y no terminó la frase. Un sudor frío bañaba su frente.

Con aire grave Luisa se acercó a Eduardo.

—Sandford —le dijo—, no sé lo que ustedes buscan o quieren; pero la pobre Silvia ya no puede más.

En efecto, sin el brazo de Leopoldo, la joven hubiera caído al suelo desmayada.

En ese momento entraba en el salón la señora de Rojas.

Grande fue su asombro al ver a Silvia pálida, desencajada, echada en un sillón.

—¡Qué pasa, Silvia, Silvia! —gritó la madre y corrió a su hija, buscando con los ojos una explicación que no tardó en dar Leopoldo.

—Señora —dijo este con tristeza y gravedad—, mi hermano y yo amamos a Silvia, la amamos con igual intensidad, con igual abnegación. Decida ella entre los dos. Una palabra suya bastará para que ambos dejemos de ser infelices. El desechado no sentirá sino la dicha del escogido.

La señora de Rojas estaba en extremo conmovida. En el semblante idéntico de los Sandford, se pintaba idéntica emoción: nunca había sido más completa la semejanza.

Silvia había permanecido desfallecida hasta ese instante.

La palidez era intensa; hasta los labios habían perdido toda coloración y un círculo negro sombreaba los pesados ojos cerrados.

Los abrió la afligida criatura y, fijándolos con indecible angustia en los hermanos, como si confundiera aquella mirada, en la cual les entregaba toda su alma, con voz firme pronunció esta cruel palabra:

—Ninguno...

Y cayó rígida como un cadáver.

Los gemelos comprendieron y, en silencioso recogimiento, se alejaron de aquella mansión, donde dejaban un cuerpo enfermo y un alma muerta.

En silencio subieron al carruaje, en silencio llegaron a su casa y, solo cuando estuvieron frente al retrato de su madre, se arrojaron uno en brazos del otro, pronunciando entre sollozos un desgarrador:

—*For ever!* (Para siempre).

Esa misma noche partieron para Liverpool sin detenerse en Londres. Volvían a América.

Ninguno de sus amigos de Europa llegó jamás a saber nada de los Sandford.

Silvia estuvo un año entre la vida y la muerte; triunfó su juventud. La joven vive, pero vive triste y sin recobrar el bienestar perdido. Apacible y mansa, no impone a nadie su dolor; pero cuando sus padres le han hablado de la posibilidad de una unión más tarde, la joven ha respondido con entereza:

—Al convento no voy por no separarme de ustedes, que son todo mi querer, pero casarme nunca.

Viste la bella Silvia siempre de negro, con gran pena de su afectuosa madre; y hay quien tiene el mal gusto de llamarle: *la viuda de los yankees*, que en el mundo suele no respetarse ni el dolor.

Eduarda
Abril 8 de 1885

El gran baile del Progreso⁹⁸

*Date lilia*⁹⁹

Edición modernizada y notas de Hebe Beatriz Molina

Luz y flores son gala de naturaleza; la mujer, el complemento. El lujo, tal cual los hombres lo comprenden, tiende siempre a acercarse a ese ideal. El amante ofrece a la mujer amada flores y joyas: luz y perfume. La sencilla y candorosa doncella adorna su púdico seno con la rosa chispeante de rocío, la mujer hermosa, soberana, que goza ya del complemento de su ser, ostenta valiosas joyas que en cada faceta retratan el iris y prestan a sus ojos nuevo fuego.

Los dioses del Olimpo amaron el lujo: Juno, la altiva, no desdeñaba los brillantes atavíos; Minerva, la modesta y severa hija de Júpiter, llevaba reluciente casco y escudo bruñado, en el cual fijó Vulcano con sus manos poderosas la terrible cabeza de Medusa; Venus misma, la madre de los amores, poseía un cinto brillante en el cual se hallaban condensados con magia sobrenatural, que no llega a comprender la humana fantasía,

98 **Progreso:** Club del Progreso, de Buenos Aires, creado en 1852 y que todavía permanece abierto.

99 ***Date lilia*:** del latín, 'dad lirios', flores asociadas simbólicamente a un profundo sentido espiritual.

las galas, los encantos que solo puede ostentar la divinidad. Como se ve, las diosas mismas realizaban los divinos atractivos con adornos varios, que tomaban ya en el reino vegetal, ya en el mineral. Ley de naturaleza es agradar. No se escandalice algún ceñudo Catón¹⁰⁰ porque, al engalanarse, la mujer obedece inconsciente a una ley de amor. Embellecerse, agradar, amar y ser amado es contribuir a la ley de armonía suprema que rige los mundos.

Y la doncella ruborosa, que vacila irresoluta entre si dará la preferencia a la rosa encarnada, que hará resaltar el brillo de sus ojos rasgados, o si escogerá la pálida violeta, que ha de dar mayor realce a su tez de perla, no hace sino cumplir, sin saberlo, con la gran ley de amor que todo lo tiene y mueve, desde la armonía de las esferas¹⁰¹, hasta la vida ignorada del informe molusco.

El divino Platón amaba la poesía sobre todas las artes y en ella incluía la música y el baile. Los antiguos no comprendían el baile como nosotros; sus costumbres, sus trajes, en los cuales reinaba la desnudez con esa libertad que no por ello implicaba menor sencillez ni en ideas ni en usos, hacían del baile un elemento plástico dinámico, que mal cuadraba con los ropajes amplios y lujosos de nuestra época. Las actitudes académicas, siempre voluptuosas, de las danzas griegas, de las bailarinas asirias, que se encuentran más tarde en las bayaderas¹⁰² del Oriente, convenían y eran la expresión de una civilización eminentemente artística y materialista.

Con las civilizaciones modernas se transformó el baile y de las *theorias*¹⁰³ griegas y danzas asirias nada queda, cuando el

100 **Catón:** escritor y político romano (234-149 a. C.), conocido como El Censor.

101 **esferas:** cuerpos celestes o astros del cielo.

102 **bayaderas:** bailarinas de la India.

103 **theorias:** del griego, 'contemplación, reflexión'.

Renacimiento nos lleva más tarde al *minuet*¹⁰⁴ y a la gavota¹⁰⁵ de la corte galante y solemne del Rey Sol¹⁰⁶.

Un *esprit fort*¹⁰⁷ de la época moderna ha hecho decir a un turco de nuestros días que visitaba París: “No comprendo que estas gentes se fatiguen bailando ellos mismos, cuando tienen criados que pueden hacerlo”. El turco de fantasía que tal cosa dijo no era un verdadero sectario de Mahoma y de seguro no merece entrar en el paraíso de las huríes¹⁰⁸.

Bailar con la mujer amada es, como todo hombre lo sabe, una de las sensaciones más poderosas que puede experimentar pecho mortal. Ceñir el talle gentil, sentir cerca del corazón palpitante otro corazón que se agita dulcemente, ver bajo leve gasa levantarse el túrgido seno, confundir las miradas, estrechar las manos, cambiar entrecortadas palabras, en voz baja y misteriosamente, en tanto la música envuelve en nube de armonía cuanto toca, es algo que no desdeña ni cristiano ni musulmán cuando tiene el corazón puesto en su lugar.

Las mujeres se embellecen cuando quieren y no solo los atavíos, las galas y los afeites¹⁰⁹ dan mayor brillo a la belleza. Cuando una mujer quiere estar *en beauté*¹¹⁰, como dicen los franceses, lo está, y más de una falsa reputación de hermosura es el resultado del firme propósito de parecer bella. Diré más, las mujeres cobran belleza las unas de las otras; hay en un conjunto de mujeres hermosas como un fluido invisible que se desprende

104 **minuet**: minué, baile para dos personas, de moda en el siglo XVIII.

105 **gavota**: baile para dos personas.

106 **Rey Sol**: Luis XIV, de Francia.

107 **spirit fort**: del fr., ‘espíritu o mente fuerte, valiente, audaz’. Frase dicha, al parecer, con sentido irónico.

108 **huríes**: vírgenes bellas del Paraíso, destinadas a los creyentes que han cumplido las leyes musulmanas durante su vida.

109 **afeites**: cosméticos.

110 **en beauté**: del fr., ‘lo más bella posible’.

de las unas para embellecer a las otras. La hermosura es como el perfume, susceptible de grandes subdivisiones, y en las vastas reuniones femeninas el poder de la irradiación es inmenso.

El arte de embellecerse ha llegado a ser una ciencia en nuestros días. ¡Cuánto envidiarían las grandes coquetas célebres, de pasados tiempos, las telas, las joyas, las flores, los afeites, etc. que forman el arsenal de combate de la mujer a la moda de nuestros días! El cuarto de *toilette* de la *bella* de los tiempos presentes, en una noche de baile, ofrece un conjunto de perfumes, de luces, de colores, cuyos misterios son insondables. Pero es menester convenir en que el resultado es completo. Nunca alcanzaron las elegantes mayor grado de perfección. Los trajes prestan a la fantasía todo cuanto es posible y propiamente no hay moda fija. Cada mujer se engalana como le place, como le sienta, como su inteligencia se lo sugiere: que hoy para vestirse bien es fuerza conocer las leyes de la estética; pero qué mujer no las conoce por instinto.

Los hombres se envanecen generalmente con la idea de que las mujeres se engalanan para seducirlos.

¡Error grande! Una mujer de suma experiencia me dijo un día: “Las mujeres nos vestimos las unas para las otras. Con los hombres hay que cuidar el *resultado*, jamás el *porqué*”.

Las bellas porteñas habían combinado sus efectos con maestría suma en la noche del 8^m, el conjunto que ofrecían los salones del Club era digno del Palacio de Mahoma. Riqueza, elegancia, belleza plástica, todo, todo se veía allí agrupado, confundido. Lástima que la civilización, que todo lo ha democratizado, haya impuesto al sexo llamado feo el deber de afear-

111 Se refiere a la noche del martes 8 de julio de 1879, vísperas del día de la Independencia argentina. El artículo aparece dos días después del baile.

se aún más. En el tiempo en que los Buckingham¹¹², los D'Orsay¹¹³ y los Richelieu¹¹⁴ gastaban medio millón de libras en traje de seda y pedrería, aquel frac lúgubre habría sido desdeñado hasta por los galantes abates, que lucían arrasada chupa a la francesa *relevé*¹¹⁵ con encajes blandos y esponjosos, sin olvidar la hebilla reluciente que hacía valer la pantorrilla torneada, a la que tanto valor daban nuestros padres.

En Europa, los fracs negros se hallan generalmente alternados y alegrados con decoraciones vistosas, brillantes placas o uniformes lujosos. ¡Libreme Dios de envidiar las añejas preocupaciones que representan esas placas, esos cordones!; pero confieso que bajo el punto de vista del colorido son muy bonitas y sientan bien a esos pobres desheredados del paño negro.

Me ocurría mirando una morena elegante de labios rojos y húmedos, que se apoyaba coquetamente en el brazo de uno de nuestros distinguidos hombres de Estado, cuán buen juego hubiera hecho una cinta amarilla, verde o encarnada sobre el cuello del galán, con las flores rosadas que adornaban la preciosa cabeza, que inquieta se movía en todas direcciones. Mi fantasía trocó más de una vez el desagraciado frac en vistoso

112 **Buckingham**: familia de la nobleza inglesa, de larga data; en una de sus propiedades, se construye el actual palacio de Buckingham, sede londinense de la monarquía británica.

113 **D'Orsay**: Alfred, conde de (1801-1852), pintor, escultor y dandi de origen francés; radicado en Londres, es reconocido como árbitro en cuestiones de gusto artístico.

114 **Richelieu**: cardenal francés, de gran poder político durante el reinado de Luis XIII; también es recordado por haber sido mecenas de artistas.

115 **chupa a la francesa relevé**: chaqueta ajustada al cuerpo, que se ponía debajo de la casaca y sobre la camisa, según la moda impuesta por los franceses en buena parte de Europa durante el siglo XIX (Redondo Solange, 2008). Está *relevé*, 'descubierta', cuando la casaca se usa abierta y entonces se puede ver la chupa.

justillo¹¹⁶ de terciopelo violeta, en rico jubón¹¹⁷ de grana o raso azul turquí y dije para mí: Ese apuesto mancebo habría hecho las delicias de una gran dama de la corte de Ana de Austria. Pero la realidad vino luego a despertarme y tuve que conformar la falta de sedas y terciopelos con el *spirit* y galantería de mis elegantes americanos del siglo XIX.

La música de baile es una especialidad de los tiempos modernos; nunca hubo mayor lujo de valeses arrebatadores, chispeantes polkas y brillantes cuadrillas que en la época actual. El repertorio moderno es inagotable: Strauss¹¹⁸, Arban¹¹⁹, Métra¹²⁰, el autor de *Las rosas*, esa perla de los valeses modernos, han hecho maravillas capaces de hacer bailar a un cuáquero¹²¹. La orquesta del Club del Progreso era irreprochable. Bailaba mi fantasía, todo en mí bailaba y esa música mágica, evocando mis años tempranos, me transportaba a otros días, días de juventud. Todos mis contemporáneos me parecían bellos, alegres, brillantes y sin esa nube de importuna nieve que blanquea más de una cabeza aún hermosa. Pero me apercibo de que nada he dicho en detalle de la nube de sílfides aéreas que, envueltas en tules y gasas, se agitan en rítmica cadencia al son de mágicas melodías. ¿Qué puedo decir que esté a la altura de tanta gracia, de tanta belleza, de tanta elegancia?

116 **justillo**: prenda interior sin mangas, ajustada al cuerpo.

117 **jubón**: prenda con mangas estrechas, que cubre espalda y pecho hasta la cintura.

118 **Strauss**: Johann (hijo) (1825-1899), músico austríaco, famoso por sus valeses.

119 **Arban**: Jean-Baptiste (1825-1889), cornetista y director de orquesta francés.

120 **Métra**: Olivier (1830-1889), director de orquesta francés, compositor de valeses como *Valse des Roses*.

121 **cuáquero**: miembro de una comunidad religiosa protestante, nacida en Inglaterra a mediados del siglo XVII, que se caracteriza por la sencillez de sus costumbres.

Todas son bellas, todas son hechiceras, y Buenos Aires, como dicen los libros de geografía, “es renombrado por la belleza de sus mujeres”. La canción andaluza dice: “Me gustan todas, me gustan todas”¹²². Yo digo y repito: en ninguna parte hay mayor número de lindas niñas, de hermosas mujeres, que en mi país. Estoy segura de que, si hubiera de proponerse un certamen de belleza, acabaría este con muchas estocadas o tiros de revólver. Citar un traje de lujoso brocado¹²³, Pompadour¹²⁴, una *toilette*¹²⁵ leve y transparente que parece salir de manos de las hadas y envolver una joven ninfa; recordar ojos rasgados, chispeantes, talle de palmeras; detenerse ante el corte atrevido y feliz de una cotilla¹²⁶ puntiaguda que modela formas acabadas, soñar con una figura esbelta y alabastrina¹²⁷ envuelta en negro traje símbolo de luto, detenerse ante un pimpollo de rosa de talle de bayadera y ojos de hurí, es tarea más ardua que la de contar los pétalos de una dalia *grandiflora*¹²⁸; yo me contento con gozar.

Los bailes nuestros tienen mayor animación que los de Francia, pues entre nosotros la *señorita* existe, tiene su personalidad muy marcada. Un baile no es aquí como en la tierra clásica de la elegancia, una reunión en donde generalmente se llevan la palma las casadas, lo cual entre otros inconvenientes

122 “Estos versos pertenecen a la obra de género bufo, *El joven Telémaco* (1866), de Eusebio Blasco y del maestro Rogel” (Guidotti, en Mansilla de García, 2015, p. 325, n. 165).

123 **brocado**: del it. *broccato*, tela de seda entretejida con hilos de oro, plata u otro hilado brillante, con los que se forma una figura en relieve.

124 **Pompadour**: estilo barroco de vestimenta difundido por Madame Pompadour, amante de Luis XV de Francia; se caracteriza por el sobvestido ajustado y la abundancia de cintas, volados y bordados.

125 **toilette**: del fr. ‘tocador’; en este caso, parece referirse a la bata que se usa en el tocador o baño.

126 **cotilla**: especie de corsé.

127 **alabastrina**: como si fuera de alabastro, piedra blanca semejante al mármol.

128 **grandiflora**: flor grande.

ofrece el de carecer de alegría. En Buenos Aires, por lo contrario, las niñas son la alegría, la gala, el lujo del sarao.

En Estados Unidos, las muchachas —como aquí decimos— son las reinas de las reuniones donde se baila, reinas absolutas, despóticas, que ellas han inventado los bailes de *solteras*, en donde ¡horror! no se admiten ni a las madres. Yo no acepto ese rigor, que tiene mucho, mucho de malo; creo que nuestras fiestas están en el justo medio. La mujer casada americana baila poco; por eso, las *yankees* nunca tienen prisa por casarse: “Dejen que me divierta —dicen—; luego vendrá el matrimonio”.

Tienen razón. Gozad, preciosas porteñas, de vuestros días felices; bailad, niñas alegres y juguetonas, al son de música embriagadora; y escuchad esas letanías amorosas y no siempre verdaderas que a nuestros oídos murmuran; labios de miel, gozad, gozad de la vida en lo que ella ofrece de placentero y halagador; que un baile siga a otro baile, que ya llegará el día, ese día que envuelve tantos misterios y en el que, adornando vuestras bellas sienes con el simbólico azar, entréis de lleno en la vida. ¡Bailad, niñas, bailad!

Eduarda M. de García

Una limosna

“Amaos los unos a los otros”¹²⁹

Edición modernizada y notas de Hebe Beatriz Molina

La caridad para con los niños, los huérfanos, los ancianos, los desamparados de todo género, es acción noble, que despierta la simpatía de cuantos saben compadecer los humanos dolores.

En nuestra patria, la caridad particular y colectiva ha cobrado gran desenvolvimiento, marcando como signo de progreso real un nivel muy elevado a nuestra sociedad en la escala de las naciones.

Los niños pobres hallan el pan del cuerpo y del espíritu; nuestras escuelas, numerosas y bien atendidas, pueden servir de modelo en la América del Sur y aun en algunos países de Europa.

Las damas argentinas, bajo denominaciones varias, se afanan con laudable celo por socorrer al desdichado, ya de un modo, ya de otro. Tenemos Damas de Misericordia, de Caridad, del Socorro y tantas otras; a ese respecto poco debemos envidiar al pueblo caritativo por excelencia: el francés. Todas las miserias, todas las necesidades, encuentran pronto socorro y eficaz asistencia, acudiendo a esas admirables sociedades, in-

129 Jn. 13:34.

fatigables en su piadosa tarea caritativa. Esto lo sabemos todos, que todos contribuimos en la medida de nuestras fuerzas, a formar la gran colmena de miel, que ha de endulzar las amarguras del necesitado.

“Una limosna por amor de Dios”.

¿Quién no conoce esa frase plañidera, que desgarrar el corazón todos los sábados invariablemente de once a cuatro? Tan pronto es un andrajosos mendigo que cubre apenas con sucios harapos males atroces, como es un anciano macilento, próximo a desfallecer como si el hambre lo acosara con su terrible aguijón: “Una limosna”. Es un ciego escuálido que a tientas viene subiendo la escalera, golpeando ruidosamente las gradas con su macizo palo y repitiendo: “Una limosna para un pobre ciego”. Y el Asilo de Mendigos que existía hace veinte años, ¿qué ha sido de él?, ¿a quién asila en esta caritativa ciudad?

¿Se ha convertido acaso en “sepulcro blanqueado”¹³⁰? ¡Ay! Si los señores municipales supieran, si se dieran cuenta cabal de la impresión atroz que produce esa miseria cruenta en las pobres y sensibles mujeres, que compadecen al desdichado mendigo y se horrorizan con su contacto, harían hasta milagros para tener conveniente y estrictamente encerrados a esos desventurados, que sufren y hacen sufrir la mano piadosa que los socorre, todo ello en gran menoscabo de la higiene pública, el moderno *palatium*¹³¹.

Los espartanos daban muerte a los niños estropeados al nacer; el cristianismo inventó la caridad, la piedad, y adoptó a los desgraciados de cuerpo y de espíritu, iniciando así una nueva moral.

130 Mt. 23.27. Metáfora bíblica para señalar hipocresía, o sea, que no es lo que aparenta ser: algo blanco, puro, que contiene impurezas y descomposición.

131 *palatium*: del latín, ‘palacio’. Se refiere a que los modernos ámbitos públicos abiertos equivalen a los antiguos palacios romanos en cuanto a la preocupación por la higiene.

La civilización, las leyes que rigen las sociedades modernas, impusieron al espíritu evangélico tan bello, tan caritativo, ciertas restricciones, que llamaré de orden moral, en el sentido de moralizador, y de ahí vinieron los hospitales actuales, en nada parecidos a aquellos de la Edad Media, en los cuales una cama contenía dos y tres enfermos; y finalmente se crearon los asilos de necesitados, bajo todas las formas, reglamentando, imponiendo al menesteroso una disciplina restrictiva, sin la cual esas casas de asilo se vuelven más bien perniciosas. No olvidemos, además, el gran efecto plástico de la belleza o la fealdad sobre la mujer destinada a perpetuar y mejorar la raza humana.

Este punto hartos serio y descuidado en demasía merece se le consagre atención estudiosa. El griego rodeaba a la esposa encinta de estatuas bellísimas de sus dioses; por caridad, por amor a lo bello, no exhibamos nosotros cojos, mancos y ciegos en nuestras calles. La familia ganará en ello.

“¡Una limosnita por Dios!” repite una voz masculina con acento doliente. Es —¡oh, dolor!, ¡oh, vergüenza!— un desvalido que arrastra penosamente una de sus piernas y viste un andrajoso y sucio uniforme militar del ejército argentino. ¡Pocos espectáculos más conmovedores, más desgarradores que ese!

El infeliz soldado, que da su sangre, su vida, sus años más bellos, aquellos en que se ama y se es amado, el día en que la enfermedad lo postra, privándole del uso de sus miembros mutilados, va de puerta en puerta pidiendo “Una limosna por Dios” como un malhechor que sale de la cárcel, después de terminada su condena, que otra cosa no parecen esos infelices.

Doloroso, cruel pago dado al defensor de nuestro suelo, de nuestras instituciones, de nuestras pasiones mismas, que el soldado, verdadera *chair à canon*¹³² entre nosotros, es el princi-

132 ***chair à canon***: del fr., ‘carne de cañón’.

pal instrumento, ciego, inconsciente, desgraciado, de ambiciones y ambiciosos. ¡Pobre soldado! Aclamado cuando es victorioso, vilipendiado cuando es vencido y olvidado cuando queda inservible. ¡Ay! Esto es cruel, es atroz, es bárbaro, es indigno de nuestra presente civilización y clama al cielo pidiendo ¡justicia!

Allá en mi niñez, veía yo, con una mezcla de horror y de lástima, arrastrarse por las calles unos pobres negros sin piernas, especies de masas informes con cicatrices profundas en la cara, que merced a unos cueros de carnero en que se sentaban y a unas especies de almohadillas toscas que les cubrían las manos, a los que las tenían, iban de puerta en puerta, pidiendo “Una limosna por el amor de Dios”. Eran los restos de aquel ejército de gigantes que escaló los Andes con San Martín; eran unos pocos negros que sobrevivían a su miseria, para escarnio de nuestra cultura de entonces. Sus piernas, sus brazos, quedaron en la cumbre de las cordilleras, sepultados en esa nieve cruel, la enemiga más encarnecida del pobre soldado, ya sirva bajo Napoleón el Grande en Rusia, ya bajo el primer capitán sudamericano. ¡Cuántas veces dio mi manecita de niña *dos reales* al encanecido negro estropeado, cerca del cual mi talla infantil era colosal, viendo correr una lágrima de agradecimiento por aquella mejilla rugosa, mientras la voz temblorosa murmuraba un melancólico “Dios se lo pague mi amita”! ¡Cuánto me conmovía ese “Dios se lo pague”! Se me figuraba que desde ese momento todo me salía bien y que la dicha descendía en efecto sobre mí.

“Quien da a los pobres presta a Dios”¹³³ ha dicho no sé quién; desafío a que esta sentencia tan sencilla pueda ser ridiculizada. Aun aquellos que no creen en Dios, creen en la caridad; y

133 Proverbios 19:17 «A Jehová presta el que da al pobre, Y el bien que ha hecho, se lo volverá a pagar».

la fraternidad, hoy la palabra por excelencia para las modernas civilizaciones, no es sino una forma de la caridad y no la menos bella. “Amad —decía el discípulo favorito de Jesús—; lo demás vendrá después”.

¡Quién no se duele, quién no se siente apocado, ante esa miseria que pasea sus harapos y ostenta sus llagas!

Allá en otros tiempos el mendigo fue el ornamento obligatorio de los templos cristianos. La civilización nacía apenas y el pobre no conocía más caridad que la ejercida día a día directamente, de la mano a la mano, si así puedo expresarme.

Caridad que nada remedia y que a veces impulsa al desdichado al vagabundeo y a la hipocresía. Más tarde los conventos dieron los restos de su pitanza a los mendigos y es sabido que los soldados inválidos engrosaban especialmente esas filas. ¡Qué hacer, pues, cuando el señor no necesitaba ya de soldados cojos, mancos o ciegos! Las Cruzadas dieron un resultado terrible a ese respecto, pues los pobres soldados de Cristo no solo volvieron —los que volvieron, mutilados por las lanzas de los sarracenos—, sino devorados por males espantosos, contraídos en Palestina.

Todos los dolores, todas las miserias las aliviaban entonces la iglesia y el trono.

Hemos visto a reinas como Blanca de Castilla, la madre de San Luis y Santa Isabel de Hungría, ir ellas mismas con sus augustas manos a curar heridas repugnantes y la afrentosa lepra. El amor es sublime bajo todas las formas; pero especialmente cuando reviste el manto de la piedad.

Con el espíritu de los modernos tiempos, la caridad fraternal ha tomado un vuelo más vasto, aunque no más bello. Hoy las reinas no curan leprosos, pero visitan los hospitales pestilenciosos, como lo hizo en Amiens la bella emperatriz Eugenia, durante el cólera.

Actualmente todo se hace por asociaciones colectivas; se ha comprendido, por fin, el “Ayudaos los unos a los otros” y la caridad dispensada en grande escala no tiene por único objeto socorrer al desdichado momentáneamente, sino sacarlo de la miseria y regenerarlo si es posible.

Al comenzar dije que en nuestra patria la caridad se hace como en pocas partes del mundo, atendido el número de nuestra población, y se habrá creído, sin duda, que estas líneas tienen por objeto pedir se forme alguna nueva asociación piadosa, para impedir esa mendicidad a domicilio que es vergonzosa e inútil. Mi objeto es otro. Y digo inútil, porque nada remedia tal mendicidad y solo contrista los corazones sensibles y apaga la sonrisa en los labios de los niños.

Mis hijitos me han entristecido más de una vez con esta cruel pregunta: “Mamá, ¿por qué hay pobres y tú eres rica?”. Difícil problema de resolver, que hoy agita la mente y el corazón de pueblos que sufren y se destrozan. “Porque Dios quiere”, respondí siempre. Que el estudio de la vida me ha hecho comprender el gran poder de esa respuesta misteriosa en el corazón de los niños.

“Dios —decía un gran filósofo—, si no existiera, sería menester inventarlo”. Las madres y los padres saben cuánto se obtiene con el nombre de Dios.

Yo pido, pues, en nombre de Dios primero —y aquí faltó a las leyes de la retórica, empezando por lo más grande— y siguiendo luego con el nombre de la justicia y de la equidad, una limosna para esos pobres soldados inválidos, que van arrastrando su miseria gloriosa, de puerta en puerta, de tienda en tienda. Días pasados me conmovió no poco oír en una tienda de lujo decir en castellano chapurreado a uno de los dependientes extranjeros: “Perdone, amigo”, dirigiéndose a un soldadito, y me sirvo

del diminutivo, porque el limosnero¹³⁴ era muy joven y tenía tan pocos años como miembros: le faltaba un brazo y una pierna. ¡Horrible!

Yo pido limosna *por amor de la patria*; y la pido de rodillas, para esos pobres soldados desvalidos, a ese núcleo brillante de hombres de Estado, venidos de todos los ámbitos de la República, para dictar leyes buenas y remediar las malas.

Al soberano Congreso pido “una limosna por Dios” para que los soldados no vaguen por las calles en busca de pan, deshonrando por vez primera el uniforme patrio.

Que se cree entre nosotros una casa de inválidos, asilo piadoso que la patria ofrece a los hijos que ha mutilado ella misma en sus guerras, en sus luchas sangrientas. Cañones, balas, fusiles, proyectiles de todo género tenemos para destruir al enemigo. Es forzoso pensar en el día siguiente de la lucha, en esa hora terrible que, como nadie, describe Lamartine, cuando exclama: “*Amants, épouses, mères, venez, compter vos fils!*”¹³⁵.

*Les Invalides*¹³⁶, en París, es una de las creaciones más bellas que posee la ciudad monumental; y el *Soldiers' Home*¹³⁷, de Washington, creación de la administración Lincoln, era mi paseo favorito. ¡Cuán felices parecían ser aquellos soldados sin piernas, sin

134 **limosnero**: en este caso, ‘mendigo’. A Eduarda la ha conmovido que el empleado extranjero trate de amigo al soldado lisiado, como gesto de caridad.

135 Los versos originales dicen: “*Accourez maintenant, amis, épouses, mères! Venez compter vos fils, vos amants et vos frères / [...]*” (Lamartine, 1823, p. 108); ‘¡Apresúrense ahora, amigas, esposas, madres! Vengan y cuenten a sus hijos, a sus amantes y a sus hermanos [...]. Pertenecen a la “Méditation seizième: Les préludes” (1823, pp. 97-114).

136 **Les Invalides**: Hotel o Palacio Nacional de los Inválidos, edificado en el siglo XVII para albergar a los soldados franceses retirados del servicio.

137 **Soldiers' Home**: Casa de los Soldados, hogar y hospital destinado a los veteranos de guerra. Mansilla se refiere a la casa de campo, en Washington D. C., en la que Abraham Lincoln escribe el primer borrador de la Proclamación de emancipación.

brazos o sin vista muchos de ellos, en medio de los jardines amenos que habitan! Aquellas figuras incompletas, que se mueven lentamente entre los árboles, que parecen agitarse entre las flores olorosas, recuerdan los campos elíseos del poeta latino, donde vagan las almas escapadas del imperio de Plutón.

La disciplina militar dulcificada reina en el vasto edificio cuartel, y nada habla más alto de la elevación y grandeza de la democracia modelo que el *home* de sus soldados. “*Post nubila solem*”¹³⁸. Después de las luchas, los dolores, el asilo de paz y abundancia que la patria ofrece en su regazo cariñoso, como madre que es, a sus hijos mutilados.

La caridad pública nada tiene que ver con los soldados de una gran nación, bajo cualquier forma esa caridad es afrenta.

Quisiera tener la elocuencia del dolor unida a la del genio, para que mis palabras, llegaran a conmover a esos padres conscriptos¹³⁹, guardianes y factores de nuestras instituciones. Quisiera escribir con lágrimas en vez de tinta, para que mi demanda, mi plegaria, fuera favorablemente acogida y que alguno de los miembros más brillantes, más entusiastas del Congreso, presentara mi petición en la forma oficial que ella debe ser presentada. A falta de otra elocuencia, tengo la terrible de los hechos. Paséense los señores congresales por la calle Florida, de una a cinco de la tarde y verán con sus ojos, oirán con sus oídos las voces plañideras de nuestros soldados inválidos, que piden: “¡Una limosna por Dios!”.

EDUARDA

Mayo 9

138 **Post nubila solem:** del latín, ‘Después de las tinieblas, el sol’.

139 **padres conscriptos:** los senadores, entre los romanos.

Chinbrú

A Daniel

Edición modernizada y notas de Julia González Bigetti

*Hélas! Qu'as-tu fait, malheureuse?*¹⁴⁰

V. Hugo

Allá en los tupidos montes del Gran Chaco¹⁴¹, dentro del tronco hueco de un elevado timbó¹⁴², vivía una familia dichosa. Nada le faltaba.

El sol caliente bañaba durante el día, con sus rayos amorosos, las frondosas ramas, las hojas aterciopeladas del árbol majestuoso; y cuando caía la noche, refrescando con sus bri-

140 *Hélas! Qu'as-tu fait, malheureuse?*: '¡Ay! ¿Qué has hecho, desgraciada?', verso de *Hernani* (acto V, escena VI), de Victor Hugo (1802-1885), uno de los más importantes autores del Romanticismo francés.

141 **Gran Chaco**: región natural de América del Sur, comprendida entre los Andes bolivianos, la meseta de Mato Grosso, la línea hidrográfica del Paraguay-Paraná y el río Salado.

142 **timbó**: término de origen guaraní, que designa a un árbol leguminoso muy corpulento, cuya madera se utiliza para hacer canoas. En la Argentina, se lo halla en la selva misionera, en la región chaqueña y en la cuenca Paraná-De la Plata.

sas puras y su rocío plateado cuanto el sol había marchitado, el contento de los pequeñuelos, que eran varios, no tenía medida.

Trepar por los cedros encumbrados, arrancar naranjas, hincar en ellas el agudo diente, estrujándolas, chupar azucaradas vainas de algarroba, lanzarse las cortezas de sabrosas bananas, hacer resonar el monte con gritos agudos, prolongados, que el eco devuelve; correr carreras locas por la espesa maleza, esconderse traviesos en los troncos repletos de agua cristalina y fresca en bulliciosa algazara, eran juegos gratos a los picarillos monitos, que no cuidaban ni poco ni mucho del largo de las horas ni del pasar del tiempo.

Había, sin embargo, entre los negros macaquillos uno que no parecía contento de la suerte dichosa que le dispensara la madre naturaleza.

—Siempre los mismos árboles —decía en sus adentros el monito—. ¡Siempre los mismos juegos, las mismas frutas! ¡Es como para cansar a un mono!

Tenía razón quizá el descontentadizo émulo del hombre, que placer repetido suele volverse insípido.

Pero esto no quiere decir que Chinbrú —así se llamaba el monito— hiciera bien en huir, como lo hizo por fastidio en hora menguada, del *home* materno, donde dejó a su amorosa madre sumida en duelo por muchos días.

Pero qué pena no se amortigua ya en las selvas, ya en las ciudades. Mona o mujer, es susceptible de olvidar, y en ello piadosa se muestra la suerte.

Corría, saltaba en libertad ilimitada el ágil Chinbrú por entre troncos, malezas y flores, estrujando a su paso cuanta fruta hallaba a su alcance y que su apetito saciado desdeñaba; columpiándose travieso y perezoso en las lianas intrincadas, amorosas, que de los árboles pendían; enlazándolos en fresco y verde laberinto, y gozándose no poco en lanzar a puñados al

viento, con sus velludas manecitas, olorosos azahares que, cayendo luego en lluvia plateada sobre su cabecilla grotesca y detenidos allí entre los ásperos pelillos de su rugosa frente, le daban un airecillo de novia africana, muy chusco.

El gozo de Chinbrú no tenía límite. Se le figura que no corrió nunca más a sus anchas, no vio flores más flores, ni comió frutas más sabrosas. En cuanto a los árboles, ¡eso sí que son árboles!

Correr, saltar y comer sin medida ni tregua son cosas muy gratas, pero es fuerza reconocer que Chinbrú, aunque monito, tenía aspiraciones de una esencia más elevada y, en prueba de ella, helo¹⁴³ aquí solo, alejado de sus hermanillos, todos amables macaquillos, en busca de algo que no sea siempre correr, siempre triscar¹⁴⁴, que tal fue su conato al desertar del frondoso timbó del Gran Chaco.

Pretende un autor algo escéptico¹⁴⁵ que los paisanos y los animales no aprecian, no sienten las bellezas de la naturaleza; no ven ni el sol que dora los campos con sus rayos ambarinos, ni la luna melancólica cuando platea con su luz discreta las aguas del arroyo. Yo no pienso así.

Creo que los seres que más en contacto viven con el sol, con el rocío, con las plantas, con la lluvia, sienten, comprenden a su modo –es verdad– cuanto hay de grande en esas manifestaciones de la potencia divina, de las cuales depende tan directamente el propio bienestar, el logro de esperanzas caras, que el hombre de los campos riega siempre con el sudor de su frente. El poeta que canta, el naturalista que estudia no comprenden

143 **helo**: el adverbio 'he' junto con el pronombre personal 'lo' se usa para señalar a alguien o algo.

144 **triscar**: travesear, correr y saltar alegremente.

145 Tal vez se refiera a algún defensor de las teorías evolucionistas, para las cuales la apreciación de la belleza es una capacidad propia de los seres civilizados o de educación superior.

mejor la humilde espiga de trigo que se inclina al soplo del viento, que el cultivador afanoso, cuando admirando el grosor de los granos dorados de sus mieses¹⁴⁶, ve en cada espiga pan y abundancia para seres amados. Toda aspiración eleva al hombre y lo acerca al Creador, fuerza motriz de cuanto vive y se agita.

Pero cuán lejos estoy de Chimbrú y el picarillo, aprovechando de mi distracción, salta, trepa, trisca y se divierte, mirando curiosamente cuanto cae bajo el rayo de sus ojitos, relucientes como chispas. Ha salido del bosque y ya va medio desalentado, arrastrando una patita coja por un ancho sendero sin árboles ni malezas, pero en cambio árido y polvoroso.

“No hay acaso”¹⁴⁷, dicen ciertos filósofos, y creo que tal vez tengan razón; pero cómo llamar a la ley o fatalidad que enfrentó a Chinbrú, el viajero, con su destino andante en la persona del *signor*¹⁴⁸ Gian Battista Regnano, genovés entrado en años, adusto y mal entrazado, con menos ilusiones que pesetas, lo cual no es poco decir. *Il signor* Gian Battista no tenía por qué alabarse de su suerte que era, lo reconozco, perversa y constante en demasía; razón, sin duda, por la cual el ambulante artista era, con cuanto a la mano le caía, tan perverso y despiadado como la suerte, su madrastra, lo era con él mismo.

—¡*Per Bacco!*¹⁴⁹ —exclamó gozoso el adusto organillero al ver a Chinbrú, que volvía inquietas miradas alrededor; y, teniendo un lacito trenzado de seis hilos, que nunca le faltaba,

146 **mieses**: plantaciones de cereales.

147 **acaso**: casualidad, hecho imprevisto. Mansilla se referiría a los filósofos defensores del determinismo, en auge por ese entonces, para quienes todos y cada uno de los acontecimientos del universo están sometidos a leyes naturales; en cambio, la escritora parece creer en el fatalismo, o sea, en la existencia de un destino para cada cosa regulado por la providencia divina.

148 **signor**: del it., ‘señor’.

149 **¡Per Bacco!**: del it., ‘¡Por Baco!’; interjección que en boca de este personaje expresa tanto alegría, como enojo. Alude al dios romano del vino.

dio hábil caza al vagabundo monito, cortándole así de un golpe la libertad e ilusiones.

¡Extraño! Chinbrú no sabía lo que era el dolor, pero lo reconoció, desde luego, sin que nadie se lo demostrara con silogismo ni metáforas. Ciertó que el dolor físico, pues el lacito le ceñía el pescuezo, le dio cumplida idea de que fastidiarse no es sufrir, por más que así lo pretendan los esplinados¹⁵⁰ hijos de Albión¹⁵¹; y, comprendiendo el dolor físico, descubrió el moral.

Gian Battista vio buena presa en el precioso monito, que tal lo era, y desde luego se propuso no maltratarlo más de lo necesario, sacando de él todo el partido posible, para honra y provecho de su vacía escarcela¹⁵².

Como la ilusa lechera del buen Lafontaine¹⁵³, nuestro italiano vio en Chinbrú y en su organillo tísico, una fuente perenne de riquezas. Ya le parecía ver llover los reales, las pesetas y, en calidad de hijo de la musical Italia, entonó *sotto voce*¹⁵⁴ y casi inconsciente el “*Gia viene l'oro, gia viene l'argento*” de *El barbero*¹⁵⁵, en tanto examinaba minuciosamente su presa. Decidió Regnano sin tardanza, como hombre que conoce el valor del tiempo, ganarse la buena voluntad del macaquillo y puso mano a la obra.

¡Quién no ha comido pan, ese delicioso manjar compuesto

150 **esplinados** (neologismo): melancólicos; adjetivo derivado de esplín, del inglés *spleen*, ‘melancolía, tedio de la vida’.

151 **hijos de Albión**: los ingleses, pues Albión es el nombre que los griegos daban a Gran Bretaña.

152 **escarcela**: bolsa pequeña que se ata a la cintura y en la que se guarda dinero.

153 Se refiere a “La lechera y la jarra de leche”, fábula de Jean de La Fontaine (1621-1695), basada en una historia tradicional acerca de los castillos en el aire que se imaginan algunos, hasta que un tropezón los despierta y regresan a su situación inicial de pobreza.

154 **sotto voce**: del it., ‘en voz baja, en secreto’.

155 ***Già viene l'oro, viene l'argento***: ‘Ya viene el oro, / viene la plata’, versos de la ópera bufa *El barbero de Sevilla* (1816) de Gioacchino Rossini, con argumento de Cesare Sterbini Romano.

de elementos tan sencillos, pero que combinados forman el alimento por excelencia! ¡Ese pan que nunca sacia y que da realce a cuantas golosinas aguzan las facultades degustativas del hombre!

Un pedazo de pan, no muy blanco ni muy blando, fue el primer eslabón de la cadena de servidumbre, que debía por tanto tiempo atar al andariego monito a su cruel amo.

Chinbrú halló el pan muy de su gusto y, también, no desagradable para descansar su cabecilla hueca la ancha tapa del organillo, que Gian Battista cargaba sobre sus robustas espaldas con grande maestría.

Cuando despertó de un largo sueño, el errante macaquillo oyó algo que le recordó su perdido timbó y, por algunos instantes, la ilusión pasó casi a ser realidad. Un concierto de pajaritos saludaba, al parecer, la venida del día con alegres gorjeos. ¡Oh, sorpresa! En vano se refriega presuroso los pesados ojos con sus patitas vellosas; árboles no ve ni mucho menos pajarillos. La música está en sí mismo.

Su asombro es grande. Busca, rebusca; y una voz ronca le saca bruscamente de su perplejidad, acompañando estas palabras con un fuerte sacudón.

—¡*Per Bacco*, mono haragán! ¡*Bisogna*¹⁵⁶ pagarme el pan que has comido!

No entiende el sentido de aquella frase el pobre Chinbrú; pero comprende que lo maltratan y que la música sale de aquel misterioso asilo, donde descansan sus patitas.

No hay maestro como el dolor. Si las madres no fueran madres, cuánto no alcanzarían de su prole con el sistema del educacionista americano Horacio Mann¹⁵⁷, que tanto recomienda

156 **Bisogna**: del it. 'necesidad', 'deber'.

157 **Horacio (Horace) Mann**: educador norteamericano (1796-1859), amigo de

el látigo (*even for girls*, hasta para las niñas), que el *signor* Gian Battista exageraba con barbarie digna de un salvaje.

Látigo y hambre, ¡qué dos palancas para levantar un mundo de monitos y, aun, de chiquillos! Pobre Chinbrú, que es fuerza conocer ya por el nombre expresivo de Morino, con el cual le ha bautizado su amo.

Era este un hombre de ingenio y, a no ser por su natural perverso, hubiera podido con solo tomarse un mes más alcanzar del bien dotado Chinbrú —de Morino quise decir— cuantos talentos y perfecciones logró inculcar al monito con un rigor desmedido, en el muy corto espacio de cinco semanas. Pobre macaquillo que aprendió a bailar la polka primorosamente, el ejercicio de fusil a la prusiana, a hacerse el muerto y hasta adivinar en una sociedad quién era la persona *más enamorada*. Pero ¡a qué precio mordió el inculto habitante de las selvas en el árbol de la ciencia!

El látigo cortante había surcado cruelmente sus carnechas delicadas, raleando su tupido pelaje, antes reluciente y espeso, hoy deslucido y escaso. Las penas del corazón empañan la belleza, como el orín toma el acero.

Comer apenas, trabajar sin tregua y, sobre todo, perder la libertad es peso más que excesivo para caer de un golpe sobre el corazón de un triste monito.

Cuando el desventurado Silvio¹⁵⁸ vio cerrarse tras de sí las pesadas puertas del sombrío Spielberg, su corazón de hombre se contristó y su espíritu elevado cayó en tinieblas. ¡Qué mucho

Sarmiento, es considerado el “padre de la educación pública” pues proponía la educación para todos, sin distinción de sexo, raza o credo.

158 **Silvio:** Silvio Pellico (1789-1854), patriota italiano que participa en el Risorgimento. Apresado por los austríacos, padece encierro en varias cárceles, entre ellas, la del castillo de Spielberg (Austria). Deja memoria escrita de estas vicisitudes en *Mis prisiones* (1832), de rápida difusión entre los románticos europeos y americanos.

que el desgraciado Morino perdiera el brillo de sus ojitos, la agilidad de sus miembros, y qué lenta agonía consumiera sus fuerzas! ¡En dónde están los árboles del Chaco, las flores olorosas, las sabrosas frutas abundantes que su caprichoso apetito desdénaban y, sobre todo, la libertad, la dulce libertad, bien precioso que tanto anhela el hombre y aprecia todo ser viviente!

Durante el día ir de puerta en puerta –que, a fuerza de caminar, ha llegado Gian Battista con el organillo y Morino, a una ciudad vasta, donde no hay árboles, sino casas y ruido y polvo y sed y látigo, siempre látigo– ¡es tarea cruel, muy cruel!

—*Signore miei, venite. ¡Ecco Morino Macaco famosísimo que sabe ttuto ttuto!*¹⁵⁹

Se agolpa la multitud de chiquillos, de sucios mendigos, de trabajadores sin trabajo. —*¡Attenzione alla música!*¹⁶⁰

Morino siente la mirada punzante de Gian Battista sobre sí y la sangre toda se le agolpa al corazón.

El italiano mueve el manubrio y el destemplado son del órgano hace oír una polka de Strauss¹⁶¹, que el mismo maestro reconociera con dificultad. Esa es la señal. Salta ágil Morino de la caja y viene a caer con pasmosa presteza delante del círculo de curiosos.

Una carcajada general acoge esta primera proeza.

En la vuelta de carnero obligatoria que ha dado el mono, su traje de ancha cola y abuchados¹⁶² volados se le enreda en las piernas, descubriéndolas al mismo tiempo de la manera más ridícula y antifemenina. La muchedumbre vulgar que adora

159 Frases en una especie de cocoliche: 'Señores míos, vengan. ¡Aquí está Morino Macaco, famosísimo, que lo sabe todo!'

160 Del it., '¡Atención a la música!'

161 **Strauss:** puede referirse tanto a Johann Strauss, padre (1804-1849), como a su hijo homónimo (1825-1899). Ambos, músicos austríacos, componen polcas muy famosas, además de valsés y marchas.

162 **abuchados:** con forma de buche.

las disonancias ríe, festeja, aplaude, y su buen humor lo acrecienta la expresión adolorida del mono engalanado, que se levanta con su gorra de plumachos¹⁶³ ladeada y abollada como sombrero de borracho. El efecto es siempre idéntico. En todo el litoral de la República Argentina el salto de Morino ha alcanzado igual éxito. Y, sin embargo, ¡ese salto es lo que más azotes ha costado al infeliz monito!

—Salta —decía el amo y, con agilidad de mono, saltaba Morino.

¡Zas! Un latigazo. Hilaridad de la concurrencia, que lo cree parte del programa.

—¡*Ricomincia per Bacco*¹⁶⁴!

Y el macaquillo saltaba de nuevo. ¡Zas! ¡Tras!

Ricomincia y el látigo caía sin piedad. ¡Risas, risas! ¡Zas! ¡Zas! Saltaba con el corazón oprimido y ojos enturbiados por el llanto, sin saber el desventurado Morino lo que de él se quería. Y el látigo crujía de nuevo otra y otra vez. ¡Oh, dolor cruento! El desdichado animalito, que saltaba lo mejor que podía, no sabía qué exigía de sus miembros fatigados el verdugo infatigable.

¡Zas!

—Salta, Morino.

Salta exhausta la víctima con la fuerza de la desesperación.

—¡*Ecco*¹⁶⁵, bravo!

El látigo está inmóvil, la fatiga ha hecho lo que no alcanzaba toda la atención, toda la agilidad del intrépido monito. Llegó, por fin, Morino a imaginar que lo que debía hacer era saltar alto, muy alto y dejarse caer luego pesadamente, y caía y se ha-

163 **plumacho**: acrónimo de 'penacho de plumas'. Puede asociarse, además, con el nombre común de la *Cortaderia selloana*, planta originaria de la pampa sudamericana, que posee espiguillas con forma de plumas.

164 Del it., 'Vuelve a comenzar, ¡por Baco!'.

165 **Ecco**: del it., 'he aquí'. Quizás hubiese sido más apropiada la exclamación "così" ('así').

cía mucho daño, pero de esa suerte evitaba el terrible látigo y su sufrir era menor.

¡Cuántas veces en el rincón fétido de un estrecho caramanchel¹⁶⁶, donde pasaban las noches el amo y su víctima, el uno bebiendo, el otro sin poder conciliar el sueño, que la fatiga extremada y el hambre producen la misma enervación en los animales que en los humanos, se preguntaba el monito: ¿cómo debo saltar?, ¿qué le falta al brinco que ejecuto?! Y, a fuerza de pensar y sufrir, llegó a encontrar el ideal de la *capriola*¹⁶⁷ que soñaba el artista Regnano. El mal humor de este hombre perverso era ya desmedido. Le habían hecho pagar en el vapor por el mono; y su mala suerte hizo que a bordo nadie apreciara los talentos del infeliz Morino, que se lo pasaba apoyado tristemente contra los cordajes del buque, mirando el correr del agua con unos extraños deseos de saltar con *maestría* hacia ese líquido blanco, espumoso, que parecía blando y atrauyente. Gian Battista era hombre astuto y, viendo lo que pasaba en la cabecilla del monito, lo encerró bajo llave y solo lo sacaba para hacerle ejecutar *gratis* algunas gracias, como vía de *prove*¹⁶⁸. Su objetivo era Buenos Aires.

Llegó el tan ansiado momento. Morino y su amo desembarcaron en la gran ciudad y empezaron las representaciones desde el muelle.

Vestía el monito un vistoso traje de seda amarillo, con galones de plata, de una anchura desmesurada, que volvía en extremo pesada la ancha cola esponjosa, que barría el suelo.

Gian Battista había confeccionado él mismo aquel traje, gracias a sus reminiscencias de cómico ambulante allá en sus

166 **caramanchel**: tugurio, desván.

167 **capriola**: del it., 'cabriola', 'voltereta'.

168 **prove**: del it., 'prueba', 'ensayo'

buenos tiempos, exagerando las dimensiones para realzar así la talla mezquina del danzante.

—*Peccato*¹⁶⁹ —decía— que no se le puedan poner botines.

Para completar el lujoso atavío, llevaba Morino sobre su cabecita fatigada un gran turbante de lana blanca, rematado por cascabelitos relucientes, cuyo incesante tilín causaba angustioso malestar al nervioso monito.

La multitud acogía simpática al organista y su discípulo y, en pocos días, se hizo popular en el Bajo y plaza de la Victoria el habilísimo macaquillo.

¡Ironía de la suerte ingrata! Morino representa para todos los chiquillos que han alcanzado la dicha de verlo bailar, de admirar su donosura y agilidad, el tipo de la dicha. ¡Qué mayor contento cabe en pecho mortal, piensan los niños, que bailar todo el día, saltar, divertirse sin tregua al son de música acorde!, que tal lo es para sus oídos incultos el agrio son destemplado del organito. Aquel lujoso atavío los deslumbra y fascina, y más de un juvenil estudiante envidió el dulce vivir de Morino, cuyas galas cubrían siempre las anchas cicatrices rojas de su demacrado cuerpecito. Quizá la amarga pena del desdichado hubiera encontrado algún consuelo en aquella admiración de los niños, que lo hallaban precioso, al saber que hasta envidia excita su bailar, su continuo saltar. De haber sido hombre o niño, aquella satisfacción de su amor propio hubiera sido de seguro bálsamo blando para su quebranto; pero Morino, aunque avisado e ingenioso, no era sino un pobre monito y, como tal, menos susceptible de consolarse con parecer y no ser.

Un día, día nefasto, el calor era excesivo y, desde la mañana, no había probado Morino sino una tajadita de melón, a pesar de haber atravesado con su amo un vasto mercado atestado

169 *Peccato*: del it., 'pecado'.

de frutas. Aquellas frutas tantalizaban¹⁷⁰ al desdichado animalito, como no es posible expresarlo con palabra alguna; vértigo horrendo paralizaba sus fuerzas y una mezcla de hambre y de nostalgia derribaba sus potencias. El *signor* Gian Battista se ofrecía de continuo copiosas libaciones y, con un “*Più tardi, carino*”¹⁷¹ y un guiño chocarrero de sus ojos torvos, exhortaba al macaquillo a la paciencia.

Gian Battista, habiendo explotado ya ciertos barrios, pretendía en su ambición ilimitada luchar con las calesitas de la plaza de Monserrat, donde hay siempre gran afluencia de chiquillos y sirvientes.

El italiano se abrió paso a fuerza de música y algunos codazos bien aplicados, y comenzó sus agrias melodías.

—¡El mono, el mono! —resonó por la vasta plaza y el enjambre de cabecitas rubias y crespas, desertando de las calesitas, rodeó en el espacio de algunos segundos al organillero.

A pesar del hambre y del cansancio, Morino saltó admirablemente y saludó luego con suma gracia la *compagnia*¹⁷². Fresco coro de risas infantiles aclamó al monito y lo llamó con calor y repetición: ¡monísimo, monísimo! Empezó la polka y el entusiasmo no tuvo límite, que el público porteño es vehementemente y apasionado, ya lo compongan admiradores entendidos de alguna prestigiosa diva, ya los infantiles abonados de las calesitas en la plaza de Monserrat.

—¡Bravo, monito, bravo! —exclamaban los chiquillos, batiendo las menudas palmas, y llovían reales y pesos sobre la cajita de lata que, con gracia y desenvoltura, presentaba Morino al cordón

170 **tantalizaban**: neologismo derivado de Tántalo, personaje de la mitología griega condenado a sufrir hambre y sed eternamente, por haber robado el néctar y la ambrosía de los dioses para dárselos a los hombres.

171 **Più tardi, carino**: del it., ‘más tarde, bonito’.

172 **compagnia**: del it., ‘compañía’.

de caritas risueñas que formaba estrecho círculo al organista.

De repente, un rubiecito de ojos chispeantes, que mordía distraído un jugoso durazno, vio llegar a Morino que, con manita temblorosa, le presentaba la cajita. El pobre Morino había visto el durazno y tenía, como dicen, el corazón en la boca.

El niño leyó en la mirada del monito tanto deseo, tanto, que dejó caer el durazno en la cajita, diciéndole con grande emoción:

—Para vos, monito. Es para vos.

Morino se arrojó sobre el mordido durazno, con toda la avidez del hambre y de la sed combinados. Un latigazo vibrante, derribándolo con la rapidez del relámpago, cruzó su frente con surco de fuego. Brotó la sangre roja y las manecitas ávidas dejaron escapar el durazno, que fue rodando por el suelo ensuciándose hasta perderse.

Un choque eléctrico agitó a la apiñada multitud, rompiendo el círculo de espectadores. Se oía un confuso murmullo de voces.

—¡Mono del *Diavolo*¹⁷³! —exclamó el italiano y se oyó un “¡bárbaro, bárbaro!”, acompañado de agudos sollozos y lamentos infantiles.

Llegó en ese momento un vigilante y, como preguntase al organillero la causa de aquel tumulto, este respondió con acento contristado:

—*Niente, signore. ¡Il mio mono infermo!*¹⁷⁴.

Los niños se alejaban silenciosos, contristados. Un soplo de tristeza había invadido la alegre plaza, acallando los bravos y las risas.

Inmóvil, tendido largo a largo donde mismo cayó como herido por el rayo, yacía el ágil monito con el vistoso traje cubierto de polvo, los ojos cerrados y el blanco turbante teñido en sangre. Extraño fenómeno, Gian Battista, aquella naturaleza brutal, no

173 **Diavolo:** del it., diablo.

174 Del it., ‘Nada, señor. ¡Mi mono [está] enfermo!’.

se atrevía a acercarse a su víctima: había allí tantos niños.

El vigilante se aproximó al monito, lo tocó con delicadeza y dijo:

—¡Parece muerto!

Y lo estaba.

.....

Duerme Chinbrú debajo de dos frondosos naranjos, en una florida huerta.

Cuando el rubiecito Enrique, causante de tanto duelo, llegó a su casa, poco distante de la plaza, los sollozos anudaban su garganta y de sus labios afiebrados se escapaban estas palabras:

—¡El monito! ¡El monito!

Esperando al hijo amado en la puerta de calle, se hallaba el padre y, como el dolor del niño fuera tan agudo, interrogó aquel presuroso a la sirvienta.

En pocas palabras narró el desastre la sencilla vascuence y el hombre, generoso y sensible, corrió a la plaza, movido por un doble impulso: la compasión y la justicia.

Gian Battista Regnano, quizá por primera vez en su vida, se hallaba perplejo.

—Embalsamar cuesta plata —murmuraba rascándose la cabeza—. *Ed io non me ne intendo. Peccato, ma...*¹⁷⁵.

Y, después de despojar al muerto Morino de sus galas, iba a abandonar allí su cadáver merced a las sombras de la noche, cuando oyó decir a una voz que le pareció al malvado venir del cielo:

—¿Cuánto quiere usted por el monito? Yo me encargo de él.

—¡Óyeme, *madonna mia*!¹⁷⁶

Comenzó el hipócrita italiano a exclamar:

175 Del it., 'Y yo no entiendo de esto, [es un] pecado [perder su valor], pero...'

176 Del it., '¡madre mía!'

—¡Mi era cosí caro!... Ma... cinquanta pesi¹⁷⁷.

—Tome usted y basta —cortando así el torrente de gracia y lamentos que brotaba de los labios del afortunado Gian Battista.

Y aquí sería del caso hacer alguna reflexión sobre la suerte que de continuo tienen los malvados, si no fuera cosa sabida que el hombre juzga siempre de las cosas por las apariencias y que las más veces estas son engañosas.

Con piadoso celo, recogió en su blanco delantal el cadáver del monito la vascuence y siguió en silencio a su patrón, que murmuraba algo de poco elogioso, por cierto, sobre los ambulantes hijos de la Italia.

Dormía ya consolado el rubio Enrique, en los brazos amorosos de su madre, cuando el jardinero que, según su ingenuo decir, entendía de *muertos*, después de convencerse de que ya solo la tierra podía ser provechosa al yerto monito, le dio piadosa sepultura, debajo de los dos más bellos naranjos de la huerta.

Y de esa suerte, en la estación amena de los azahares, una lluvia florida y olorosa cae sin cesar noche y día sobre la estrecha tumba del desdichado Chinbrú, a quien me place de nuevo dar este nombre.

Marzo 22 de 1880

177 Del it., '¡Me era tan querido! Pero [deme] cincuenta pesos'.

Vuelos de cóndores ***Sugerencias didácticas para investigar*** ***y dialogar sobre Eduarda Mansilla***

HEBE BEATRIZ MOLINA
IVANNA WENDT PATIÑO
JULIA GONZÁLEZ BIGETTI

Lectores: los invitamos a dejar volar la imaginación y la curiosidad... Las sugerencias didácticas que aquí les dejamos son interrogantes que apuntan a pensar y a despertar el interés en una época pasada de nuestra historia, en la experiencia de la escritura, en lo que significaba ser mujer, una mujer muy observadora y crítica, al mismo tiempo que bella y coqueta... Las posibilidades de abordaje de los textos de esta autora son muchas y en sus manos está el descubrirlas.

Investigar sobre la autora y su familia

- ¿Quieren saber más sobre Eduarda Mansilla como música? Eduarda tocaba el piano, cantaba y componía. ¿Quieren escuchar sus canciones? Clicqueen en este blog: <https://jornadaseduardamansilla.blogspot.com/>
- Otra página que contiene muchas imágenes y buena in-

formación sobre la escritora, preparada por Manuel Rafael García-Mansilla, está alojada en Facebook: *Eduarda Mansilla Ortiz de Rozas de García*,

<https://www.facebook.com/p/Eduarda-Mansilla-Ortiz-de-Rozas-de-Garc%C3%ADa-100063574092348/>

¿Eduarda Mansilla Ortiz de Rozas de García? En realidad, la familia materna tenía el apellido Ortiz de Rozas. Por rebeldía, Juan Manuel (el gobernador de Buenos Aires, tío de la escritora) lo simplifica a “de Rosas” o “Rosas”, a secas. A su vez, los hijos de Eduarda (y todos sus descendientes) llevan el apellido García-Mansilla, como reconocimiento a su madre.

Eduarda y la belleza

- Tanto Eduarda como su madre, Agustina Rosas de Mansilla, eran consideradas las mujeres más bellas de la sociedad que frecuentaban. Si buscan retratos en internet, podrán opinar si ese juicio estético tiene validez aún hoy. Pensemos que en todas las culturas del mundo existe el concepto de ‘belleza’; lo que suele cambiar o no coincidir son los requisitos de esa cualidad, o sea, qué se considera bello. Si tienen dudas, averigüen en investigaciones de neurociencias qué parte de nuestro cerebro reconoce la belleza y por qué nos causa placer.
- La belleza física y la artística-espiritual ¿irán de la mano? En los distintos relatos de este volumen, ¿qué peso tiene lo bello? ¿Cómo se lo caracteriza? Les sugerimos buscar ejemplos.
- Para Eduarda, la belleza es un valor muy importante porque es el propósito del arte y de la literatura. En diversas

reseñas periodísticas, define lo artístico-literario como la idealización, siempre embellecedora, de la realidad:

[...] creo que el artista, el verdadero artista, no debe pintar la realidad sinó cuando esa realidad es bella ó es necesaria al conjunto de afectos que se propone producir (16 de setiembre de 1877, p. 433)¹⁷⁸;

A mi entender la mision del poeta, del artista, no es copiar como la fotografia, ni calcar las líneas como las máquinas; el genio no copia, el genio idealiza (1878, p. 200);

[...] lo bello es siempre bello, así como lo feo es siempre feo, ya se contemple ó se copie. El error no está en copiar fielmente [...]; lo que según mi sentir constituye el pecado del realismo, es complacerse en contemplar lo feo, lo deforme para copiarlo y trasmitirlo bajo la forma artística (2 de diciembre de 1880).

- Como ejemplo de texto bello y realista, la escritora propone a “Bebé en el circo”, cuento de Miguel Cané (hijo)¹⁷⁹. Podemos leerlo y debatir si nos parece “bello”. ¿Estamos de acuerdo o en desacuerdo con Eduarda Mansilla? Analicemos argumentos a favor y en contra de sus premisas literarias.

178 Transcribimos todas las citas literalmente, es decir, con la ortografía de aquel entonces.

179 Este cuento integra el libro *Charlas literarias*. En la “Bibliografía” les damos los datos para localizar una digitalización accesible.

Indagar paso a paso acerca de *Un amor*

Lectura comprensiva

- Como todo texto decimonónico de un autor culto y políglota, en *Un amor* abundan los extranjerismos, frases hoy anticuadas y alusiones a hechos, personalidades y lugares que no tenemos presentes ahora. Les aconsejamos que no se detengan en cada palabra que no entiendan, si bien es recomendable buscarlas en el diccionario; en cambio, les proponemos que traten de entender las secuencias narrativas de modo global y que representen las escenas con la técnica del teatro leído.
- Esta novela no está dividida en capítulos. ¿Se animan a establecer los cortes que la narración misma propicia? Podemos agregar títulos apropiados por cada capítulo, que sinteticen su contenido.

La sociedad parisina del pasado

La historia transcurre en París, sin fecha precisa. Como Eduarda Mansilla deja la capital francesa en 1879, para volver a la Argentina después de casi veinte años de ausencia, seguramente imagina que la acción transcurre en los últimos años de la década de 1870. Retrata, pues, escenas y costumbres de hace unos 150 años. En todo este tiempo ¿qué habrá cambiado y qué permanece vigente? Viajemos al pasado y reconstruyamos aquella vida comparándola con la nuestra.

- Ubiquémonos en el primer encuentro entre Silvia y Eduardo Sandford, pero como jóvenes del siglo XXI: ¿Se conocerían en el teatro de la Ópera o en otro lugar, donde se escu-

chase la música más característica del momento? ¿Serían de clase alta o podrían ser de cualquier nivel social porque el conflicto sentimental sería el mismo? En lugar del abanico, ¿qué elemento los podría unir? ¿Se animan a reescribir la escena del primer encuentro entre Silvia y Eduardo Sandford durante la década de 2020?

- Los personajes se desplazan por medio de vehículos hoy en desuso: landó, cupé, faetón, victoria. Busquemos información e imágenes sobre ellos; luego, analicemos qué marcas y tipos de autos los reemplazan en la actualidad, según sus características y el estatus socioeconómico que representa cada uno.
- Imaginemos a Silvia y a Luisa yendo a la Ópera y al baile en la embajada de Rusia, y caminando por el Bosque de Boulogne. Busquemos un mapa de París y marquemos el recorrido de las amigas. ¿Es un itinerario verosímil?
- Silvia es supersticiosa. Si bien la superstición existe en cualquier sociedad y en cualquier tiempo, hacia fines del siglo XIX era particularmente combatida por los científicos ya que era considerada manifestación de ignorancia y de falta de libertad de pensamiento. ¿Qué consecuencias le trae a Silvia su espíritu supersticioso? ¿Cuál es el *antídoto* que propone la novelista implícitamente? ¿Seguimos siendo supersticiosos en estos tiempos modernos?
- En esa misma tensión entre conocimiento e ignorancia, propia de aquella época, se instalan las reacciones que provocan los mellizos gemelos tanto en la emperatriz Eugenia, como en la gente común. Presten atención a las dos calificaciones curiosas que suscitan. También, a la insistencia del médico de la marquesa de Antúnez en cuanto a la necesidad y urgencia de que los Sandford se alejen de Silvia. ¿Cuánto han avanzado las investigaciones científicas acerca del comportamiento de los mellizos gemelos?

Los personajes

- Los protagonistas, Silvia y los hermanos Sandford, son retratados con tanta minuciosidad que podemos dibujar sus rostros. Aun más, teniendo en cuenta las descripciones de la novelista y con la ayuda de la IA, podemos revivir a Silvia y a los Sandford de cuerpo entero e, incluso, vestirlos con los diversos atuendos que lucen a lo largo de la historia. ¿Nos parecen personas bellas, elegantes, atractivas, como pretende la autora?
- Petrona y Luisa son personajes importantes porque, al ser interlocutoras de la protagonista, ayudan a analizar el caso con criterios racionales y aplican el método científico a su manera. ¿Qué se preguntan?, ¿cuáles son las hipótesis que barajan?, ¿se atreven a formular una conclusión?

El gran dilema de Silvia y de los Sandford

- Abrimos la discusión: ¿Silvia ama a los dos hermanos por igual?, ¿hace bien en rechazar a ambos pretendientes?, los gemelos ¿tienen otras alternativas? Repasen todos los argumentos que van dando el narrador y los personajes; luego, organicen un debate bien ordenado, con voces a favor de cada postura posible: Silvia ¿debería permanecer soltera?, ¿debería elegir a uno de los gemelos?, ¿o debería quedarse con el pretendiente que buscan sus padres?
- Desde nuestro presente: ¿Qué piensan del desenlace? ¿Creen que Silvia hoy tomaría la misma decisión? ¿Qué otras posibilidades se les ocurren para el cierre de esta historia si sucediera en esta época?
- Seguramente no se pondrán de acuerdo entre todos. Que cada uno escriba un nuevo desenlace según la so-

lución que le parezca más coherente y/o más atractiva novelísticamente hablando.

Compartamos...

- ¿Les gustó la novela? Confiando en que la respuesta será positiva, les proponemos que hagan propaganda del texto y de la autora creando un *booktrailer* para compartir con estudiantes de otros cursos e, incluso, de otras instituciones educativas. Ya han seleccionado o bosquejado imágenes y diálogos interesantes, que podrían acompañar con un relato con voz en off y música; tal vez *El último pensamiento de Weber* (*Weber's Last Waltz*, Opus 26, N.º 5 de Reisinger), que se menciona en la novela y que podemos oír por YouTube.

Opinar sobre Eduarda Mansilla como mujer periodista

Tanto en “El gran baile del [Club] del Progreso”, como en “Una limosna”, la escritora construye textos argumentativos coherentes y potentes. Empecemos observando la estructura discursiva de cada uno y, luego, discutamos sus ideas.

- En cada artículo, determinen cuál es el problema que plantea, cuáles son sus hipótesis y con qué argumentos y pruebas las defiende.
- Comparemos el baile en el Club del Progreso con el baile en la embajada de Rusia (que aparece en *Un amor*). ¿Qué importancia social tenían los bailes? Comparemos también esos bailes del pasado con los actuales. ¿Se mantiene la sensualidad en la pareja o no?

- Es muy probable que los primeros párrafos de “Una limosna” los haya molestado o perturbado. Eduarda parece una mujer insensible, que pide esconder a los lisiados que afean la ciudad. ¿Lo es verdaderamente o tiene otra percepción de la realidad, distinta de la nuestra, en lo concerniente tanto a cómo ayudar a las personas que quedan discapacitadas a causa de las guerras, como a la sensibilidad femenina frente al dolor del prójimo? Tengan en cuenta la importancia que Eduarda da a la belleza, según vimos antes.
- En definitiva, ¿qué les parece esta periodista: una mujer prejuiciosa, una mujer oportunista, una mujer conformista, una mujer inteligente, una mujer astuta, una mujer decidida, una mujer valiente, una mujer osada...?

Eduarda Mansilla, mamá

- Mucho se discute acerca de la relación mujer-maternidad. Leamos lo que sentía la escritora:

Soy la muger mas muger que conozco; mi grande ufanía es haber dado á luz cinco muchachos sanos que me adoran y creen en mí como en un sér divino; y de mis conquistas, esas son las que trato de conservar con mayor anhelo (citada por Florencio, 1872, p. 573).

A los cinco hijos que menciona (Eduarda o “Eda”, Manuel José, Rafael, Daniel y Eduardo) poco después se suma Carlos, el sexto y último. Para ellos, en 1880. Eduarda escribe el primer libro argentino de cuentos infantiles. Como ya anticipamos, entre los

nueve relatos¹⁸⁰ que contiene *Cuentos*, destacamos “Chinbrú”.
¿Qué libros para niños recuerdan de sus propias infancias?
¿Cuáles recomendarían a los padres de hoy?

O al revés: Escribamos un cuento para niños (pensemos en hermanitos, primos, vecinos) y después leamos el que nos propone mamá Eduarda.

- Los invitamos a dibujar o a darle animación a este Chinbrú travieso, jugando en la selva chaqueña.
- ¿Monito o monita? La narradora trata a su protagonista como mono o macaco, que son sustantivos masculinos, y, por eso, cumple con la concordancia sustantivo-adjetivo en masculino; pero en dos ocasiones habla de Chinbrú como hembra. ¿Descubrieron a qué pasajes del texto nos referimos?
- Se espera que un libro infantil enseñe alguna lección importante. ¿Cuáles son las enseñanzas que puede dejar la historia de Chinbrú? Les damos una pista: hay una para los niños y otra para los adultos.

Eduarda Mansilla y la sensibilidad femenina

Eduarda no padece, como Juana Manso, el rechazo social por atreverse a cuestionar el *statu quo* y por ser *fea*. Todo lo contrario, es *bella* y conservadora en materia de ideas políticas. Sin embargo, es mal vista por llevar una vida indepen-

180 *Cuentos* incluye, además, “Pascua”, semblanza costumbrista respecto de los festejos navideños en distintos países.

diente de su marido¹⁸¹ y por moverse cómodamente en los ámbitos diplomáticos y artísticos.

Paradójicamente, en el siglo XXI, es poco reconocida por no responder a los modelos de mujer feminista. Eduarda defiende el rol social de sus congéneres destacando como esencialmente femenino lo que ahora se cuestiona: la maternidad. Antes de formarnos una opinión al respecto, conozcamos un poco más cuál es la visión de Eduarda. Tratemos de entenderla sin juzgarla.

- Volvamos a *Un amor*. Los padres de Silvia, Julián Rojas y Elisa de Rojas, conversan varias veces sobre los sentimientos y las reacciones de su hija. El narrador destaca que las opiniones y los puntos de vista de estos personajes son distintos porque responden a dos perspectivas emocionales y racionales diferentes: la femenina y la masculina. ¿En qué consisten esas diferencias? Ustedes, lectores, ¿alguna vez han tenido la misma impresión que el narrador?
- Chinbrú ¿es una hembra por sus reacciones emocionales? Comparemos al protagonista animal con Silvia y con Elisa.
- En la novela y en los artículos periodísticos, Eduarda defiende la coquetería como algo esencial de las mujeres. Según el *Diccionario de la lengua española*, “coqueta” es toda persona presumida o vanidosa, “esmerada en su arreglo personal y en todo cuanto pueda hacerla parecer atractiva” ante una persona en particular (coqueteo, flirteo) o ante muchos otros. ¿Seguimos siendo coquetos y coquetas? ¿Nos sigue interesando atraer la atención de otras perso-

181 Debido a que Manuel García era el embajador argentino en Europa, pasaba largas temporadas en Londres y en Viena, mientras que la esposa se quedaba en París, atenta a la educación de los hijos y al casamiento de “Eda”, entre otras razones.

nas? ¿Coqueteamos con la ropa? ¿Coqueteamos por medio de otros recursos o ya no nos importa la opinión de los demás o...? Tengamos en cuenta que hay tantas respuestas posibles como personas existen...

- Para recoger las diferentes opiniones, les proponemos que organicen un panel televisivo o un *podcast*, que incluya una entrevista a Eduarda Mansilla; investiguen primero y razonen con lógica y sentido común, a fin de que puedan realizar una presentación coherente y completa de esta mujer de fuerte personalidad. Las conclusiones podrían orientarse a evaluar si hemos cambiado mucho, poco o nada en materia de prácticas sociales “civilizadas”, como se decía en el siglo XIX, desde entonces a la actualidad.

Sugerencias de lecturas

- Si quieren conocer más profundamente las ideas de Eduarda Mansilla, consulten el volumen 5 de esta colección Nido de Cóndores, que se titula *Promoción de la mujer: Propuestas de Juana Paula Manso, María Eugenia Echenique y Eduarda Mansilla* y que está a cargo de Furio Manuel Elias Interlandi, Natalia Müller, Candela Cuadrado, Renata Bogado y Ana Vega.
- También en el volumen 4 –*Cuerpos y voces: George Sand y Adelaida Ristori, según Vicente Fidel López, Eduardo Wilde y Juana Manuela Gorriti*, por Ángeles Altamirano, Celeste Lucas y Juan Cogo– hablaremos acerca de las mujeres del siglo XIX, desde la perspectiva de los varones y de las propias mujeres.

Bibliografía

Fuentes

- CANÉ, M. (1886). *Charlas literarias*. Imprenta Charaire e Hijo.
- EDUARDA [MANSILLA DE GARCÍA, EDUARDA]. (1885). *Un amor (Novela)*. Imprenta de El Diario.
- FLORENCIO [POMBO, RAFAEL]. (8 de setiembre de 1872).
Eduarda Mansilla de García. *El Plata Ilustrado*, segundo semestre(48), 573-575.
- HUGO, V. (s. f.). *Hernani; Drame*. Avec une Notice biographique, [...] et une Bibliographie par Pierre Richard. Librairie Larousse – Paris VI^e.
- LAMARTINE, A. (1823). *Nouvelles méditations poétiques*. Urbain Canel Libraire.
<https://ia800806.us.archive.org/17/items/panouvellesmdiolama/panouvellesmdiolama.pdf>
- MANSILLA DE GARCÍA, E. (16 de setiembre de 1877). Carta de la autora de “Kate”. *La Ondina del Plata*, III(37), 431-433.
- MANSILLA DE GARCÍA, E. (1878). Crítica literaria de la “Evangalina” de Longfellow, traducida por Carlos Morla Vicuña. *La Biblioteca Popular de Buenos Aires* (T. I, pp. 196-202). Imprenta del Mercurio.
- MANSILLA DE GARCÍA, E. (10 de julio de 1879). El gran baile

- del progreso. *El Nacional*, [1].
- MANSILLA DE GARCÍA, E. (1880). *Cuentos*. Imprenta de la República.
- MANSILLA DE GARCÍA, E. (2 de diciembre de 1880). Una página preciosa. *El Nacional*, [1].
- MANSILLA DE GARCÍA, E. (20 de mayo de 1881). Una limosna. *El Nacional*, [1].
- MANSILLA DE GARCÍA, E. (2015). *Escritos periodísticos completos (1860-1892)* (M. Guidotti, ed., introd. y notas). Corregidor.
- MEYERBEER, G. Y SCRIBE, E. (s. f.). *Les Huguenots: Opéra en cinq actes*. Brandus & C^{ie}.
<https://archive.org/details/leshuguenotsoprameye/page/n5/mode/2up?view=theater>

Bibliografía de consulta

- EDUARDA MANSILLA. (2008).
<https://jornadaseduardamansilla.blogspot.com/>
- EDUARDA MANSILLA ORTIZ DE ROZAS DE GARCÍA. (s. f.).
<https://www.facebook.com/p/Eduarda-Mansilla-Ortiz-de-Rozas-de-Garc%C3%ADa-100063574092348/>
- FLETCHER, L., COMP. (1994). *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*. Feminaria.
- GARCÍA-MANSILLA, D. (1950). *Visto, oído y recordado: Apuntes de un diplomático argentino*. Kraft.
- GUIDOTTI, M. L. (2015). Eduarda Mansilla en la prensa (1860-1892) y las escrituras del yo. En Mansilla de García, E. *Escritos periodísticos completos (1860-1892)* (pp. 11-230) (M. Guidotti, ed., introd y notas). Corregidor.
- LOJO, M. R. (2003). *Eduarda Mansilla. Cuadernos*

- Hispanoamericanos*, 639, 47-59.
- LOJO, M. R. (2014). Género, nación y cosmopolitismo en Eduarda Mansilla y Victoria Ocampo. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
<https://www.cervantesvirtual.com/obra/genero-nacion-y-cosmopolitismo-en-eduarda-mansilla-y-victoria-ocampo/>
- MASIELLO, F. (1997). *Entre civilización y barbarie: Mujeres, Nación y Cultura literaria en la Argentina Moderna*. Beatriz Viterbo.
- MIZRAJE, M. G. (2007). Eduarda Mansilla o la pampa ilustrada; E.M.G. y la representación cultural. En E. Mansilla de García, *Pablo o la vida en las pampas* (pp. 11-19 y 21-80) (L. V. Mansilla, trad.; M. G. Mizraje, est. prelim. y ed. crítica). Biblioteca Nacional; Colihue.
- MOLINA, H. B. (2011). Introducción. En Mansilla de García, E. *Cuentos (1880)* (pp. 9-88) (H. B. Molina, ed., introd. y notas). Corregidor.
- NOGUEROL, F. (s. f.). Sujeto nacional y escritura en la obra de Eduarda Mansilla, “una mujer de fin de siglo”. *Mujer e independencias*. Centro Virtual Cervantes.
https://cvc.cervantes.es/literatura/mujer_independencias/noguerol.htm
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (s. f.). *Diccionario de la lengua española* [versión digital].
<https://dle.rae.es/>
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (s. f.). *Diccionario histórico de la lengua española* [versión digital].
<https://www.rae.es/dhle/>
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (s. f.). *Diccionario panhispánico de dudas* [versión digital].
<https://www.rae.es/dpd/>

BIBLIOGRAFÍA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA Y ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA. (2018). *Libro de estilo de la lengua española: según la norma panhispánica* [versión digital].

<https://www.rae.es/libro-estilo-lengua-espa%C3%B1ola/>

REDONDO SOLANGE, M. (2008). *Casaca y chupa, traje a la francesa*. Museo Cerralbo.

<https://www.cultura.gob.es/dam/jcr:afb16cab-fd7e-45ad-a211-90730b535dd2/2008-05-casaca-chupa-francesa.pdf>

SOSA DE NEWTON, L. (1986). *Diccionario biográfico de mujeres argentinas* (3.ª ed.). Plus Ultra.

EDIFYL terminó de editar y diseñar
este tomo en Mendoza en junio de 2026.

Amores y dolores en Eduarda Mansilla

El tercer volumen de la colección «Nido de cóndores» reedita y moderniza cuatro textos narrativos de Eduarda Mansilla –*Un amor* (novela), «El gran baile del Progreso», «Una limosna» y «Chinbrú»–. Este panorama –*nouvelle*, crónica periodística y cuento infantil– ofrece una aproximación a la escritura de Mansilla, mujer, ciudadana y madre con una pluma singular, ideales firmes y opiniones claras, provocadoras y valientes para su época.

Este libro, como todos los volúmenes de la colección, ofrece un apéndice didáctico, titulado «Vuelos de cóndores. Sugerencias didácticas para investigar y dialogar sobre Eduarda Mansilla», con propuestas para interrogar e indagar en la vida sociocultural y literaria argentina del siglo XIX.

EDIFYL

EDITORIAL DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS · UNCUEYO

